HARLEQUIN Bianca™



AMANTES CONTRA SU VOLUNTAD

DANI COLLINS

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Amantes contra su voluntad, n.º 2508 - noviembre 2016
Título original: Bought by Her Italian Boss
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-8970-5
Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

GWYN Ellis apartó la mirada del monitor para dirigirla a Nadine Billaud, la relaciones públicas de Donatelli International.

–Esta es usted, *oui?*

Gwyn se había quedado sin habla. El corazón le golpeaba furioso contra las costillas al haberse reconocido, y un sudor frío le humedecía la piel.

Era ella, y estaba desnuda, allí, en el monitor del ordenador, la línea de sus nalgas era clara como el alba, enmarcada por el tanga rosa. Todo el mundo tenía un trasero más o menos como el suyo, pero ella era extremadamente selectiva en cuanto a quién enseñárselo. Desde luego, no enviaba fotos como aquella a hombres que apenas conocía, y, mucho menos, las colgaba en la red.

La foto cambió, y apareció un torso desnudo con una sábana arrugada sobre el muslo. Eso también le pertenecía. El modo en que se dibujaban sus senos con el movimiento de un brazo al pasarse la mano por el pelo era deliberadamente erótico.

Se diría que llevaba todo el día haciendo el amor.

Entonces llegó la última. Tiraba ligeramente de la banda elástica del tanga a la altura de la cadera, como si dudara entre quitárselo o dejárselo puesto. La envolvía una luz dorada y la piel brillaba amortiguada como si llevase una capa de aceite. De repente, se dio cuenta. Aquellas fotos se las habían tomado en el spa, mientras le daban un masaje para intentar suavizar el dolor entre los omóplatos que llevaba semanas torturándola. Se estaba levantando de la camilla, relajada y cómoda, imaginándose en la intimidad. La mesa había sido desdibujada deliberadamente, lo mismo que las flores del fondo, de manera que el lugar pudiera ser lo que el espectador quisiera imaginarse.

Se le encogió el estómago. Debía de estar hiperventilando porque se oía un silbido distante.

Quería vomitar, perder el conocimiento, morirse. «Dios bendito, llévame ahora».

– *Mademoiselle?* –insistió Nadine.

–Sí... –balbució–. Soy yo. ¿Puede cerrar eso, por favor? –le rogó, mortificada, y miró a Fabrizio, su supervisor. Estaba sentado a su lado con una expresión desdeñosa–. ¿Por qué me enseña eso aquí?

–preguntó–. ¿No podríamos haber hecho esto en un sitio más privado?

–Están en la red. Cualquiera puede verlas. He sido yo quien se lo ha dicho a Nadine –respondió Fabrizio sin piedad.

¿Él las había estado viendo? Genial.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Pero usted sabría que esto podía ocurrir cuando le envió las fotos al señor Jensen, ¿no?

Nadine no había dejado de mirarla por encima del hombro desde que había entrado en su despacho, mientras que la mirada de Fabrizio parecía decirle que sabía lo que ocultaba tras su respetable atuendo de traje de chaqueta. Y comenzó a temer por su trabajo. Le sudaban las palmas de las manos.

–Yo no he tomado esas fotos –dijo con toda la firmeza que le permitió la voz–, ¿De verdad creen que yo le enviaría fotos de esa naturaleza a un cliente? Pero si son... ¡Por el amor de Dios!

Oyó que la puerta se abría a su espalda y se levantó como un rayo para cerrar de golpe el portátil de Nadine. Ojalá las imágenes se pudieran borrar del mismo modo.

Sabía que de un momento a otro se iba a echar a llorar. Sentía una tremenda presión en el cuello y detrás de los ojos, pero por el momento estaba como en estado de shock, como si la hubieran disparado pero aún tuviese la capacidad de correr antes de que la verdadera profundidad de las heridas hubiera tenido tiempo de debilitarla.

– *Signor* Donatelli –Nadine se levantó–, gracias por venir.

–¿Se lo ha notificado? –exclamó Fabrizio, levantándose de golpe.

–Es el protocolo a seguir cuando ocurre algo que pone en peligro la reputación del banco.

–Va a ser despedida –se apresuró a informar Oscar Fabrizio al recién llegado–. Estaba a punto de decirle que recogiera sus cosas.

El tiempo se detuvo mientras Gwyn procesaba la información. Como una tonta, se había creído que la convocaban al despacho para tratar algo de un cliente, y no para ser puesta en evidencia delante del mundo entero. Literalmente.

Eso era precisamente el *bullying* en Internet. Pura persecución. Una caza de brujas. Era incapaz de asumir lo injusto de todo aquello.

La única experiencia similar a aquella fue cuando diagnosticaron la enfermedad de su madre.

Palabras pronunciadas, hechos expuestos, y ella incapaz de imaginarse cómo iba a ser el minuto siguiente, la semana siguiente, el resto de su vida.

No quería pensarlo, pero no tenía elección.

Y el silencio que se había espesado a su alrededor le decía que era eso lo que todos esperaban.

Muy despacio, se volvió a mirar al hombre que acababa de entrar. No era Paolo Donatelli, presidente y cabeza de familia propietario de

Donatelli International. Era mucho peor.

Vittorio Donatelli, primo de Paolo y segundo de a bordo como director de operaciones VIP. Podría decirse que aún más guapo, al menos en su opinión. Sus facciones eran tan refinadas y bellas como exigía su ascendencia italiana. Recién afeitado e impecablemente vestido, tenía un aire de arrogancia que enfatizaba su estatura y su expresión distante. Su capacidad de dominar cualquier situación resultaba obvia por el modo en que los demás aguardaban que hablase.

No la conocía de nada. Solo había cruzado con él una brillante sonrisa al poco de llegar a Milán, sin darse cuenta de que el objeto de sus deseos no podía saber que lo era. Él había respondido no haciéndole el menor caso, obviándola como si no existiera.

–Nadine, Oscar –saludó, antes de volverse a ella y mirarla con sus ojos de color bronce.

Le dio un vuelco el corazón, reaccionando ante él a pesar de encontrarse al borde del desastre.

Tenía la boca tan seca que no consiguió sonreír. El zumbido que solo ella percibía creció.

–Señorita Ellis –saludó con un hostil asentimiento de cabeza.

Debía de conocer su apellido por el informe de Nadine, pero que había visto las fotos resultaba evidente por el modo acusador en que la miraba. Pues claro que las había visto. Por eso había bajado de la torre de marfil a los pisos intermedios de la Torre Donatelli.

Sintió que se le paraba la respiración y que le fallaban las piernas. Era sorprendente lo indefensa que podían hacerle sentir unas fotos, pero el efecto que aquel desconocido había surtido en ella no tenía precedentes. Lo había visto en una ocasión en las oficinas de Charleston, y eso había bastado para que solicitase el traslado a las oficinas centrales de Milán por encima de otros destinos. Había querido avanzar, ascender, y aquella era su ubicación soñada, pero solo porque le proporcionaba la posibilidad de verlo.

Pero él no se parecía al hombre que ella se había imaginado. Los hombres italianos solían ser

cálidos, gregarios y adoradores de las mujeres, con lo que se había imaginado que flirtearía con ella en cuanto se le presentara la oportunidad, pero el hombre con el que se había obsesionado no solo la había visto desnuda, sino que su imagen lo había dejado completamente indiferente. Es más: sentía repulsa.

No podía seguir en esa línea de pensamiento. Su mundo ya estaba hecho añicos, pero debía mantener la calma.

Cierto que no estaba acostumbrada al rechazo de los hombres, o a

no despertar al menos su interés.

Más bien al contrario: solía llamar su atención, aunque a ella no le hiciera demasiada gracia.

Tampoco lo fomentaba. Tenía el pelo castaño, como millones de mujeres, y tampoco era una belleza.

Su rostro era agradable, y solo resultaba bonito por la calidad de su piel heredada de su madre y por su naturaleza alegre, de modo que no debería sorprenderle que un hombre como él, que podía elegir a cualquier mujer, no mostrase interés en ella.

Pero, aun así, le dolía.

«Piensa», se ordenó.

–Quiero un abogado –consiguió decir.

–¿Para qué? –preguntó Vittorio, alzando las cejas como un dios enojado.

–Esto es despido improcedente. Me están tratando como a una delincuente, cuando esas fotos han sido tomadas de manera ilegal. No son *selfies*, de modo que, ¿cómo iba a poder enviárselas a Kevin Jensen, o a cualquier otra persona? ¡Fue su esposa quien me recomendó ese sitio para que me tratasen el hombro!

Vito miró hacia el ordenador, revisando mentalmente unas imágenes que podrían ser excitantes si constituyeran una comunicación privada entre amantes. Mientras las veía se había sentido cautivado contra su voluntad, obligándose con un ejercicio de voluntad a salir del estado de parálisis al que le había inducido la contemplación de su sensual figura. Tenía que asimilar que aquello era una bomba de hidrógeno dirigida a la línea de flotación del banco que era toda su vida, y la base que soportaba la estructura de su extensa familia.

Pero las fotos, efectivamente, no eran *selfies*. Eso era cierto. Debía de haberlas tomado Jensen.

Nadine debió de pensar que su mirada al ordenador era una orden de que lo abriese, e inició el movimiento de levantar la tapa.

–¿Quiere dejar de enseñar eso a la gente, estúpida? –le soltó Gwyn.

–Mantengamos esto en el ámbito profesional –replicó Nadine.

–¿Cómo reaccionaría usted si estuviera en mi lugar? –le espetó.

Gwyn Ellis no era como él se había imaginado. Tenía un aspecto saludable muy estadounidense que neutralizaba el aire de *femme fatale* que emanaba de las fotos. Aun así, había recibido un impacto de sexualidad femenina al entrar en la sala, lo mismo que había sentido al ver cómo le sonreía aquel primer día que la vio en la entrada.

Ya estaba bajo sospecha entonces y por eso había fingido no reparar en su presencia, pero nada podía rebajar la intensidad de su

presencia. Tenía un cuerpo rotundo, con unos pechos redondeados y firmes, una cintura que pedía a gritos las manos de un hombre y unas caderas a las que agarrarse antes de deslizarse a sus nalgas tentadoramente redondas.

Era una mujer muy intensa, con unas curvas suaves que anunciaban al reino animal que era incuestionablemente una de las hembras de la especie, en edad fértil e irresistiblemente madura, que llamaba al macho que había en él, acelerando la sangre de la bestia que intentaba controlar a toda costa.

No se dejaba arrastrar con frecuencia por reacciones tan viscerales como la lujuria. Aquel no era

el momento y tampoco la mujer, a pesar de que una parte de sí mismo ardía de curiosidad ante el reto de meterse en aquella tormenta perfecta de química y ver si podía sobrevivir a ella.

–Yo nunca me acostaría con un hombre casado –oyó que decía Nadine–. Esto no me ocurriría a mí.

–¿Quién ha dicho que yo me acueste con Kevin Jensen? –le espetó Gwyn acaloradamente–.

¿Quién? ¡Quiero saberlo!

Estaba indignada, y aquella no era la reacción que cabía esperar de una mujer que había posado para su amante. Debería estar furiosa con Jensen o con su mujer, quizás, o tirándose de los pelos por haber tomado una decisión tan arriesgada como la de posar desnuda para su amante, pero parecía una mujer a punto de perder el control, reaccionando ante una catástrofe con una histeria que contenía a duras penas.

–Su esposa ha dicho que se ha acostado con él. O que ha querido hacerlo –intervino Fabrizio–, ya que ha sido ella quien ha filtrado estas desagradables fotos al descubrirlas en el teléfono de su marido. Usted y él han estado comiendo y cenando juntos.

Ese ataque era interesante. Él había albergado ciertas sospechas sobre el director de contabilidad, y había llamado la atención de Paolo sobre ello unas semanas atrás. Había sido fácil pensar que la chica nueva estaba también involucrada.

–Kevin quería que hiciéramos cosas... que mantuviéramos las reuniones fuera de la oficina –

explicó, mirando a Vito–. Es un cliente, y no me quedaba otro remedio que ir donde él quisiera.

Eso tenía que aceptarlo. El mejor servicio de atención al cliente era la piedra angular de Donatelli International. Si un cliente del calibre de Jensen quería que fueran a visitarlo a su casa, se esperaba de los empleados que lo hicieran.

–¿No ha sacado usted las fotos? –la presionó.

–¡Pues claro que no!

–Entonces, no estarán en ese teléfono.

Señaló con la cabeza el móvil que tenía apretado en la mano.

Se había olvidado de que lo tenía. Siempre que se levantaba de su mesa se lo llevaba, y lo había puesto en silencio al entrar en la reunión.

–No –contestó con confianza.

–¿Me permite que lo confirme? –preguntó, extendiendo el brazo.

Parecía una petición muy razonable, pero... Dios, no. Tenía algo en el móvil que era más que vergonzoso, y que empeoraría su situación.

Sabía que su expresión debía de estar siendo una mezcla de pánico y culpabilidad, pero no pudo evitarlo.

–Este teléfono es mío –balbució, intentando no dejar que la intimidasen los rayos que le salían de los ojos y que parecían sugerir que tendría suerte si solo perdía el trabajo–. Se me abona una cantidad para que lo use en cuestiones de trabajo, pero es mío, y no tiene ningún derecho a mirarlo.

–¿Puede o no librarle de sospechas?

–Ya se ha invadido suficientemente mi intimidad.

Estaba desnuda en Internet. Todos en el edificio debían de estar viéndola, los hombres diciendo cosas sucias, las mujeres juzgando si su vientre era lo bastante plano, si tenía celulitis o no, opinando si era demasiado delgada, o demasiado alta, o lo que fuera para sentirse mejor con su propio físico.

Lo único que tenía eran ganas de llorar.

Con lo duro que había trabajado para que la vida no la maltratase como a su madre. Desde bien joven había intentado ser independiente y controlar su futuro.

«Respira», se ordenó. «No pienses en ello». Se iba a derrumbar.

–Creo que ya tenemos la respuesta –sentenció Fabrizio, implacable.

Un teléfono zumbó.

–La prensa está llegando –dijo Nadine–. Tenemos que hacer una declaración.

«¿La prensa?». Gwyn se acercó a la ventana para mirar.

Se veía a gente arremolinada en la entrada, cargados con cámaras, como hormigas saliendo de un hormiguero. Como si hubiera habido un nacimiento en la familia real.

Tragó saliva y se le volvió a encoger el estómago.

Kevin Jensen era un icono, un superhéroe moderno que acudía a cualquier clase de catástrofe para ofrecer ayuda sobre el terreno. Cualquiera se daba cuenta de que explotaba aquella clase de

situaciones sobrecogedoras para arrancar donaciones y publicitar su propio perfil, pero lo cierto era que se personaba en las peores tragedias y aportaba ayuda, haciendo un trabajo necesario y real para los damnificados.

Pero últimamente ella había empezado a preguntarse cómo se gastaba parte de aquellas cuantiosas donaciones.

¿Sería aquella su respuesta? ¿Habría decidido desacreditarla para que la despidieran? No podía ser.

Esa clase de cosas no le ocurrían a las personas normales.

Miró buscando una ruta de escape. Ni siquiera podría salir del edificio para ir a su piso, así que

¿cómo iba a poder volver a Estados Unidos? Y una vez allí, ¿qué? ¿Pediría ayuda a su padrastro?

¿Quién iba a contratarla con esa clase de notoriedad?

Sería exactamente lo que más había intentado evitar: una carga. Un parásito.

Dios bendito… las paredes comenzaban a derrumbarse a su alrededor. La presión que sentía detrás de los pómulos y el peso en los hombros era cada vez mayor.

Nadine hablaba mientras escribía:

–… decir que el banco desconocía la relación personal entre ambos y que la empleada ha sido despedida…

–Nuestro cliente ha declarado no saber nada de esas fotos –intervino Fabrizio.

Gwyn se volvió.

–Y su empleada declara haber sido víctima del ataque de un *voyeur,* un vendedor de pornografía en Internet y una esposa vengativa.

Nadine dejó de escribir.

–Le aconsejo que no hable con la prensa.

–Y yo le informo de que con quien voy a hablar es con un abogado.

En realidad, su amenaza estaba vacía, dado que sus ahorros eran modestos. Muy modestos. Aunque pudiera pedirle ayuda a su hermanastro, no podía contar con que quisiera hacerlo. También tenía una imagen profesional que mantener.

La hostilidad que emanaba de Vittorio Donatelli era tan intensa que le hizo desear que se la tragara la tierra.

–¿Cuánto tiempo lleva en la empresa? –preguntó Nadine.

–Dos años en Charleston, y cuatro meses aquí.

–Dos años. ¿Cómo consiguió este ascenso llevando tan poco tiempo? –preguntó, mirándola de arriba abajo, dando a entender que se habría ganado el puesto acostándose con alguien.

Al parecer, las clases nocturnas, los cursos de idiomas y las horas extras no contaban para nada.

Fabrizio no la defendió, a pesar de que había firmado su traslado y de que había calificado de estupenda la gestión que había hecho desde que llegó.

La expresión de Vittorio era una máscara inescrutable. ¿Estaría pensando lo mismo?

Un gemido apenas audible se escapó de sus labios y se cruzó de brazos, intentando no perder la razón.

Vittorio sacó su móvil y llamó a alguien.

–¿Bruno? Soy Vito. Te necesito en el despacho de Nadine Billaud. Tráete a algunos de tus hombres.

–¿Para que me escolten en el paseo de la desgracia? –a Gwyn se le quebró la voz–. No se preocupe, que pienso irme rápidamente y en silencio. Estoy deseando desaparecer de aquí.

–Se quedará donde está hasta que yo le diga lo contrario –le espetó. Y, dirigiéndose a Nadine, añadió–: Confirme que esas fotos pertenecen a una de nuestras empleadas. Por respeto a la intimidad y razones legales, no podemos hacer más comentarios. Pídales a los periodistas que se dispersen y pida a los guardias de seguridad del vestíbulo que la ayuden. Por otro lado, informe a nuestros empleados de lo mismo, y añada que se arriesgan a ser despedidos si hablan con la prensa o si se dedican a ver las fotos desde cualquier equipo de la empresa. Oscar, necesito un informe completo de cómo llegaron a tu poder esas imágenes.

–El señor Jensen se puso en contacto conmigo esta mañana...

–Aquí no –le cortó, y alguien llamó a la puerta–. En tu despacho. Quieta aquí –añadió por encima del hombro dirigiéndose a Gwyn, como si fuera un perro al que dejase en casa mientras se iba a trabajar, y con un gesto invitó a salir a los otros dos, cerrando la puerta tras ellos.

–Genial –dijo Gwyn en el silencio del despacho de Nadine.

Un dolor le recorrió el cuerpo como si tuviera dentro una serpiente que le apretara el corazón y los pulmones, el estómago y la garganta, y cubriéndose la cara intentó ocultarse de la terrible verdad: que todos, el mundo entero, no solo estaban viendo su cuerpo desnudo, sino que estaban pensando que se había acostado con un hombre casado.

A lo de que la hubieran visto desnuda podía acostumbrarse, o casi, pero ella era una buena persona.

No mentía, no robaba, ni se insinuaba a los hombres, y menos si estaban casados.

La presión que sentía en los pómulos, en la nariz y detrás de los ojos era insoportable. Se los apretó con el dorso de la mano, pero un gemido de angustia le estaba creciendo en el pecho.

¡No podía derrumbarse! Allí no. Aún no. Tenía que salir de aquel edificio cuanto antes. Iba a ser horrible, una pesadilla, pero lo iba a hacer, y con la cabeza bien alta.

Apretando los dientes, abrió la puerta. Un hombre corpulento le salió al paso. Tenía el pelo muy corto, traje y un auricular. La miró con indiferencia.

– *Attendere qui, per favore.*

Espere aquí, por favor.

Estaba tan sorprendida que dejó que tirara del pomo de la puerta y se la cerrara en las narices.

Volvió a acercarse a la ventana. La multitud de periodistas había crecido. No podía ver si Nadine estaba o no hablando con ellos. Apenas podía ver nada. Por más que se apretaba los ojos no conseguía suavizar la quemazón que tenía detrás.

La puerta volvió a abrirse y levantó de golpe la cabeza.

Era él.

Capítulo 2

GWYN Ellis parecía estar pasando por las llamas del infierno, aunque en cuanto le vio entrar se irguió e intentó contener las lágrimas para mirarle sin acobardarse.

–Quiero marcharme –dijo.

Su voz sonaba áspera. Las arpías sabían cómo utilizar su sexualidad con un hombre. Si era la víctima, se esperaba que intentase despertar su instinto de protección. En cualquier caso, no se esperaba que fuera capaz de enfrentarse a él.

Gwyn era una luchadora, y no le hacía la más mínima gracia que ese rasgo de su carácter le resultara admirable. No debía olvidar que lo más probable era que hubiera conspirado para estafar al banco, y a una organización sin ánimo de lucro perfectamente legítima y que disponía de millones de euros en donaciones.

–Tenemos más de lo que hablar –le contestó. Había tomado la decisión de interrogarla en privado, aunque no estaba preparado para preguntarse la razón de esa decisión.

–¿Una entrevista para ser despedida? Tengo poco que decir.

Esa abierta hostilidad era significativa. Oscar Fabrizio se había deshecho en palabras de calma hasta que Paolo había sido introducido en la conversación a través del manos libres. Entonces, Oscar parecía haber empezado a pensar que estaba bajo sospecha, y había pedido un abogado. Cuando Vito ordenó que analizaran el contenido de su ordenador y de su teléfono, ambos de la compañía, había empezado a sudar. Resultaba obvio que se moría por contactar con alguien. ¿Con Kevin Jensen, quizás? Un investigador privado iba ya de camino, y una investigación policial estaba poniéndose en marcha.

Estaba seguro de que ella era cómplice, pero...

–Dice no saber nada de esas fotos.

–No, no sé nada –replicó Gwyn, irguiéndose, aunque no podía evitar que le temblasen los labios.

Que se hubieran hecho públicas la había afectado sobremanera, de eso no cabía duda–. Me las sacaron después de un masaje. No sabía que hubiera una cámara en la habitación.

Tenía las imágenes grabadas en la retina. Habrían causado revuelo aunque no se las relacionara con el nombre de Jensen porque tenía el cuerpo de una Venus, pero era fácil de imaginar que podían haber sido tomadas durante un momento íntimo y manipuladas para que parecieran una comunicación entre amantes. De hecho, él mismo había hecho ciertas presunciones al verlas: que no solo estaba teniendo una aventura con un cliente, sino llevando a cabo una actividad delictiva con él.

Si Jensen estaba dispuesto a quedarse con dinero de las donaciones, poco le preocuparía fotografiar a una empleada de un banco para cubrir sus manejos, ¿no?

Los hombres poderosos explotaban a las mujeres jóvenes y vulnerables. Lo sabía de sobra. Estaba casi en su ADN.

–¿Me está viendo desnuda? –lo desafió, aunque le temblaba la barbilla y una sombra se cernía sobre sus ojos castaños. Resultaba curioso el contraste: lo ojos y la expresión de un animal del bosque y las curvas de una diosa.

–Me estoy preguntando si ha tenido algo con Jensen.

–¡No! Y tampoco pretendía tenerlo. Apenas lo conozco –se cruzó de brazos–. De hecho, tengo la sospecha de que ha estado desviando fondos a su propia cuenta.

–Así es.

Vito le devolvió la mirada. Parecía francamente sorprendida.

–¿Lo sabe con certeza?

Sus cejas eran como las alas de un pájaro distante recortadas contra el cielo, largas y elegantes, de curvatura perfecta. Era verdaderamente hermosa.

–También sabemos que tiene un cómplice en el banco. Hemos estado llevando a cabo una delicada investigación que ha saltado por los aires hoy, gracias a sus fotos.

Vito estaba enfadado consigo mismo. Él era un hombre de números; le gustaba adelantarse a los posibles movimientos de su oponente, pero aquel golpe no lo había visto llegar.

–¡Yo no soy cómplice de nadie!

Su expresión era muy convincente, pero él era un hombre desconfiado, demasiado consciente de los secretos y mentiras con los que vivía para dar por hecho que los demás no se protegían, o no retenían ciertos hechos para mejorar su posición.

–Y no me va a dejar mirar su teléfono –añadió.

Ella miró su móvil y, con un suspiro derrotado, tecleó el código.

–Mire mis correos. Verá, como ya le he dicho en varias ocasiones, que le comenté que algunos de sus movimientos podrían ser tachados de turbios.

Le ofreció el teléfono.

Por lo menos, aquella humillación estaba teniendo lugar estando solos y podría defenderse. A lo mejor se daba cuenta de que no tenía nada que ocultar excepto una estúpida atracción.

No tenía más que un puñado de correos e intercambios con amigos inocuos y más bien escasos.

Vería que hacía sudokus si se aburría, leía novela romántica y

había terminado su periodo hacía tres días.

Y, si miraba las fotos, vería que había tomado instantáneas de Milán a la hora de la comida y los fines de semana, instantáneas entre las que se encontraba la foto de uno de los directores de Donatelli International que colgaba de la pared del vestíbulo.

Se le encendieron las mejillas al acordarse. La había tomado hacía unos días. Había pasado junto a la fuente del vestíbulo millones de veces, y aquel día había visto a alguien haciéndose una foto con la fuente como telón de fondo, lo que le había hecho darse cuenta de que podía fingir que iba a usar ese mismo encuadre para capturar la imagen del hombre de su obsesión que estaba colgada de la pared.

¿Por qué? ¿Por qué habría cedido a ese impulso tan absurdo? Había sido poco más o menos como colgar la foto de una estrella de cine en la pared de la habitación y hablar con ella. ¿Cuántas veces lo había visto desde que trabajaba allí? ¿Tres?

Qué absurdo intentar engañarse. Como si no contara los días en que lo veía como si fueran los que faltaban para Navidad. En realidad, era casi una obsesión. ¿Por qué se había convencido de que podía llegar a tener algo en común con un hombre como él?

De pronto notó que se quedaba inmóvil. Debía de haber llegado a la fotografía. Ahora solo faltaba que la tachara de acosadora. Quizá sucedía el milagro y se daba cuenta de que no tenía aquellos desnudos en su teléfono.

–El día de hoy está lleno de sorpresas –dijo de pronto, guardándose el teléfono en el bolsillo de la camisa.

Sus ojos dorados brillaban con una especie de especulación masculina, algo oscuro y depredador,

como si acabara de darse cuenta del pajarillo regordete que se había posado a su lado.

Se le encogió el estómago.

–¿Ha leído los correos?

–Por encima.

–¿Y?

–Parecen demostrar que no estaba involucrada.

–«Parecen demostrar» –repitió ella–. ¿Como si los hubiera escrito intentando premeditadamente cubrirme las espaldas? Usted tiene que saber que no es fácil decirle a un cliente abiertamente que no.

He estado intentando hacerlo de un modo diplomático mientras el señor Jensen y el *signor* Fabrizio...

Palideció. Un dolor penetrante se le alojó entre los ojos.

–Llevan ya tiempo organizando esto, ¿no? –adivinó–. Por eso me ascendieron: les parecía que mi falta de experiencia no me dejaría ver

lo que estaban tramando, y en cuanto les demostré que se equivocaban, decidieron hacer de mí su pelele y lanzarme desde el tejado.

La verdad era que resultaba bastante convincente, llevándose una mano temblorosa a los labios y mirándolo sin pestañear.

Intentó aferrarse al cinismo, pero la idea le estaba empezando a parecer plausible, al mismo tiempo que encendía su ira. Sabía mejor que muchos lo que ocurría cuando un hombre corrupto se aprovechaba de una mujer ingenua. Su padre se lo había hecho a su madre y había terminado muerta.

El teléfono vibró. Era su primo:

Fabrizio dice que todo ha sido cosa de ella. ¿Algún avance por tu parte?

Miró a Gwyn y vio cómo le temblaban las manos al apartarse el pelo de la cara con un gesto de miedo muy creíble.

Él también tenía su miedo. Aunque Paolo lograse documentar un caso contra Fabrizio, Kevin Jensen se había posicionado muy bien para irse de rositas, dejando atrás al banco con un rastro de empleados empantanados. Una institución que basaba su éxito en su reputación de organización de confianza perdería su principal baza, y eso era algo que no estaba dispuesto a permitir. Protegería a su familia pasara lo que pasase. Ellos lo habían hecho por él, y seguirían dispuestos a hacerlo cuando lo necesitara.

Gwyn era peligrosa. La atracción que sentía por ella y su inclinación a considerarla una víctima inocente cuando cabía la posibilidad de que estuviera involucrada en un delito que podía poner en peligro al banco era enervante. Estar cerca de ella iba a ser toda una prueba para su temple.

Pero el vistazo que le había echado a su teléfono le había dado más información de la que un jugador de ajedrez como Kevin Jensen podía intuir, aunque una de las reglas más básicas del juego dijera que un peón, bien jugado, podía convertirse en una reina formidable.

Capítulo 3

VITTORIO sacó el pañuelo del bolsillo de la chaqueta y lo humedeció en el agua del grifo.

Gwyn lo estaba observando, pero tardó un momento en darse cuenta de que llevaba su bolso colgado del hombro, una imagen incongruente con su traje de chaqueta gris.

–¿Ha recogido mis cosas?

Que Fabrizio la hubiese visto desnuda era horrible, pero que Vittorio tocase sus cosas era... íntimo e inquietante.

–Sí.

Se acercó a ella y, envolviéndose un dedo en el pañuelo, le secó un ojo.

Su contacto disparó una serie de sensaciones que le bajaron por el cuello y la obligaron a separarse, pero él la sujetó para terminar de arreglarle el maquillaje.

–Mantenga la cabeza bien alta mientras vamos al ascensor.

Su tono era autoritario y la miró con ojo crítico antes de apartarle un mechón de pelo de la cara.

Ella le apartó la mano.

–Acabo de explicarle que me están utilizando. ¿Ni siquiera se va a plantear que pueda ser cierto?

¿Me va a echar a los lobos sin más?

–Su despido no se puede parar, Gwyn. Tengo que pensar en el banco.

Su tono le provocó un escalofrío que le llegó al corazón.

–Pues muchas gracias.

Se miraron el uno al otro de tal modo que los nervios de Gwyn se tensaron hasta un punto insoportable. No le gustaba estar sentada y que él se mantuviera de pie. Así tenía él todo el poder, todo el control.

Y para colmo no podía evitar sentir una especie de tensión sexual, lo que le impedía ceñirse únicamente al odio. No podía dejar de preguntarse cómo sería sentir su boca en la suya, y un flujo caliente le humedeció sus partes íntimas.

Se levantó de golpe, obligándole a dar un paso atrás.

–Buena chica –dijo él, acercándose a la puerta.

–No voy a obedecer. Yo quiero...

–Los periodistas no dejarán salir a nadie –la cortó–, y la gente de la oficina tiene que irse a comer.

«No molestes al personal con tu desastre de vida, Gwyn. Piensa en los demás en plena crisis personal».

–Todo el mundo me va a mirar –musitó, intentando hacer acopio de valor, aunque en sus entrañas encontrase solo vacío.

–Sí –contestó él, impasible–. Pero van a ser solo dos minutos de toda una vida. Mire hacia delante.

Vamos. Ya.

Tenía los pies pegados al suelo y quiso pedirle que la dejara esconderse allí hasta que cerrasen, pero él tenía razón. Cuanto antes, mejor.

Supo entonces lo que era caminar hacia el cadalso. Los pasos que la separaban de la puerta le

aceleraron el corazón. Un sudor frío calmó el ardor que había experimentado un instante antes, y buscó refugio en lo aprendido en sus clases de yoga.

–Bien –dijo él al abrir la puerta, y le pasó un brazo por la cintura.

Gwyn dio un respingo y una nueva oleada de calor amenazó con debilitarle las piernas.

Pero él la sostuvo, obligándola a avanzar y manteniéndola de pie cuando de otro modo habría sucumbido, adaptando su paso al de ella como si hubieran caminado toda la vida como pareja.

«Dos minutos», se repetía. Nunca se había dado cuenta de lo largo que podía ser un minuto hasta que tuvo que soportar la imagen de todas las cabezas volviéndose hacia ella, el ruido de las sillas al moverse, de las conversaciones convirtiéndose en silencio, del tecleo de los ordenadores quedando suspendido.

El perfume de Vittorio, almizclado e intenso, la rodeaba. Resultaba casi embriagador, un asalto a sus sentidos ya saturados. ¿Iban a sostenerle las piernas?

Casi no veía por dónde iban. No podría decir quién estaba mirando porque Vittorio la llevaba pegada a la pared e iba algo adelantado, de modo que sus hombros le bloqueaban la visión del resto de la planta.

Otro de los gorilas de seguridad mantenía abierta la puerta del ascensor. Le importaba un comino su pequeño escándalo, parecía decirle con la mirada. Estaba allí para arrancarle de un mordisco la cabeza a quien se pasara de la raya.

El ascensor se cerró y Gwyn soltó el aire que había retenido, pero en lugar de descender, ascendieron, e instintivamente se agarró a la chaqueta de Vittorio.

Él la sujetó acercándola más a su cuerpo y moviendo los dedos de la mano con que le rodeaba la cintura.

–¿Por qué subimos?

–El helicóptero evitará el tumulto.

–¿Helicóptero?

–Treinta segundos –le recordó, haciéndola avanzar cuando sonó el timbre de llegada, con el brazo firme en torno a ella.

El refinamiento de aquella planta parecía casi impregnar la quietud del aire. Aun así, los humanos eran humanos en todas las situaciones, de modo que varias cabezas se volvieron a mirarlos.

Vittorio no se dirigió a nadie. Simplemente la condujo por el vestíbulo con paso confiado, pasando al lado de una sala de juntas con hombres impecablemente vestidos y mujeres impecablemente peinadas, junto a una sala en la que un puñado de gente tomaba café y a una zona de recepción de paredes de cristal que daba paso a una azotea en la que les esperaba un helicóptero con los rotores ya en marcha.

Vaya. Aquel helicóptero no se parecía a los que había visto en la televisión, en los que la gente iba amontonada en tres asientos enanos situados en la parte de atrás, y que tenían que ponerse auriculares para poder oírse.

Aquella era una nave ejecutiva de las que seguramente acompañaban a los yates de lujo. No tuvo que agacharse para entrar. Los asientos de cuero blanco eran diez veces más mullidos que el carísimo sillón que le había regalado a su padrastro por Navidad. Vittorio le señaló uno y él ocupó otro, de modo que quedaron frente a frente.

La zona del piloto estaba separada del resto por una puerta, igual que en un avión y una sonriente azafata los recibió, obedeciendo a una orden no verbal de Vittorio que consistió en alzar dos dedos.

Volvió poco después con dos vasos que parecían contener whisky sin hielo.

Vittorio desplegó una mesita entre ellos que tenía la huella para dos vasos. Gwyn tomó un sorbo

del suyo y dejó que el calor del licor le quemase la garganta antes de devolverlo a su sitio.

–¿Adónde me lleva?

–Esto no es un secuestro –le espetó–. Vamos a la casa de Paolo en el lago Como. Está a nombre de su esposa y fuera del radar de la prensa.

–¿Qué? ¡No! –exclamó Gwyn, haciendo ademán de desabrocharse el cinturón de seguridad–.

Tengo el pasaporte en mi apartamento. Necesito ir a por él para poder volver a casa.

–¿A Estados Unidos? La prensa allí es aún más implacable que la nuestra. Aunque lograra esconderse, yo todavía tendría una mancha que borrar en la reputación del banco.

–¡Me importa tanto el banco como yo a él!

–No se levante, por favor, que vamos a despegar –dijo Vittorio,

señalando por la ventanilla–.

Hablemos de la foto mía que hay en su teléfono.

Un rubor le cubrió el pecho y el cuello.

–No.

–Yo le atraigo, ¿no?

Ella apretó los dientes. No estaba dispuesta a hablar.

Pero él le hizo una demostración de la paciencia que podía tener tomando un trago de su copa y mirando brevemente la pantalla de su móvil.

–Un día vi que me sonreía como sonríen las mujeres que están invitando a un hombre a hablar con ellas.

Y él había hecho caso omiso.

–Una amiga y yo jugamos a un juego muy tonto: Man Wars. Nos enviamos fotos de hombres guapos. Eso es todo –mintió–. Si le hace sentirse como un objeto, así entenderá ligeramente cómo me siento yo.

Hubo un momento de silencio.

–Haber puesto en circulación fotos comprometedoras es una maniobra muy astuta –dijo él, como quien hablara de una argucia política y no de un ataque contra su persona–. Jensen ha sabido manejar los hilos para parecer una víctima, y en cuanto le acusemos de malversar fondos, dirá que él solo se ha dejado aconsejar de Fabrizio y de usted. Fabrizio puede terminar implicándolo directamente para salvarse, pero tiene esta excelente distracción. Puede decir que fue usted quien se le insinuó, que trabajaba en connivencia con Fabrizio y que le envió esas fotos para romper su matrimonio. Que quizás las prepararon entre Fabrizio y usted para chantajearlo. Sea cual sea la historia que se invente, el escándalo se cebará con usted, Fabrizio y el banco.

–Sé muy bien que mi vida ha terminado, gracias.

–Nada ha terminado aún –respondió él con una gélida sonrisa–. Jensen ha lanzado un golpe, pero yo se lo voy a devolver. Con dureza. Si resulta que Fabrizio y él la han estado utilizando, también usted querrá dejarlo todo claro, ¿no? Me ayudará a demostrar que no podía tener interés alguno en Jensen.

–¿Cómo?

–Anunciando que usted y yo tenemos una aventura.

Gwyn se pellizcó la muñeca y Vittorio, notando el gesto, esbozó una mínima sonrisa.

Sentirse ultrajada le estaba dando la fuerza necesaria para no romper a llorar, pero aquella proposición le llegó tan inesperadamente y le resultó tan dolorosa que rompió todas sus defensas y desestabilizó

su confianza.

–Yo no tengo aventuras. Además, me parece una respuesta muy machista suponer que el hecho de que salgamos juntos pueda solucionar algo. Y sugerir que lo haga para salvar mi puesto de trabajo...

bueno, no. El suyo... –le ardía la garganta–. Es tan insultante que no tengo palabras.

¿Cómo era posible que el peor día de su vida se estuviera volviendo aún más negro?

–¿He dicho yo que tengamos que acostarnos? Eso es pura proyección. Yo solo he dicho que lo aparentemos.

Genial. Así que no era una proposición real. ¿Y por qué iba a importarle que no lo fuera?

–Seguiría pareciendo que me acuesto con quien haga falta para ascender –respondió Gwyn, mirando hacia la ventanilla.

Los rascacielos habían desaparecido y cada vez había más casas bajas de tejado rojo y más campo abierto. Se estaban alejando de Milán.

Ojalá pudiera volver a su casa por arte de magia, a Charleston y la habitación que ocupó durante el corto espacio de tiempo que duró el matrimonio de su madre con Henry. Volver al tiempo en que su madre aún vivía.

Cuando era pequeña se desarrolló antes que sus amigas, y desde entonces había tenido que luchar siempre para que tuvieran en cuenta su inteligencia y no sus pechos.

El lugar de trabajo había sido otra pelea. Había tenido que aprender a convivir con el acoso sexual y los celos de sus compañeras, y al final había comprendido que esa era la razón por la que su madre cambiaba tan a menudo de trabajo; pero mientras que ella huía, Gwyn prefería quedarse y pelear. Y

por eso se hallaba en aquella situación: porque la consideraban únicamente un objeto sexual, carente del cerebro necesario para darse cuenta de que la gente cometía delitos delante de sus narices.

¿Y la solución era acostarse con su jefe, o parecer que lo hacía? Pero... ¿qué clase de mundo era aquel?

Miró a su alrededor, pero no tenía dónde ir. Estaba atrapada en una celda con Vittorio.

Él maldijo entre dientes y se sacó el teléfono de Gwyn del bolsillo de la camisa frunciendo el ceño.

–Este trasto va a explotar –dijo, mirando la pantalla–. ¿Quién es Travis? –preguntó con aspereza.

Ella casi podía ver los engranajes de su cerebro etiquetando el

contacto.

–Mi hermanastro –respondió fríamente, tendiéndole la mano para que se lo devolviera.

Tenía cuatro llamadas perdidas y varios mensajes de Travis, además de alguno más de compañeros de colegio y de trabajo de Charleston.

Travis y ella no estaban unidos. Nunca se había portado mal con ella, pero se mostraba distante.

Poco antes de que su madre se casara con el padre de Travis oyó que él le decía a Henry que no debería casarse con una mujer que carecía de recursos. Que había trepas y depredadores.

Henry las había defendido, pero en realidad ella entendía la postura de Travis, una opinión que había espoleado su necesidad de ser completamente independiente.

Con qué orgullo le había hablado del nuevo puesto que había conseguido, convencida de que se lo debía a sus estudios, cualificaciones y capacidad de trabajo. Ja.

–¿No va a llamarle? –preguntó Vittorio.

–No sé qué decirle.

–Pues por lo menos que no le pasa nada, que está a salvo.

–¿Lo estoy? –le espetó–. En realidad, no está preocupado. No estamos tan unidos. Solo quiere saber qué está pasando.

Para poder poner en marcha el control de daños en lo que a él pudiera afectarle.

Se había esforzado tanto por lograr que Travis no la viera como una aprovechada que solo pasaba tiempo con su padre con la esperanza de sacarle dinero… pero ahora los progresos que hubiera logrado iban a quedar reducidos a humo aunque, bien pensado, ¿qué más daba? Nadie iba a sentir respeto alguno por ella después de lo ocurrido.

–¿Tiene más familia a la que avisar? –preguntó Vittorio.

–No.

Su madre, una mujer sin formación, se había casado con un estadounidense al que había perdido dos años después de emigrar a su país. Era hijo único, y sus padres, ya muy mayores, vivían entonces en una residencia. Habían fallecido antes de que ella tuviera el conocimiento suficiente para poder preguntar por ellos.

Sin hogar ni familia junto a la que volver en Gales, Winnifred, su madre, había salido adelante con su hija como buenamente había podido, trabajando en comercios, limpiando en hoteles o como camarera. Cualquier cosa para llegar a final de mes.

Precisamente por eso siempre había estado tan decidida a

demostrarle a Travis que su relación con Henry era puramente emocional. Profundamente emocional. Henry era su única familia.

–Así que es usted un objetivo fácil, ¿no? Una mujer sola sin recursos ni apoyo –comentó Vittorio.

Puede que incluso le pareciera desesperada.

–Desde luego eso es lo que usted debe de pensar para haberme ofrecido lo que me ha ofrecido cuando estoy contra las cuerdas. Podría intentarlo en las estaciones de autobús, buscando adolescentes escapadas de sus casas.

Algo como un relámpago brilló en la mirada de él, algo peligroso, feo y duro.

–Esto no es un ofrecimiento –respondió, apoyándose en la mesa–. Hasta que yo diga lo contrario, es usted mi amante. Soy un hombre muy poderoso, Gwyn, y un hombre muy indignado por lo que le han hecho y que está dispuesto a pasar al ataque para devolverle su honor.

Sus palabras y el modo tan intenso en que la miraba le encogieron el corazón, pero al mismo tiempo sintió deseos de creer lo que le decía.

–Querrá decir el del banco. El honor del banco –respondió para no dejarse engañar. Se había equivocado al imaginarse en una celda. Estaba en el cubil del león, con el rey de las bestias moviendo la cola mientras la observaba.

–Ya me entiende. Hemos sido muy discretos con nuestra relación, dado que trabaja para nosotros –

continuó relajadamente–. Pero le aseguro que soy muy posesivo, y que tengo muchas influencias.

Este delito contra usted… contra el banco, no quedará impune.

Hablaba como si fueran a seguir adelante con la farsa. Como si de verdad estuvieran teniendo una relación.

–Lo que va a conseguir es cambiar un escándalo por otro, nada más. Yo sigo pareciendo una lagarta.

Parecía no importarle lo más mínimo y, sin embargo, vio brillar algo en sus ojos de color bronce.

–Los escándalos sexuales tienen una vida muy corta en este país. ¿Una aventura jefe-empleada entre dos adultos solteros? –hizo un gesto con la mano para quitarle importancia–. En cuestión de días se habrá olvidado. Yo prefiero tener que soportar eso a que caiga sobre el banco la sospecha de corrupción. El impacto de algo así se prolongaría indefinidamente.

–¿Se ha parado a pensar por un momento que yo soy inocente? Lo único que le importa es proteger al banco, ¿verdad?

–Por supuesto que el banco es mi prioridad, precisamente por eso:

porque es un banco. No solo da empleo a miles de personas, sino que influye en la economía mundial. Si no tenemos la confianza de nuestros clientes, no tenemos nada, de modo que sí, pretendo protegerlo a toda costa. Y usted se beneficia quedando exonerada, lo cual creo que es su objetivo, sea culpable o no. Dejaremos que piensen que Paolo conocía nuestra relación y que así es como los dos nos hemos enterado de lo de Jensen, y que la hemos dejado seguir en su puesto para reunir pruebas.

–¿Mantendré mi trabajo? –le preguntó como quien negocia, cuando los dos sabían que su posición era tan débil que podría considerarse afortunada si no la llamaba la policía para interrogarla. O si no la echaban de una patada de aquel helicóptero.

–No. Aunque acabara demostrando su inocencia, volver a ponerla en la nómina lo enturbiaría todo.

–Vamos a imaginar por un momento que soy tan inocente como digo que soy –replicó Gwyn con sarcasmo–. Todo lo que voy a sacar de esto, de ser puesta en evidencia por un cliente del banco con unas fotos que existirán para quien quiera verlas durante el resto de mi vida, es una ficha policial limpia. Sigo perdiendo el trabajo y cualquier posibilidad de desarrollar mi carrera en el campo en que llevo años trabajando. Muchas gracias por el favor.

Se volvió a mirar por la ventanilla. Todo aquello era una burla.

–Si resulta ser inocente, no se va a quedar sin nada. Déjeme que se lo explique: coopere conmigo y me aseguraré personalmente de que sea recompensada según convenga al resultado final.

–¿Me va a pagar por mentir? –se sorprendió–. ¿Y qué pasará cuando se sepa? Seguiré pareciendo una oportunista.

–¿Qué mentira se aproxima más a la verdad, Gwyn: que ha querido acostarse con Kevin Jensen, o que ha querido acostarse conmigo?

Parecía poder leerle el pensamiento. ¿Cómo podía saber con qué fantaseaba cada noche antes de quedarse dormida? Que supiera que se sentía atraída por él lo empeoraba todo, tal y como se temía.

Bastaba con recordar la cara de Nadine para saber adónde podía conducirle la verdad. Si tuviera más tiempo, podría haber encontrado una solución mejor, pero el helicóptero había descendido y parecía dirigirse a una zona de hierba cercana a una villa.

Su teléfono volvió a vibrar con otro mensaje.

–Bien –murmuró, tragándose sus reservas–. Fingiré que estamos teniendo una aventura. Lo fingiré… porque no pienso acostarme con usted.

Y él sonrió como si supiera que no era verdad lo que decía.

Capítulo 4

LA INVITÓ a entrar en la casa y mientras ella examinaba su entorno, él hizo una llamada:

– *Cara. Come stai?*

El saludo fue como un golpe en el estómago para Gwyn. ¿Cómo podía haber accedido a que la llamase su amante cuando ya tenía otra?

La mansión era increíble, pensó, contemplando la imagen del lago Como que se disfrutaba por las altas ventanas situadas junto a la mesa del desayuno. El sol del mes de mayo se colaba por los cristales de la espaciosa cocina, arrancando destellos dorados al suelo. Instantáneas de la familia adornaban las paredes, aportándole personalidad y carácter íntimo.

Se diría que allí nada malo podía ocurrir. En el fondo eso era un hogar, ¿no? Un refugio.

¿Alguna vez llegaría ella a tener un sitio así?

Entró en el salón y se acomodó en una butaca mientras se dejaba acariciar por la voz de Vittorio, pero sin querer traducir lo que decía. Se sentía más abandonada aquel día de lo que se había sentido incluso el día que su madre murió. Entonces al menos tuvo a Henry. Y una vida con la que seguir. Su carrera. Algo que la animaba a seguir adelante. Pero en ese momento…

– *Ciao, bella* –le oyó decir en la habitación de al lado, y oyó aproximarse sus pasos.

Se detuvo un instante y luego le ofreció el pañuelo que aún tenía restos de su máscara de pestañas.

Qué galante. Y qué mal se sentía ella.

Rechazó el pañuelo y se volvió a mirar por la ventana.

–¿No hay lágrimas? Así no me demuestras tu inocencia, *mia bella* –dijo tuteándola, algo burlón.

Nunca lloraba delante de nadie. Ni siquiera en el entierro de su madre, mientras lo organizaba todo, dejó escapar una sola lágrima. Solo podía hacerlo en la intimidad.

–¿Bastaría con eso para convencerte? –respondió ella del mismo modo–. ¿Correrías a abrazarme?

–Por supuesto –respondió Vittorio, y a ella le dio un vuelco el corazón–. Ningún hombre que se precie puede permitir que una mujer llore sin prestarle su hombro.

–Pues algunas preferimos llorar a solas –replicó. Había tenido novios y sabía que su abrazo podía crear una sensación de seguridad, pero era solo temporal. Y él precisamente no le ofrecía algo real, dado que eran enemigos en una alianza temporal en el mejor de los casos.

–Dime dónde puedo acostarme.

Estaba deseando poder abrazarse a la almohada.

Su silencio la obligó a mirarle.

–Paolo está todavía con Fabrizio. Su mujer te ha ofrecido amablemente su guardarropa –señaló hacia la escalera–. Tiene un gusto excelente. Vamos a buscarte algo apropiado.

–¿Apropiado para qué?

–Para nuestra primera aparición en público –respondió él con el tono paciente que se emplearía con un niño.

–Antes has dicho que bastaría con que pasaran unos días para que se olvidase el escándalo.

Un extraño miedo le fue subiendo por la espalda.

–Ah, no, *cara.* Lo que yo he dicho es que lo peor del escándalo se pasaría en unos días, pero estaremos metidos en la mentira al menos unas cuantas semanas. No te marearás navegando,

¿verdad? El viento puede soplar esta noche y la cena en el crucero puede resultar algo movida.

Vito se preguntaba a veces, cuando su vena implacable aparecía con tanta fuerza, si los genes de su padre estarían abriéndose paso a través de la disciplina Donatelli que con tanto trabajo había logrado erigir.

La mafia era conocida por su lealtad con la familia, y la ferocidad de su alianza con Paolo y el banco estaba impresa en su ADN. Por supuesto que haría lo que fuera por protegerlos a ambos. Por supuesto que haría lo que fuera por neutralizar la amenaza de Jensen.

Miró hacia el otro lado y sintió con la intensidad de un golpe una oleada de deseo carnal.

¿Por qué?

Gwyn era guapa, sí, eso no podía negarlo, aunque se le notara la palidez debajo del maquillaje aplicado con mano experta por la estilista de Como. Estaba magnífica con aquella falda larga azul con una abertura en la pierna, y un top del mismo tejido brillante y escote halter que dejaba al descubierto su cintura y se ceñía delicadamente a sus generosos pechos. Le habían dejado el pelo suelto, y el nuevo corte hasta la mandíbula enmarcaba perfectamente su rostro. Le habían puesto unos pendientes de aro plateados y una docena de finas pulseras del mismo metal que había llevado la estilista.

Los zapatos de Lauren le quedaban un poco grandes, pero llevaba las uñas recién pintadas de rojo pasión.

–Estás impresionante –le dijo con sinceridad.

–No sé para qué me he molestado. Nadie se va a parar en la ropa cuando me mire.

–¿Necesitas que te diga que estás preciosa con ropa y sin ella?

Gwyn hizo una mueca.

–Has tenido tiempo de verlas bien, ¿no?

Cuánto resentimiento. Le molestaba que lo metiera en el mismo saco que a todos los demás. Se había pasado la última hora averiguando cómo Jensen había enviado las fotos al banco. Incluso había mandado a gente a investigar al spa, por ver si había algún modo de relacionarlas con la mujer de Jensen. Lo había mirado todo menos las fotos, evitándolas deliberadamente.

–Las tengo grabadas en la retina –respondió, molesto–. Pero no tienes nada de qué avergonzarte. Y

no lo digo desde un punto de vista físico, que también.

Ella lo miró confusa y vulnerable.

–Casi has logrado parecer amable. ¿Estás practicando? Porque aquí no hay nadie que pueda oírte excepto yo.

Entonces, es que no se había dado cuenta de que le atraía...

Se habría echado a reír de no estar tan sorprendido. Estaba claro que su figura no tenía nada de corriente. ¿Por qué si no iban a haberla elegido para aquella forma particular de explotación?

Pero había más. Un extraño impulso posesivo se había apoderado de él en el primer instante en que la había visto desnuda. Estaba sintiendo un apetito creciente, una necesidad de hacerle ver su deseo de tocarla. Quería verla reaccionar, percibir la excitación en su mirada.

–Vas a tener que aprender a parecer complacida por mis cumplidos –dijo para disimular–. Y por mi contacto –añadió, poniéndole la mano en el brazo.

Ella se estremeció. Fue una reacción tan visceral que él la sintió en el vientre, hasta tal extremo que

estuvo a punto de tirar por la borda su disciplina, tomarla en brazos e irse con ella a la alcoba más cercana. Incluso al suelo.

Ella se sonrojó.

–Ya soy una pieza indefensa en este juego, así que no lo empeores, por favor, riéndote de la estupidez de mi reacción. O tendremos una fea ruptura en público –se atrevió a amenazarle.

–Y una ardiente y pública reconciliación –le espetó él, agarrándola por las muñecas y besándola en el cuello. Dios, cómo la deseaba–. Porque esa reacción que has tenido es precisamente lo que nos va a permitir hacer creíble lo de nuestra relación, así que no la reprimas.

Y como ella intentó apartarse, del movimiento resultó un pequeño chupetón en la base del cuello.

Todo su cuerpo se estremeció y dejó escapar un gemido,

acompañado de un involuntario movimiento de las caderas contra su erección.

En ese segundo los dos podrían haber perdido la cabeza, pero él se obligó a soltarla, y no le sorprendió que lo mirara con odio. Parecía estar pasándolo francamente mal, y ese odio era bueno.

Le serviría para mostrarse firme y no hacerle el amor.

Subieron al coche, ella, rígida como una autómata; él, deseando mostrarle de nuevo la química que había entre ambos. Pero antes tenía que conseguir controlarse más.

El chófer los dejó en el punto en que descendían estrellas de rock, famosos, personajes de la aristocracia y deportistas de élite.

Vito no estaba en la lista de invitados, pero conocía al actor que organizaba el evento y había aprovechado la oportunidad para hacer su aparición pública con Gwyn allí. Era una celebración que anticipaba un festival internacional de cine. La lista de invitados no era solo corta y exclusiva, sino lo suficientemente mundana como para que unas imágenes robadas pudieran quedar en segundo plano.

La oyó respirar hondo en un intento de calmar los nervios, y, cuando el coche se detuvo, tomó su mano fría y algo sudorosa.

–Cabeza alta –le ordenó con una sonrisa deliberada de superioridad, ya que la rabia parecía darle energía y convencido de que la amabilidad en aquel momento no iba a servir para nada.

Ella murmuró algo entre dientes que no fue muy femenino, pero él contuvo las ganas de reír.

–Hazles saber lo mucho que los odias –le dijo al abrir la puerta, y la empujó suavemente por la espalda para que no se echara atrás en el último momento. Luego se detuvieron para darles la oportunidad a los paparazzi de ver a quién tenían delante.

La chica de las fotos.

Con Vittorio Donatelli.

Le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia sí, mostrando el nivel justo de preocupación por ella antes de mirar con hostilidad al mar de cámaras, enviando un mensaje a Kevin Jensen en el que le decía que se había metido con la chica del hombre equivocado.

La gente contuvo el aliento e inmediatamente después comenzó la explosión de luces y gritos.

Gwyn tragó saliva y tuvo un segundo de angustia antes de cuadrar los hombros y mirar con desdén a las cámaras. Luego miró a Vito con la exigencia fría y silenciosa de que la sacase de allí, además de con una muestra de confianza en que podía e iba a salvarla de todo aquello. Las cámaras la habrían captado y Vito se sintió hondamente satisfecho.

Mantenía la espalda recta como una barra de hierro y la condujo entre aquellas luces cegadoras hasta llegar a la escalinata que daba acceso a la marina.

–No estoy en la lista –le dijo al joven uniformado–, pero en realidad sí estoy.

El joven ni siquiera consultó su nombre. Le bastó con ver el revuelo que habían provocado para saber que eran un plus para el evento.

–Gracias, señor. Que disfruten de la velada.

Vittorio fue a echar a andar, pero se volvió aún:

–No sé si Kevin Jensen estará en la lista, pero a partir de este momento, no lo está. ¿Entendido?

–Desde luego.

Aquella mañana la vida era normal, pero, en apenas doce horas, había pasado de ser una trabajadora más de un banco a ser la sensación de Internet. Gracias a que Vittorio la había ocultado, la realidad de su situación no le había alcanzado hasta aquel momento junto a la limusina en que, en docenas de lenguas distintas, le habían hecho preguntas de todo tipo y habían gritado su nombre.

Fue poner un pie en el barco y un murmullo se generalizó entre la gente. Las cabezas se aproximaban para cuchichear y hubo algunos que incluso señalaron.

Instintivamente se pegó a su acompañante y él le apretó la cadera en un gesto reconfortante.

No debería esperar protección de él. Se había comportado como un canalla antes, utilizando su reacción contra ella misma. ¿Cómo podía haberse frotado contra él como si quisiera que la penetrase… aunque en realidad fuera cierto?

Los hombres eran criaturas simples. Los actores siempre se quejaban de que las erecciones podían sobrevenirles en el momento menos apropiado, y aunque le encantaría poder creer que se sentía tan atraído por ella como ella por él, su reacción había sido tan personal como un estremecimiento al sentir frío.

Lo único que les unía era la pantomima de mantener una relación sexual para defenderse de las alegaciones de Jensen.

–¡Vito! –una espectacular rubia se les acercó, arrastrando consigo a un legendario actor de cine.

Resultó que eran el anfitrión y la anfitriona.

Gwyn se rio para sus adentros. Si los invitados la miraban con curiosidad, ella hacía lo mismo con ellos. El barco estaba lleno de rostros que había visto en televisión y en el cine. Gente verdaderamente famosa, lo que añadía un aire de irrealidad a un día

ya de por sí extraño.

–Gracias por haber venido –dijo la supermodelo con acento de Nueva York, y besó a Vittorio en la boca–. Ahora vamos a tener mucha más repercusión. Yo no he visto las fotos –añadió, dirigiéndose a Gwyn con desenfado–, pero mi agente representa a cinco de las mejores modelos de ropa interior del mundo. A juzgar por tu figura, le encantaría que lo llamases si quieres sacarle el jugo a todo esto. No te descuides, eso sí, que esta atención no dura. Vito tiene mi número.

–Vito… –dijo Gwyn un rato después, cuando ya estaban solos.

–Mis amigos y mi familia me llaman así. Tú también deberías

–Lo que no sé es si debería llamar a su agente –respondió, y tomó un sorbo de su copa de champán.

–Preferiría que no lo hicieras.

–¿Por qué? ¿Qué otra clase de trabajo voy a poder conseguir? Hasta Nadine ha pensado que no era lo bastante buena para haber logrado el ascenso sin pasar primero por la cama de alguien. A lo mejor es hora de que haga lo que todo el mundo siempre me ha dicho que haga: ser un objeto y ganar dinero con el regalo que Dios me ha hecho.

Su mirada brilló peligrosamente.

–¿Has tenido que enfrentarte a mucho machismo en tu vida?

–¿Acaso existe una cantidad que sea aceptable?

Alguien se les acercó, con lo que la conversación quedó interrumpida. Pasaron la hora siguiente mezclándose con la gente. No resultó tan horrible como se esperaba, pero Vito se encargó de quitarle de las manos las copas de champán y sustituirlo por agua con gas o zumo.

–Si no me dejas beber alcohol –le dijo en un determinado momento–, la gente va a empezar a pensar que estoy embarazada, y creo que ya he cubierto mi cuota de escándalos por un día.

–Te estoy dejando beber. Lo que no quiero es que te emborraches. Mañana me darás las gracias.

–Dudo que oigas esa palabra de mis labios.

–Ya veremos –respondió Vittorio, tomando la mano que ella alargaba hacia la enésima bandeja que pasaba a su lado–. Ven.

–¿Adónde?

Abandonaron la cubierta protegida por cristales, la gente que bailaba, la música y las risas, para tomar una escalera estrecha que conducía a la cubierta inferior en la que corría un viento frío que le hizo cruzarse de brazos.

Vito se quitó su chaqueta de lino para ponérsela sobre los hombros, envolviéndola con su olor.

–Tenemos trabajo por delante, ahora que te has relajado.

–¿Qué clase de trabajo?

La hizo acercarse a la borda, donde la espuma crecía para luego quedar atrás. El sonido del viento y del agua llenaba el aire. Luces distantes como de pequeñas luciérnagas bailaban dibujándose contra la silueta negra de las montañas.

Y unos cuantos botes pequeños perseguían a aquel más grande, saltando en su estela, zumbando como mosquitos. Una luz brilló con intensidad. Una cámara.

–Sí –confirmó él–. Voy a tener que robarte un beso, *mia bella*.

–Inténtalo si te atreves –le espetó, volviéndose a mirarle con dureza, agarrada al pasamanos–. Ya me han robado bastante, y no estoy dispuesta a rendirme. Este crucero puede volverse muy desagradable.

Él se apoyó de espaldas a la borda, abrió las piernas y le indicó que se colocara entre ellas.

–Te estoy ofreciendo un beso –dijo, con un tono sorprendentemente tierno–. ¿Tan duro sería para ti aceptarlo?

Un espasmo de dolor le recorrió el cuerpo, y aún le dolió más cuando vio brillar otro fogonazo.

Su gesto de tormento acababa de ser captado y pronto llegaría a las rotativas.

Agachó la cabeza y él la acurrucó contra su pecho en un abrazo que pretendía ser tierno, y que increíblemente estaba resultando así. Un refugio. No podía creerse a salvo con él. No debía.

–No voy por ahí besando a desconocidos.

Él le apartó un mechón de pelo.

–Somos amantes, *mia bella*.

Saltaban más flashes, pero quizás se debieran a la reacción eléctrica que provocaba en ella.

–Si ni siquiera me encuentras atractiva. ¿Tienes idea de cómo es besar a alguien que sabes que no siente nada por ti? No puedo fingir.

Sus manos quedaron quietas.

–¿Has tenido muchos amantes, Gwyn? Es sorprendente lo inocente que me pareces.

–¿Te parece un rasgo de inocencia saber que todos estos movimientos que haces para seducirme se originan únicamente en tu deseo de proteger el banco, y que en realidad te disgusta tocarme? –lo

miró a los ojos, pero no podía descifrar su expresión con aquella oscuridad–. ¿Me vas a decir ahora que soy demasiado cínica?

–Eres una mujer preciosa. Y eso debes de saberlo –contestó, acariciándole con las yemas de los dedos el nacimiento del pelo.

La caricia era tan embriagadora y las palabras fueron susurradas de tal modo que todo su cuerpo respondió: le flaquearon las rodillas, se le erizó la piel y se le endurecieron los pezones. Entre sus piernas se generó un calor húmedo.

Pero aunque el cuerpo de Vito se estuviera enardeciendo, su mente permanecía inalterada.

–Así que esto es una aventura –dijo ella de pronto.

–¿Qué quieres decir?

–Pues que no es una relación con posibilidades de futuro. Va a servir para algo en concreto y terminará sin que ninguno de los dos haga nada para evitarlo. Tienes razón –continuó un segundo después–. No he tenido muchas relaciones, y la mayoría han sido ocasionales. Por eso no suelo salir con hombres, porque no me gusta sentirme utilizada. Y por eso no quiero besarte ahora. Sé que después me sentiré sucia.

–Ay, *cara*, eres muy inocente. Eres tú quien está en disposición de utilizarme a mí. Deja de ser tan buena y hazlo, que me va a encantar.

Ella se volvió de lado, enfadada con él porque fuera capaz de transformar su buena voluntad en un defecto de su carácter. Enfadada porque le hubieran destrozado la vida. Enfadada porque lo que estaba pasando entre ellos careciera de valor. Era un objeto, nada real, ni importante. Así se había sentido siempre su madre.

–Está bien –le espetó–. Besémonos.

La noche era demasiado oscura para saber si su breve instante de duda lo había producido la sorpresa u otra cosa, pero le puso la mano en la mejilla y atrapó su boca en una posesión firme y hambrienta.

Porque eran amantes, se recordó. Para que la ilusión que estaban proyectando resultara verosímil, tenían que fingir conocerse el uno al otro tan bien como para pasar a un beso apasionado sin preámbulos.

Con el corazón desbocado, le devolvió el beso con todas las emociones revolucionadas. Furia principalmente. Fue ella entonces quien puso la mano en su nuca para empujarle hacia sí y morderle los labios a modo de castigo por todo lo que le había hecho. Por todo lo que el mundo le había hecho.

Con un gemido, él la atrajo hacia sí por la cintura primero y descaradamente por las nalgas después.

Ella no protestó, sino que se acercó más, echándose casi con agresividad contra él, como si estuvieran luchando el uno contra el otro, raspándose con su barba. Él gimió, y, tras dejarle un par de segundos para respirar, la abrazó con más fuerza y la poseyó con un beso dominante, avasallador.

Su propia reacción habría tenido que asustarla de no haber estado

tan a punto de explotar.

Necesitaba estar así, prisionera de un espacio acotado, formado por sus brazos enredados, que eran los que lograban que no se desmoronara. Luchó contra él cuanto pudo, intentando conseguir que se rindiera, pero tenía una voluntad demasiado fuerte.

Con un gemido, capituló, dejándole tener el control.

Su recompensa fue una oleada de placer delirante. Sintió de golpe lo que aquel beso le estaba haciendo. Le ardía la sangre, y sus zonas erógenas habían cobrado sensibilidad. Su cuerpo parecía envolver al suyo en una necesidad sexual, hasta tal punto que se le doblaron las rodillas.

Habría ido a cualquier sitio con él en aquel momento. Habría permitido que hiciera cualquier cosa.

Quería que la cubriera, que entrase en ella y la llevara a un lugar en el que nada pudiera alcanzarla.

Su intensidad fue aminorando. Su mano se movió como un bálsamo por la espalda. Sus labios húmedos acariciaron los suyos hasta que se separaron para respirar. Le colocó la cabeza sobre su pecho y ella pudo oír el latido de su corazón.

Estaba excitado. Ojalá todo aquello pudiera ser real. Ojalá pudieran hacer el amor, perderse en un placer que embotase los sentidos. Tanto deseo debería parecerle amenazador, u ofensivo incluso, pero no se separó de él. Le gustaba poder constatar su erección, aunque fuera una reacción puramente fisiológica. Permaneció en aquella diminuta cueva de seguridad que eran sus brazos, con la cara contra su camisa y el cuerpo protegido del viento por el suyo.

Y comenzó a llorar.

Capítulo 5

VITO se sentó en el sillón de la habitación del hotel. Llevaba puestos solo los pantalones. Fingía leer correos en el ordenador, pero en realidad estaba viendo dormir a Gwyn.

Se había desatado una auténtica galerna un momento después de que se besaran y el yate había buscado refugio en el puerto más cercano. Mientras la mayoría de los invitados corrían bajo la cortina de agua a buscar un taxi, él pagó una fortuna por una habitación de la planta alta del club náutico. No quería volver a la mansión arrastrando a los paparazzi, y Gwyn estaba al final de la cuerda.

Aquella mujer... en realidad no sabía cómo había podido contenerse en el barco para no levantarle la falda, ya que, en aquel momento, no le habría importado que alguien pudiera ver sus nalgas desnudas, pero la idea de que los paparazzi pudieran haber captado otra vez su cuerpo desnudo le había resultado intolerable.

Y, entonces, mientras pensaba si pedir un camarote, ella había roto a llorar.

Estaba haciendo todo lo posible por mantener las distancias, pero ya no albergaba duda alguna en cuanto a si había posado o no para esas fotos. Estaba demasiado destrozada para que aquellas imágenes pudieran ser otra cosa que una violación de su intimidad.

Saberlo estaba teniendo un efecto tremendo en él. Le provocaba algo que bien podría transformarse en una ira ciega si se paraba a darle vueltas a semejante injusticia.

Tomó un sorbo del café que se había preparado y estudió sus facciones de rasgos clásicos, que tan bien encajaban en aquel ambiente.

El edificio era del Renacimiento más clásico, imponente y simétrico, un envoltorio hermoso para su piel pálida, sus labios sonrosados y aquellas pestañas tan largas.

No había cerrado los gruesos cortinajes, de modo que la luz del sol se derramaba sobre sus facciones. El cuello de su camisa blanca, que era lo que se había puesto para dormir, le rozaba la mejilla, y la manga desabrochada se le había subido, dejando al descubierto su brazo.

Su amante descansando, pensó sonriendo con ironía, jugando con la idea de hacerle una foto.

No le había molestado que ella lo hubiera hecho. Sabía que era guapo. La atracción femenina había sido una constante en su vida, de modo que no le sorprendía que lo hubiese encontrado atractivo, y tampoco le ofendía. Más bien le gustaba. Casi demasiado.

El teléfono vibró. Era su primo, que le mandaba algo.

¿Cómo lo llevas? ¿Lo tienes todo controlado? Hablaremos cuando llegue. Salgo dentro de unas horas.

Vito entendió que Paolo no quería que hablasen por medios que podían ser interceptados, pero le sorprendía que se desplazase hasta Como. Últimamente trabajaba desde casa. No quería separarse de su mujer, a punto de dar a luz su tercer hijo.

Pero Paolo era lo bastante listo como para haber comprendido las implicaciones de su aparición la

noche anterior al lado de Gwyn, y querría conocer los detalles, estar seguro de que lo tenían todo controlado.

La familia, los medios de comunicación, los inversores del banco, todos querían conocer la historia de cómo una mujer había conseguido enredar no solo a uno, sino a dos hombres poderosos mediante el escándalo de unas fotos. ¿Se estaría acostando con los dos?

Había llegado el momento de dar carnaza a la prensa.

Con enorme satisfacción, buscó el número de una antigua novia que trabajaba en un programa matinal de la televisión italiana:

Puedes decir de mi parte que las fotos se tomaron en un spa local sin su consentimiento.

Un sonido le confirmó que había enviado el mensaje, y casi pudo oír el repiqueteo de sus tacones de aguja al correr al despacho del productor para pedirle que localizasen el spa y sorprender al responsable con una entrevista mañanera. Con aquella exclusiva, tendría toda la cobertura del mundo a mediodía.

Sonrió de medio lado al pensar en lo fácil que era jugar con la prensa y abrió el correo que Paolo le había reenviado.

Era de Travis Sanders, director de un estudio de arquitectura del que él nunca había oído hablar. En el buscador leyó que se trataba de una corporación global en crecimiento, con base en Charleston, y con unos cuantos proyectos de prestigio, el más reciente, una catedral en Brasil.

Lo leyó:

No he sabido nada de mi hermana desde el día diez del mes pasado. Si estás filtrando sus llamadas, deja de bloquear las mías. Quiero saber algo de ella.

Corto y ácido.

Gwyn se dio la vuelta en la cama y abrió los ojos. La confusión dejó paso rápidamente al recuerdo.

Miró la mitad vacía de la cama y se incorporó, tirando de la sábana para cubrirse, a pesar de llevar la camisa abotonada.

–Creía que me habías dicho que no era tu hermano, sino tu hermanastro –dijo Vito.

–¿Quién, Travis? –frunció el ceño, medio dormida–. Y lo es. ¿Por qué?

–Quiere saber algo de ti. Piensa que te hemos prohibido llamar.

Ella suspiró.

Dado que ella se había dejado el móvil en casa, le acercó el suyo.

–¿Prefieres escribir?

Miró brevemente su pecho desnudo y la desconfianza palpitó en su mirada, aunque un suave rubor tiñera de rosa su piel. Habría sonreído satisfecho de no haber sentido él una tremenda tensión a modo de respuesta. El olor que partía de aquellas sábanas arrugadas le estaba estimulando.

La vio escribir un breve mensaje y le devolvió el móvil sin mirarlo.

A pesar de que era muy temprano en Charleston, el aparato vibró de inmediato.

Vito lo miró y no pudo contener una sonrisa.

–Quiere que le digas la fecha del cumpleaños de su padre. Para asegurarse de que has sido tú quien ha mandado el mensaje, me imagino.

–¿En serio? –preguntó ella. Volvió a escribir, aquella vez un poco más, y le devolvió el móvil con brusquedad.

Iba a decirle algo cuando hubo una nueva vibración.

No pareces tú, leyó.

–¿Cómo demonios sabe él cómo soy? –explotó, levantándose–. Si casi no me habla.

–Dice que lo llames cuando puedas hablar con libertad.

Ella sonrió de medio lado antes de decir:

–Voy a ver si es posible ahogarse en una ducha.

–No tardes mucho. Tengo hambre y voy a pedir el desayuno ahora que ya te has despertado.

Resultaba curioso cómo algo tan sencillo como una ducha podía parecer un puerto de salvación en momentos de crisis. Lavarse el pelo, pasarse una manopla con jabón por el cuerpo… resultaba maravillosamente normal. Pura rutina. Dejaba correr el agua sin pensar en nada… hasta que recordó inesperadamente que había oído correr la ducha a las dos de la madrugada. ¿Por qué se habría levantado a ducharse a las dos de la mañana? Había sentido su erección junto a sus nalgas. De hecho, de no haber estado tan agotada, tal vez se habría dado la vuelta y habría hecho algo que lamentaría después.

¿Habría ido al baño para masturbarse? A ella podría haberla tenido si hubiese querido.

La idea fue como un golpe en el estómago. Tenía que dejar de

pensar que había alguna posibilidad de que hubiera algo entre ambos. La había apoyado, sí, pero el sexo entre ellos estaría vacío. No había sitio para el romanticismo.

Se puso el albornoz y salió. Olía a huevos, beicon café y bollos. El estómago se le contrajo.

¿Cuándo había comido por última vez? Vito casi la había obligado a picar algo del extravagante bufé.

Estaba cerrando la puerta cuando ella salió del baño.

–Mira a ver si te vale.

No supo qué decir. Había una camisa limpia para él y un par de calcetines. Para ella, había pedido unas braguitas, camisola y sujetador en un suave amarillo, unos pantalones con un delicado estampado floral y un top con los mismos tonos que el pantalón y pinceladas en esmeralda y rosa.

–Vamos a ir de compras, de modo que no tendrás que llevarlo puesto mucho tiempo si no te gusta

–dijo él, y fue entonces cuando se dio cuenta de que ella fruncía el ceño.

–No, está bien. Es que había pensado volver con la ropa de ayer.

Miró las etiquetas buscando los precios y no los encontró. ¿Cómo iba a pagar aquello?

–Vamos a desayunar –dijo él, señalando la mesa colocada junto a la ventana abierta, desde la que se veían las sombrillas rojas dispuestas en el jardín y los barcos de millones de dólares balanceándose sobre las aguas de aquel lago engañosamente plácido, acurrucado entre los picos de las montañas.

–¿De verdad es necesario ir de compras? –preguntó, pinchando la yema de un huevo con el tenedor.

–En realidad es para las cámaras. Además, vas a necesitar ropa para las próximas semanas, así que yo diría que sí, que es necesario.

–No me gustaría tener que recordarte que me he quedado sin trabajo –dijo tras un momento, y Vito vio cómo le temblaba ligeramente la mano que sostenía el tenedor–. ¿Cómo me voy a pagar la ropa nueva?

–Qué graciosa eres, Gwyn –contestó él con tono paternal–. Yo mimaré a mi *innamorata*. Es lo que los hombres enamorados hacen.

Su apetito desapareció. Dejó el tenedor. Se sentía completamente indefensa allí sentada con aquel albornoz que él había pagado. Ni siquiera cuando Travis aniquiló su autoestima se había sentido así, porque tenía un trabajo y suficientes ahorros para que su madre y ella pudieran empezar de nuevo, si Henry decidía cancelar la boda.

–A las mujeres les encanta ir de compras, Gwyn. ¿Por qué a ti

parece molestarte tanto? –quiso saber mientras atacaba su desayuno con apetito.

–Pues porque no es propio de mí. Mi madre no tenía mucho dinero. Lograba que llegásemos a fin de mes, pero vivíamos con lo justo y con sencillez, y yo sigo haciendo lo mismo.

Tomó un sorbo de aquel delicioso café, que nada tenía que ver con el instantáneo que ella se preparaba, y vio que él la observaba como si quisiera decidir si creerla o no.

Lo mejor sería ser sincera sobre sus orígenes.

–Mi madre conoció a mi padrastro trabajando como conserje en su edificio, y a Travis no le gustó demasiado la elección de su padre. Él estaba en la universidad, y yo ocupé su antigua habitación en mi último año de instituto. Supongo que le resultaba extraño encontrarse a aquella cría torpe cada vez que quería ir a ver a su padre. Unas desconocidas viviendo en su propia casa.

Se refugiaba en los deberes cuando Travis estaba por allí, y solo salía de la habitación para cenar.

En esos momentos, Henry se encargaba de hacer que se sintiera cómoda, y siempre conseguía hacerla reír.

–Mi madre quería a su padre de verdad –continuó–. Nunca me habría llevado a vivir a la casa de ningún hombre excepto para darme un padre. Henry lo es para mí, pero el día antes de la boda oí a Travis advertirle que tuviera cuidado; que podíamos andar solo tras su dinero –bajó la mirada–. Yo creí que cambiaría con el tiempo, que se daría cuenta de que solo queríamos ser una familia, pero apenas un año después de la boda, a mi madre le diagnosticaron un cáncer. Yo iba a haberme marchado para empezar la universidad, pero me quedé para ayudar a Henry a cuidarla. Hice algunas asignaturas online, pero mi madre se convenció de que era una carga para nosotros. Travis no iba mucho, pero me imagino que debía de pensar que su padre se había visto obligado a cargar con un montón de facturas médicas de alguien a quien no tenía por qué aguantar.

Vio cómo el sol brillaba con intensidad sobre el agua.

–Fue muy duro de asumir que por fin había encontrado un hombre que la quería, que quería cuidar de ella, y que iba a morir antes de haber podido disfrutar verdaderamente con él. De hacerle feliz.

–Lo siento –dijo él, poniendo la mano sobre la suya. Parecía sincero.

–Soy consciente de que Travis cree que mantengo una buena relación con Henry porque tiene dinero. Yo jamás he admitido ni un céntimo cuando me lo ha ofrecido, y por eso dejar que me lleves de tienda en tienda no es exactamente la imagen que quiero dar. Quiero

que mi hermanastro siga permitiéndome visitar al único padre que he tenido.

Parpadeó varias veces para apartar del resplandor del agua la mirada y se encontró con su rostro, tan intensamente atractivo.

–Pero no me encuentro en disposición de ser orgullosa, ¿verdad? –añadió con sarcasmo.

La observaba con tanta gravedad que casi se sintió desnuda.

–¿De verdad crees que te impediría verlo?

–No lo sé –murmuró, encogiéndose de hombros–. Quiere a su padre tanto como yo, y quiere protegerlo. No es que pretenda deliberadamente ser cruel. Seguramente tú harías lo mismo si se tratase de tu padre, ¿no?

La mirada de Vito resultaba inescrutable. Se diría que tenía un millón de posibles respuestas y que estaba calibrando cuál era la más adecuada.

–Come –se limitó a decir.

Y ya estaba todo dicho.

Por sincera que pareciera Gwyn, él no podía permitirse ninguna relajación emocional.

Mientras ella terminaba de arreglarse, estuvo revisando más a fondo la información que tenía

sobre su pasado. Cuando Gwyn salió del baño, su aspecto era mucho más natural que el de la noche anterior, con tanto maquillaje como le había puesto la estilista.

–¿Qué hacemos con la ropa de ayer?

–Ya está todo arreglado.

Ella lo miró sin comprender.

–Me han prestado algo y quiero devolverlo en buen estado –dijo.

–Así será –respondió él. No le gustaba que diera la impresión de desconfianza, pero al mismo tiempo reforzaba la independencia que parecía formar parte de su carácter–. He estado revisando tu expediente –le dijo cuando salían ya de la habitación.

Ella lo miró desanimada, pero no temerosa.

–¿Y?

Había revisado sus cuentas. Debía poco, tenía poco también y no había hecho compras ni gastos significativos últimamente. Parecía ser exactamente lo que decía ser.

–Has trabajado duro para lograr la formación y la posición que has conseguido –reconoció ya en el ascensor–. Pero Fabrizio fue quien autorizó tu traslado, a pesar de haber dos candidatos con mayor experiencia, lo que parece apoyar lo que dijiste ayer: que te habrían reclutado precisamente por tu inexperiencia y porque era más

probable que sus manejos te pasaran inadvertidos.

–De modo que estás dispuesto a creerme por lo que dicen las pruebas, pero no por lo que yo te he dicho. Mi palabra no significa nada para ti. Es la historia de la vida de cualquier mujer.

No sabía qué clase de reacción podía esperar de ella, pero desde luego aquella no se la esperaba.

Que la creyera tenía un peso específico para ella, y se dio cuenta de hasta qué punto tenía poder sobre su vida, algo que no le gustó demasiado.

Y es que, a pesar de que él siempre había adorado el poder, no le había gustado el hecho de saberla tan vulnerable. Vulnerable con todos los hombres de su vida, pero en particular, con él. Además, le había hecho pensar en su propio padre. Su madre estaba a años luz de su padre en la escala social, ya que ella pertenecía al clan Donatelli. Su padre habitaba en el escalón más bajo de la sociedad. Era un delincuente de la peor calaña, que la había seducido solo por su dinero.

«¿Qué estás haciendo, Vito?».

Bajo el sol de la mañana, sin prestar atención a las cámaras, fueron entrando y saliendo de todas las tiendas del paseo.

Pero no se le daba bien hacer de mujer enamorada. No era que se resistiera abiertamente, pero sí lo suficiente como para dar crédito a lo que había dicho antes de no querer aparentar que andaba tras su dinero. Tenía que convencerla de que se metiera en el probador, hacía muecas cuando veía la etiqueta con el precio y fruncía el ceño al ver la cantidad de bolsas que se iban enviando al club náutico.

Vito nunca se había encontrado en una situación así: todas las mujeres que conocía adoraban que las mimasen, ya fueran hermanas, madres o amantes. Él había sido criado para comportarse como un caballero, y aparte de las acciones del banco, se dedicaba a invertir, y ganaba más dinero en un día del que podía gastar en una semana, de modo que aquello era pura calderilla.

Una cazadora de motorista con un cuello de piel sintética y unas mangas que le llegaban hasta la mitad de la mano le quedaba fantástica.

–Te queda bien. Te hace parecer tan dura como eres en realidad.

–Haces esto con frecuencia, ¿no? Sinceramente, no creía que fueras de los que necesitan comprar a las mujeres.

Sus miradas se encontraron en el espejo y vio brillar en la de él el peligro.

–Ten mucho cuidado con lo que dices, *cara*.

–Tú quieres que esos buitres de ahí se crean esto –dijo señalando

con un leve gesto de la cabeza hacia la puerta. La música estaba tan alta que casi no se oían–. Yo no tengo por qué hacerlo. ¿O es que tu ego exige que me enamore de ti de verdad?

Una vez más le hizo pensar en un hombre poderoso que explotaba a una joven indefensa. Pero él no era ese hombre.

–Pero, si crees que debo tenerlo, cómpralo –dijo ella–. No me importa.

Gwyn vio que un precioso vestido veraniego, varios pañuelos de seda, dos sombreros y un bolso de diseñador que costaba su sueldo de varios meses fueron colocados en varias bolsas.

Vito dijo que comprarían vestidos de noche en Milán, quién sabe para qué, e insistió en que se llevase vaqueros de marca, faldas de cóctel y adornados tops, una lencería que se negó a que le viera probarse y zapatos. Dios, qué zapatos.

Ella adoraba los zapatos italianos. De hecho, había estado ahorrando para comprarse unos, aunque no dejaba de darle vueltas a si era buena idea gastar tanto en algo que era solo un capricho y que se quedaría metido en una caja en el armario, ya que solo los usaría en contadas ocasiones.

Vito le compró seis pares de zapatos preciosos y carísimos.

–Bastarán por ahora –dijo, asegurándole que comprarían otros con los vestidos de fiesta.

Habría protestado, pero ya estaba enfadado con ella después de lo de la cazadora, y la verdad era que, a pesar de sus dudas, no había dejado de mostrarse solícito ni un momento. Iban de tienda en tienda con los periodistas arremolinándose en torno a ellos, sin parar de hacerles fotos y captando hasta el último murmullo. Uno dijo algo particularmente desagradable y ella se encogió.

–Haz como si no estuvieran –dijo él, ofreciéndole el refugio de su cuerpo y pasándole la mano por el pelo.

Debía de dar la imagen de estar enamoradísima cada vez que él la tocaba así. Precisamente por eso había tenido que ser desagradable y erigir un muro entre ambos: porque su respuesta ante aquella supuesta seducción era peligrosamente real. Se le endurecían los pezones con tan solo sentir su mano en la espalda. Enrojecía de deseo cuando le llegaba su olor.

Con otros hombres le molestaba hasta que le tocaran el brazo al caminar por la calle, pero con Vito no. Su piel anhelaba el más mínimo roce. Era como un estado de alerta permanente, que en cierto sentido resultaba agotador.

Fue un alivio verle señalar un coche con el chófer apoyado en él, leyendo en el móvil.

–Vamos a disfrutar de algunas vistas, a ver si perdemos todas estas cámaras antes de volver a casa.

Sus dos últimas compras fueron a parar al maletero.

Arrancaron y fingió no darse cuenta de las motos que siguieron zumbando a su alrededor al menos durante diez minutos, mientras ascendían por las colinas. Los cristales del coche estaban tintados y acabaron por rendirse. Mejor les iría revelando las fotos que ya tenían y cobrándolas.

El coche continuó ascendiendo y Vito cerró el cristal que los aislaba del chófer.

Gwyn suspiró.

–¿Tan malo ha sido? –preguntó él, tomando una botella de agua y llenando dos vasos–. Gastar mi dinero, quiero decir.

–No. ¿Y tú? ¿Has quedado satisfecho?

Inmediatamente se dio cuenta de lo fácil que sería malinterpretar sus palabras y respiró hondo.

–¿Por qué narices todo lo que digo estando tú delante parece sucio?

–¿ *Lapsus lingüe*?

Gwyn se entretuvo en pasar un dedo por el borde de su vaso sin decir nada.

–Tu silencio habla por sí solo.

–No irás a decirme que soy la primera mujer que te encuentra atractivo, ¿no?

–Eres la primera a la que le molesta tanto –replicó él, sonriendo–. ¿Por qué? ¿Porque es fuerte la tentación?

–Nunca he tomado drogas, y sería algo así. Estás ahí sentado, como si fueras un analgésico gigante que prometiera evitar sentir el autobús que me está atropellando, de modo que sí, la tentación es fuerte.

¿Cómo estaba siendo tan sincera con él?

–Pero yo nunca me he acostado con un hombre por pura necesidad de sexo –añadió–. Es algo que no me haría sentir bien conmigo misma.

–Se te da maravillosamente bien insultar cuando quieres, ¿no? El problema es, creo yo, que no te has dado cuenta de lo intenso que puede ser este analgésico en particular –dijo, quitándole de la mano el vaso–. Ven aquí.

–Pero ¿qué...?

Se la colocó a horcajadas sobre las rodillas. La sorpresa fue mayúscula. Gwyn intentaba alejarse de él estirando los brazos, pero aquella intimidad la intrigaba.

–No hay nadie aquí para que pueda ver este numerito –le recordó.

–Lo sé.

Movió las manos por sus muslos, lo que provocó oleadas de sensación entre sus piernas. La cambió un poco de postura y quedaron sexo contra sexo.

–Si por lo menos siguiera trabajando para ti y pudiera acusarte de acoso sexual... –quiso protestar, pero la voz se le había reducido hasta no ser más que un hilo, y los muslos le temblaban, lo que no ayudaba nada a levantarse.

–Yo no tengo que comprar a las mujeres, *cara*. Vienen a mí por esto.

Y alzó las caderas para presionarla.

–Estás tan lleno de ti mismo... –protestó, temblando, pero sin resistirse a las manos que la sujetaban por las caderas para que sintiera la delicia de su erección.

–Veamos quién quiere estar lleno de mí, ¿te parece?

Subió la mano por su costado hasta llegar a su mejilla, dejando una huella de estremecimientos a su paso.

Tenía que salir de allí, pero él la hizo inclinarse mínimamente hacia delante, buscándole la boca.

«Es solo un beso», se dijo. Ya lo habían hecho antes.

Pero aquello no fue un beso. Fue acercar una cerilla a una llama.

Empujándola por las nalgas, comenzó a moverse mientras la atrapaba en un beso ardiente, haciéndola estremecerse y que comenzase ella también a moverse, buscando el ritmo que hiciera crecer el deseo en la carne caliente y húmeda entre sus piernas.

Debía andarse con cuidado. No podía olvidar que todo aquello era solo por el banco. Vito pretendía demostrar que tenía razón, pero rodeó su cuello con los brazos por instinto, y por instinto se apretó contra su pecho. Los dos habían abierto la boca para profundizar en aquel beso salvaje y apasionado.

Puso la mano en su seno y ella se frotó contra él. Nunca se había sentido tan libre en el sexo.

Quizás si él se hubiera sorprendido habría dado marcha atrás, pero gimió apreciando su falta de inhibición, animándola, regalándole toda la presión que necesitaba. Era una maravilla que el tejido del top y de la camisola fueran tan finos que le permitieran enardecer su pezón de aquella manera.

Gimiendo de placer, se frotó sobre su sexo, intentando calmar el pulso insistente que sentía entre las piernas, incapaz de recordar la última vez que había estado con alguien, y mucho menos en una situación parecida a aquella. Ningún hombre la había excitado tan rápidamente con poco más que un beso y unas cuantas caricias atrevidas.

–Ven aquí –le dijo, tirando de ella para que se pusiera de rodillas y poder llevarse a la boca su pezón.

Ella se apoyó en sus hombros vagamente consciente de que estaban en un coche en movimiento, y que detrás de la luna tintada que tenía a la espalda había un hombre. Debería mostrar más decoro, pero su lengua movía la seda de aquel top con una fricción delicada, caliente, húmeda, succionando su pezón de tal modo que la sangre se le acumulase en aquel botón.

Como siguiera así iba a llegar al orgasmo únicamente con aquella caricia, se dijo, intentando con torpeza desabrocharle los botones de la camisa.

Sintió que él le desabrochaba los pantalones y que deslizaba dentro una mano, confiada y posesiva, colocándose por encima de la seda mojada, diciendo cosas en italiano que no se atrevió a traducir, y mantuvo su mano firme para que ella se acoplase. Gimió de placer y sus sensaciones se volvieron muy agudas. Tiró de la camisa e intentó acariciarle la piel, besarle el pecho, pero al inclinarse él se quedó mirando su otro seno.

–Dámelo –exigió con voz ronca.

Gwyn se levantó el top y se bajó la camisola para que sus pechos salieran por el escote.

Vito se llevó a la boca el otro pezón y ella casi gritó por la sensación que le causaron sus dientes cerrándose sobre él antes de succionarlo hacia el interior de la caverna honda, caliente y húmeda que era su boca.

Un golpe de necesidad se materializó en su sexo. En la palma de la mano de él. Con un gemido, Vito apartó la seda, buscó con las yemas de los dedos y hundió dos dedos en ella mientras con el pulgar buscaba, encontraba y acariciaba en círculos.

–Sí –gimió Gwyn, entregándose a aquel sorprendente placer, recibiendo sus dedos, empujándole por la nuca para que siguiera excitándola, a punto de pasar al territorio del dolor. Las sensaciones que le estaba ofreciendo eran tan intensas que casi no podía aguantarlas e intentó contenerse, consciente de que estaba a punto de perder la batalla. No pretendía que ocurriera así.

Estuvo presa del paroxismo durante un buen rato, hasta que poco a poco se dio cuenta de que sus caricias se habían vuelto calmantes.

Aún temblaba cuando él volvió a besarla y con los ojos cerrados notó que cuanto tocaba estaba duro: los hombros, los brazos, las piernas, su erección. Por fin abrió los ojos y vio una luz satisfecha en los de él. Tanta arrogancia era desesperante. Había logrado hacerla saltar al precipicio sin perder él un ápice de control. Apenas tenía la

camisa un poco torcida, y ni un pelo fuera de su sitio. Aun así, le dijo en voz baja y ronca lo que quería hacerle.

Pero ¿qué narices le pasaba que el cuerpo se le volvió de nuevo del revés al oírle decir eso?

Se levantó rápidamente y se arregló la ropa sin atreverse a mirarle y sin pensar dónde había tenido las manos. ¿Los habría oído el chófer? ¿Cómo era posible que todo se enredase todavía más?

–Tan satisfecho pareces que se diría que eso ya lo he hecho yo.

Él la miró ladeando la cabeza y le apartó un mechón de pelo.

–Me molestaba que otros hombres te hubieran visto desnuda, pero estoy seguro de que ningún otro te ha visto así, ¿a que no? Estoy muy satisfecho.

–Eres... eres un cerdo.

–¿Ya se te está olvidando lo bien que estabas? Porque yo sigo aquí, dispuesto a llevarte otra vez a

ese lugar en el que eras tan feliz...

–¡Cállate! –le espetó, y se volvió a mirar por la ventanilla. Orgullo. ¿Por qué tenía que ser un lujo tan inalcanzable?

Capítulo 6

GWYN no tenía ni idea de lo cerca que había estado de que la tomara allí mismo, casi delante de su chófer. Había estado a punto de perder el control, tan perdido en el placer de Gwyn que casi había alcanzado también el suyo, aun estando completamente vestido y solo a su servicio. A punto había estado de tumbarla en el asiento, desnudarla y desnudarse y hacerle seguramente un hijo sin pensar para nada en las consecuencias.

¿Así habría sido concebido él? ¿En un arranque de pasión ciega que no habría tenido en cuenta para nada a la mujer en cuestión?

Según le habían contado sus padres adoptivos, su madre estaba enamorada, aunque era demasiado joven e inocente para un gánster de treinta y tantos años decidido a obtener de ella lo que quisiera, de modo que la había seducido. Su familia le había jurado y perjurado que no era producto de una violación, sino de un hombre que se había aprovechado de una mujer que no tenía la capacidad de resistirse.

Algo parecido a Gwyn. La reacción que había tenido hacía un instante, de angustia por su propia rendición, le había mostrado hasta qué punto había sido suya, a pesar de su animosidad hacia él. O

quizás precisamente por eso, porque era lo que le había empujado a demostrarle lo bien que iban a estar juntos.

Y al final había resultado ser único, precioso, mucho más allá de lo que él se había imaginado.

Desconcertante, intenso, sincero.

Hasta el punto de que no se atrevía a analizarlo más a fondo.

Parecían haber logrado deshacerse de los periodistas y decidieron volver a casa. En cuanto entraron, Gwyn se dirigió a la puerta de atrás y salió a la piscina, donde la fresca brisa de la tarde le permitió respirar hondo por primera vez.

Bajó por la escalera del pantalán y contempló el lago. ¿Por qué había permitido que ocurriese?

¿Qué significado tenía en la pantomima que estaban representando? ¿Acabarían siendo amantes en todos los sentidos, y no solo de aquel modo en que únicamente se demostraba su superioridad?

Porque el problema de fondo era que, si él se lo pedía, no se veía con fuerzas para decirle que no.

Vito apareció con dos copas de vino y una botella. Sirvió una y se la ofreció en silencio.

–Salud –dijo con la suya en la mano mirándola a los ojos, algo que ella era incapaz de hacer–.

Sigo haciendo que te enfades porque me parece el único modo de

evitar que caigas en la desesperación –explicó.

Ella respiró hondo. No podía negar que hacer el amor con él había hecho desvanecerse su ansiedad por completo, aunque el efecto solo hubiese durado unos minutos.

Vito se quitó la chaqueta y la dejó colgada en el respaldo de una silla antes de que el teléfono llamara su atención. Leyó el mensaje antes de volver a hablar:

–En el spa dicen que no tenían conocimiento de lo de las fotos, pero la prensa ha encontrado la

misma conexión que mi equipo descubrió esta mañana. Tu masajista está relacionada con uno de los empleados de Jensen. Te llevaré a que presentes una demanda formal cuando volvamos a Milán.

–Pero demandar a la masajista no sirve para culpar a Kevin.

–Se ha esforzado mucho para no ensuciarse las manos, pero conseguiré que lo haga. Aún es pronto.

Tomó otro sorbo de vino y siguió leyendo sus correos.

Aún era pronto. Apenas habían pasado dos días completos, pero ya había ido más lejos con él que con muchos de los hombres con los que salía durante meses. Se estaba metiendo en un buen lío, si eso era la antesala de lo que estuviera por llegar.

–¿Tú crees que…?

Olvidó lo que iba a preguntarle cuando un movimiento inesperado llamó su atención.

¿De verdad había visto un niño? Pues sí. El pequeño se llevó un dedo a los labios para pedirle silencio y esconderse detrás de un enorme macetón de barro.

Vito siguió la dirección de su mirada.

–¿Qué pasa?

–Es que… he visto a un niño que…

Antes de que pudiera seguir, el chiquillo salió como un misil en dirección a las piernas de Vito.

Como si hubiera podido saber lo que se le venía encima, dejó la copa y se giró en un movimiento fluido, para a continuación agacharse y levantar al pequeño en el aire.

–¡Eres un gremlin! –le dijo, pegando su nariz a la del niño–. Debería tirarte a la piscina.

–¡Sí! ¡Tírame!

Los ojitos alegres del niño brillaban de excitación.

–¡Pues no lo voy a hacer! –respondió Vito–. Ese será tu castigo por haber intentado tirarme. Dile hola a la señorita Ellis –añadió–. Te presento a Roberto. Tiene toda la gracia de su madre y dos veces el

desprecio por el peligro de su padre.

–Pero si iba a tirarme contigo –protestó el niño, abrazándose al cuello de Vito con afecto y confianza. Hablaba un inglés perfecto, pero podría haber sido su hijo, dado que su fisonomía era abiertamente italiana–. Hola, señorita Ellis. Bienvenida a nuestra casa.

Y le ofreció la mano, que Gwyn estrechó. El chiquillo se la apretó con fuerza.

–Es una casa preciosa –le contestó ella. Debía de tener unos cinco años–. Encantada de conocerte.

–¿Eres estadounidense? –le preguntó–. Mi mamá es canadiense, y a veces la gente piensa que es estadounidense, pero tu acento es diferente. Hablas como nuestra ama de llaves de Charleston.

–Tienes buen oído –respondió Gwyn. La verdad era que aquel mocoso era más sofisticado que muchos ejecutivos de treinta y tantos años.

–¿Has venido conduciendo tú? ¿Dónde está tu padre? –quiso saber Vito.

–No me deja conducir –respondió el chiquillo, frunciendo el ceño–. Está acostando a Bianca. Se ha quedado dormida en el coche. Está constipada.

–¿Os ha traído a los dos? ¿Cómo está tu madre?

–Muy gorda –dijo una mujer que apareció en ese momento en la puerta de la casa.

Lauren Donatelli estaba muy embarazada, pero no por eso había perdido donaire o gracia.

Gwyn la reconoció por las fotos que había visto en el telediario de Charleston un par de años antes.

–Hola, soy Lauren –dijo, ofreciéndole la mano.

–Gwyn –contestó ella, e intentó darle las gracias por la ropa que le habían prestado y que era suya, pero Lauren le quitó importancia con un gesto de la mano.

–Por Vito, lo que sea. Hola, *caro* –lo saludó, besándole en las dos mejillas.

–¿No deberías estar ya en el hospital?

–Aún faltan un par de semanas, pero Paolo no ha querido que me quedase en la ciudad sin él. Está su madre, pero ya sabes cómo es. No me quiere perder de vista.

Puso cara de exasperación.

–Roberto nació en la puerta de su casa, y Bianca, en el coche –explicó Vito.

–Era más fácil perder a los paparazzi de la puerta si parecía que íbamos a un paseo en familia –dijo Paolo, llegando con un monitor de

bebé en la mano, que dejó sobre la mesa al lado de la copa de vino de Vito–. Señorita Ellis –la saludó con un frío movimiento de cabeza.

– *Signor* Donatelli –contestó ella, intimidada.

–¿Puedo bañarme, papá? *Per favore*...

–Vito y yo tenemos que hablar de cosas de trabajo, pero, si te pones el bañador, puedes bajar y meterte un rato.

–¡Sí!

Roberto se bajó de los brazos de Vito y salió corriendo hacia la casa.

–¡Sin gritar, no vayas a despertar a tu hermana! –dijo Lauren–. Yo voy a empezar a preparar la cena.

–De eso nada –respondió Paolo–. Yo cocinaré dentro de un rato. Tú pon en alto los pies.

Un hombre que quería cocinar. Tan sorprendida estaba Gwyn que tardó un momento en ofrecer la respuesta más lógica.

–Yo lo haré.

Todos la miraron. Desde luego, aquellos dos hombres eran demasiada testosterona de un solo golpe.

–A menos que necesitéis que esté aquí mientras habláis –añadió, convencida de que la conversación giraría en torno a ella.

–Te agradecería que preparases tú la cena, la verdad, si no te importa –dijo Paolo–. Tú puedes sentarte y partir tomates si prometes no bajar los pies.

Su mujer le sacó la lengua.

–Si se despierta la niña, ¿quieres hacer el favor de llamarme? –le pidió a Gwyn–. Está un poco pachucha y quiere que la tengamos en brazos, pero Lauren tiene que andar con cuidado. A estas alturas, hasta el hipo puede ponerla de parto, y ya tengo bastante por hoy sin tener que salir corriendo a recibir un bebé.

–Veinte minutos es lo que se tarda –murmuró Lauren, mirándose las uñas–. No sé de qué te quejas.

Él le tomó la mano y se la besó.

–Ya no me cabe nada más en la cabeza y lo sabes. Anda, intenta darnos unos días más mientras solucionamos esta crisis...

Se miraban con una mezcla de emociones, ternura y amor que hizo que Gwyn apartase la mirada.

Era un momento tan íntimo que se quedó obnubilada. Eso era lo que ella quería. Esa comunicación sin necesidad de palabras, esa unión en mil modos. Sonrisas secretas.

El niño volvió a aparecer con el bañador puesto y Gwyn le dedicó una sonrisa.

Al volverse, vio que Vito la estaba observando.

Unos minutos después, las dos estaban en la cocina, charlando tranquilamente. Lauren no tenía los pies en alto como le había pedido su marido, pero como el único esfuerzo que estaba haciendo era el de partir tomates, Gwyn no dijo nada. Además, con todo lo que había pasado, era un verdadero alivio

que alguien la tratase como a una persona normal.

–¿Te has comprado ese top en la boutique del otro lado del lago? –preguntó Lauren–. Yo me compré el rojo y dorado hace dos meses. Tienen cosas bonitas, ¿verdad?

Gwyn asintió mientras ponía una cacerola con agua al fuego. Fue el impás de la conversación lo que la animó a decir:

–Yo... yo vivía en Charleston antes de venir aquí. No quiero ser curiosa –se apresuró a decir–, pero creo que debería decirte que leí en la prensa lo de tu marido. De tu primer marido, quiero decir.

La expresión de Lauren se tornó grave y bajó la mirada.

–Fueron momentos muy difíciles.

–Siento mucho tu pérdida –dijo Gwyn rápidamente. No pretendía hacerle la pregunta que todos se habían hecho entonces: si de verdad se estaba acostando con el mejor amigo de su marido cuando este, héroe de guerra, falleció–. No te lo habría mencionado de no ser por... no sé si te parecerá de mal gusto que te pregunte cómo manejaste tanta atención.

Lauren sonrió con empatía.

–Es agotador, ¿verdad? A la gente le encanta juzgar –abrió el armario y sacó una caja de *linguini*–.

Supongo que el único modo es pensar que no puedes controlar lo que los demás digan o piensen, además de aceptar lo que sea que hayas hecho para ponerte en esa situación. Lo que importa es lo que tú pienses de ti mismo.

–A mí me obsesiona lo que puedan pensar los demás –admitió Gwyn.

Se había pasado la niñez cambiando de colegio, siendo siempre la nueva, la que antes había tenido que llevar sujetador, y luego subestimada de continuo por ser más lista de lo que se esperaba de una chica guapa.

Su madre había pasado por la misma clase de angustia que ella, de lo que había resultado un tremendo complejo de inferioridad por su condición de huérfana. Quizás por eso cambiaban tanto de ciudad: así su madre podría reinventarse de continuo con la esperanza de encontrar la tan buscada aceptación.

–Ahora me toca a mí preguntar –dijo Lauren, pasándole una bolsa de champiñones–. Lo que se dice de Vito y de ti... ¿os habéis estado

viendo de verdad? ¿O es solo para la galería?

–¿Qué?

A punto estuvo de dejar caer la bolsa.

–No tienes que decírmelo si no quieres. Estoy siendo un poco cotilla, pero es solo porque Vito es una de las personas a las que más quiero, aunque sé que hay cosas del banco de las que no se puede hablar –Lauren sonrió–. Pero… bueno, es que tengo la sensación de que, si hubierais estado saliendo juntos antes de todo esto, me habría enterado. Es que… no sé. Te mira de un modo que… –se encogió de hombros y fue a lavarse las manos, pero no quedaba jabón–. Creo que hay otro en el baño de arriba.

–Voy yo –se ofreció Gwyn.

–Subo yo. Así le echo un ojo a Bianca.

Segundos después, la voz de Lauren sonó mucho menos relajada al pronunciar un juramento que llegó hasta la cocina.

–¿Estás bien? –preguntó Gwyn subiendo a todo correr la escalera.

Laruren apareció en el umbral del baño principal, agarrada a la puerta y con una expresión entre exasperada y arrepentida.

–Me va a matar… por favor, dile a Paolo que acabo de romper aguas.

Vito no era precisamente un romántico, pero había visto la expresión de Gwyn y había sentido compasión. Paolo y Lauren hacían que su felicidad resultase envidiable. Él también envidiaba a su primo, no solo por haber encontrado a su alma gemela, sino por la libertad que disfrutaba para poder llevar adelante una vida con ella, mientras que él, aunque encontrase a la mujer adecuada…

Cortó el pensamiento de raíz, y se concentró en Roberto y en el agua mientras intercambiaba información con su primo.

–¿Habéis congelado los fondos de la fundación?

–No tengo en qué basarme para hacerlo. Haremos una auditoría en cuanto Fabrizio confiese o podamos demostrar que Jensen estaba detrás de las instrucciones de retirar fondos, pero por ahora tenemos que dejar que siga con su juego –Paolo señaló con la cabeza hacia la casa–. Entiendo dónde quieres ir a parar con lo que has hecho y funcionaría si fuera cierto, pero no puedo decir ante un juez que estabas saliendo con ella desde antes, y seguro que en un momento u otro tendremos que testificar.

–Sí, pero puedes declarar que una fuente anónima te había informado hacía tiempo ya de que se estaban llevando a cabo transacciones sospechosas en esa cuenta, que la pusimos bajo vigilancia y que no vimos razón alguna para apartar de ella a la

señorita Ellis porque, no solo se estaba comportando con una ética intachable, sino que desde entonces demostró ser una excelente fuente de información sobre las actividades ilícitas de la fundación.

–¿Estás convencido de su transparencia?

Esa era precisamente la opinión que estaba temiendo dar, dado que Gwyn ya era una debilidad para él. Quería creerla porque, ¿cómo tener una aventura con una mujer que estuviera perjudicando al banco? No podía poner el peligro el futuro de su familia por sus propios deseos egoístas.

Tenía la sensación de que, si fuese una mujer capaz de manipular a Jensen, sus actos habrían sido distintos, incluso lo de aquella tarde en el coche lo habría sido.

El único problema era que, si de verdad era inocente, iba a tener que matar al hombre que le había hecho semejante felonía.

–Creo que ha sido víctima de Jensen, sí –dijo, y él mismo percibió el tono cruel de su respuesta–.

Se han aprovechado de su falta de experiencia, y, cuando empezó a dar muestras de su inteligencia, la arrojaron a los lobos.

Sintió sed de sangre al decir aquellas palabras. Tenía la boca seca, pero no por falta de agua, sino por el deseo de paladear el sufrimiento de Jensen, Fabrizio y quienquiera que los hubiese ayudado sacando esas fotos.

Sintió la mirada intensa de su primo antes de que este la desviase hacia su hijo, pero era obvio que le había leído el pensamiento.

–Entonces decimos que los dos lleváis ya un tiempo saliendo y que ella nos ha estado facilitando información. ¿Y qué pasará cuando me pregunten si disculpo que mi director de operaciones se haya estado acostando con una empleada del servicio de atención al cliente?

Paolo cruzó los brazos, pero su tono dejó muy claro que no lo perdonaba.

–Pues que dirás que nunca hablas de la vida privada de tu familia ni de tus empleados –respondió Vittorio, lo cual era cierto–. Que como norma general esperas que te sean notificadas tales relaciones en el momento adecuado y que en este caso no tienes ninguna queja de cómo tu director de operaciones te informó del caso.

–Dicen que yo soy competitivo, pero la estrategia es lo tuyo, ¿eh? –Paolo se sonrió.

–Si vives la mentira, se transforma en realidad.

–Desde luego las fotos resultan convincentes –continuó sin quitar la vista de su hijo en el agua.

Vito había visto las de las compras de aquella mañana y la del beso de la noche anterior. El apasionado abrazo en la cubierta del yate aún

le aceleraba el pulso y recordó también lo del coche, cómo se había estremecido en sus brazos.

Había un millón de razones por las que debería limitarse a fingir, pero sabía que iban a acabar haciéndolo real. Lo sabía del mismo modo que los adversarios sabían cuándo se acercaba una confrontación física. Podían retrasarla, porque en el fondo los dos sabían que iban a salir maltrechos, pero que ellos dos acabasen haciendo el amor era inevitable.

–¿No dices nada? –insistió Paolo–. Porque, si es la víctima, no eches tú más leña al fuego.

Ese comentario le hizo daño.

–¿Qué quieres que te diga? Me gustan las mujeres, y no puedo evitar gustarles yo.

Era la actitud despreocupada que siempre adoptaba cuando se trataba de sus relaciones. Paolo era el jefe de la familia, y él no había podido escaparse al matrimonio y a su deber de tener hijos, pero Vito no tenía la misma presión. Disfrutaba de la libertad de entrar y salir cuanto le viniera en gana.

Paolo lo miró no sin cierto reproche. Era quien mejor lo conocía. De niños habían sido adversarios; se pasaban la vida peleándose. Los dos tenían carácter, ambos eran chicos alfa de edad similar, y su competencia había terminado en una pelea a puñetazos de proporciones épicas no lejos de allí, en la propiedad que la familia de Vito aún tenía en las colinas, mirando al lago. Pero ninguno de los dos había cedido. Ni entonces, ni nunca.

El padre de Paolo los había separado. Era un hombre fuerte y decidido, un tío devoto, un pilar de fuerza para todos, el cabeza visible de una familia que llevaba generaciones dirigiendo el banco.

Y había estado a punto de echarse a llorar al separarlos.

«No podéis volver a hacer esto», les dijo. «Nunca más. ¡Sois familia!»

A Vito no le hacía gracia disgustar a su tío favorito, pero tenía una frustración en su interior que no lograba identificar. Decían que era parte del clan, pero en el fondo no lo era. Quería mucho a sus padres, su madre le adoraba a él y su padre hablaba orgulloso de cada uno de sus logros, pero no se sentía unido por igual a ellos. Él era diferente. No tenía el mismo temperamento, ni el mismo físico que sus hermanas. Se sentía más identificado con el padre de Paolo. Cuando la familia se reunía, se percataba de que las tías y los primos de más edad lo vigilaban, y él se sentía tenso. Mientras Paolo se sentía seguro en su puesto, él sentía el impulso de desalojarlo de él.

La acusación no pudo contenerse por más tiempo: «¿Lo soy? ¿Soy

de la familia?».

Ver cómo Paolo había mirado a su padre, como si él también sospechase que Vito no era uno de los suyos, había sido el golpe más devastador.

El padre de Paolo los había mirado como quien padecía la explosión de una bomba y entraba en estado de shock. Hasta que al final, asintió. «Os lo diré. A los dos».

Vito nunca se había cuestionado que semejantes noticias le llegaran a través de su tío y no de su padre. Al fin y al cabo, era un asunto Donatelli.

Y sintiendo que no había nada de Gallo, el apellido de su madre, en él, supo que su madre verdadera había sido la hermana más joven de la familia, Zia Antoinietta, de la que casi nadie hablaba porque su pérdida había puesto tan triste a todo el mundo. Vito buscó fotos de ella más adelante y vio que se parecía a ella más que a su hermana mayor, la mujer que se había llamado su madre toda la vida.

«Tu padre era un hombre peligroso, Vito. Peligroso para nosotros como familia, para el banco y para tu madre. La aparté de él cientos de veces, pero invariablemente volvía a su lado. Se quedó embarazada. Ella creía que lo quería, y yo nunca me perdonaré por no haber sido capaz de

demostrarle lo contrario. Por fin se dio cuenta de lo que os esperaba cuando él acabó pegándole y provocándole el parto. Me llamó para que acudiera a donde se había escondido de él. Murió dando a luz, entre mis brazos, esperando a que llegase la maldita ambulancia. Ella me rogó que te mantuviese alejado de él para que nunca pudieras llegar a ser un mafioso. Él quería tener un heredero para su imperio, pero es un reino construido sobre la sangre y el sufrimiento. Habríamos dicho que eres hermano de Paolo, pero bueno… ya conoces el resto de la historia».

Sí. Su madre adoptiva, en realidad la hermana mediana de su madre, solía referir el hecho de que creía haber perdido su bebé, pero que milagrosamente había sobrevivido. Pasaron el tiempo adecuado en la casa del lago para poder presentarle después.

«Pagué una fortuna a los médicos para que certificasen que habías muerto con tu madre, y amenacé a tu padre con la muerte si alguna vez salía su relación a la luz. Estoy seguro de que habría venido a buscarte de haber sabido que estabas vivo».

Solo podía imaginar la fortuna que el padre de Paolo habría pagado para que todo aquello se mantuviera tapado y no destruyese el banco.

«Tu madre era un bien demasiado preciado para mí, y vosotros dos

lo sois también para tener que ver cómo os pegáis sin sentido».

Y, volviéndose a Paolo, se alzó la camisa para mostrar una cicatriz que hasta aquel día todos creyeron que era de una operación.

«¿Acaso crees que recibí esta cuchillada intentando traerla a casa para que mi hijo acabe matando al suyo? Guardad vuestras fuerzas para las peleas que de verdad importen, y luchad juntos.

¿Entendido?»

Nunca habían vuelto a pelearse, y rara vez mencionaban aquello. Al final Vito había sabido cómo se llamaba su padre biológico, y su inclinación a la violencia le había puesto enfermo, lo mismo que la de su segundo hijo.

Él quería pensar que era diferente, pero ¿cómo podía creerse mejor que ellos cuando solo imaginarlos o considerar sus actos le hacía sentir deseos de matar?

No podía tener hijos con nadie sin decirle qué clase de sangre corría por sus venas, y tampoco podía decir la verdad sin poner en peligro a su familia y al banco. En resumen, que era soltero y seguiría soltero, destinado a tener aventuras con mujeres que no esperasen un compromiso ni pretendieran tener un futuro.

–Ya tienes los labios azules. Sal del agua –ordenó Paolo a su hijo.

–Tres más –dijo Roberto, alzando una manita con tres dedos desplegados, castañeteándole los dientes y tiritando, pero preparado para lanzarse al agua tres veces más haciendo cabriolas.

–Una –respondió su padre.

–Dos.

–Todo es una negociación –murmuró Paolo–. Vale, dos. Pero luego...

–¡Paolo! –gritó Gwyn desde el borde del porche que daba a la terraza. Estaba pálida y tenía los ojos desorbitados–. ¡Lauren ha roto aguas!

Paolo lanzó una maldición entre dientes.

–¡Roberto, fuera ya! Quédate con Vito –ordenó a su hijo, y en su mirada se vio un destello de auténtico miedo.

Vito cayó en la cuenta de que Paolo nunca debía de haberle explicado a su mujer por qué a él no le parecía tan fácil como a ella lo del parto en casa. Sabía bien que las mujeres podían morir.

Por otro lado revelaba también lo volátil que seguía siendo aquel secreto, si Paolo no lo había compartido con la mujer que era su otra mitad.

–Llamaré a la ambulancia –dijo, mientras su primo subía las escaleras a grandes zancadas, remangándose ya la camisa.

Capítulo 7

HA SIDO la experiencia más increíble de mi vida –comentó Gwyn cuarenta minutos más tarde, cuando la ambulancia llevaba a Lauren y a su bebé al hospital.

–Ya verás como van a decirme que todo está bien y que puedo irme a casa. Ojalá no la hubieras llamado –protestó Lauren, mirando a su marido con el ceño fruncido.

–Dame ese gusto, *mia bella* –respondió Paolo, abrochándose la camisa limpia a pesar de que las manos le temblaban ligeramente. Pero apenas había sudado al llevar a su mujer a la cama en brazos ni al recoger a su hijo minutos después.

Había sabido mantener la cabeza fría y de una bolsa que tenía preparada sacó toallas limpias y unos paños especiales para recibir al bebé, mientras le hablaba a su mujer con calma y delicadeza. Él mismo cortó el cordón umbilical después de sujetarlo con unas pinzas especiales, como si llevara toda su vida trabajando de comadrona.

Vito no dijo nada al cerrar la puerta, pero estaba pálido y respiró hondo, como si acabara de esquivar a un tren.

–Estás verde –se burló Gwyn–. ¿Estabas preocupado?

–Lauren hace que parezca fácil.

–Desde luego. ¡Ni siquiera me ha dado tiempo a hervir el agua! –Gwyn entró a la cocina–. Voy a terminar de preparar la cena.

–Te ayudamos –dijo Vito, refiriéndose a él y a los niños, que se habían quedado a su cargo. Colocó a Bianca en su trona y a Roberto en una silla de la cocina. Se le daban bien los niños y ellos le adoraban.

Mandó un mensaje a su primo, y Paolo le dijo que todo iba bien.

–Paolo se va a tomar unas vacaciones ahora que ha nacido el bebé –le contó Vito–, pero nos reuniremos cuando vuelva para revisar algunas cosas antes de que me toque asumir sus responsabilidades. Tú y yo dormiremos aquí y mañana volveremos a la ciudad.

Gwyn asintió, pero no le estaba prestando demasiada atención. Estaba atenta a cómo le partía la comida a la niña, ayudaba a Roberto a cargar el tenedor y le servía vino a ella. Tenía que reconocer que entre procurarle orgasmos a una mujer y hacer la colada, era el hombre perfecto.

Vito la miró.

Seguramente sus pensamientos se le reflejaban en los ojos. Para ella el objetivo de su vida había sido su carrera, en parte influida por las dificultades que siempre había tenido su madre, que carecía de una profesión, de modo que lo de tener un marido e hijos era un sueño que había relegado a

«algún día».

Pero deseaba tener un lugar en el que echar raíces y considerar su hogar. Un lugar en el que tener una familia, una red de lazos de sangre como la que tenían allí.

–Cuidado, Gwyn –dijo él, mirándola a los ojos.

Ella miró a los niños buscando posibles peligros, antes de volver a mirarlo a él sin comprender.

–Esta no es nuestra vida –le aclaró en un tono glacial–. Ni la tuya, ni la mía, así que deja de pensar

que algún día sí lo será.

Resultaba doloroso ser tan obvia, sobre todo teniendo en cuenta lo que habían hecho juntos, para que él después cercenase sus sueños con tanta frialdad.

–Puede que contigo no –respondió, sosteniéndole la mirada–. Pero no hay razón por la que no pueda tener algo así cuando llegue el momento.

Él no contestó, pero el silencio se prolongó lo suficiente como para que le recordara la notoriedad que le había reportado todo aquello. ¿Alguien llegaría a quererla alguna vez?

Llamaron a la puerta. Ya debían de haber vuelto del hospital. Se levantó y colocó dos servicios más en la mesa.

–¿Necesita la dirección de mi casa? –preguntó Gwyn al chófer cuando montaron en el coche a la mañana siguiente.

–La tengo, gracias –le aseguró él antes de cerrar la puerta.

El aire era fresco, brillaba el sol y los niños la habían abrazado en la puerta, pero su buen humor hizo aguas de inmediato: Vito no había protestado por que se fuera a su casa.

No le iba a preguntar lo que tenía planeado para ella. Se había pasado mucho tiempo despierta la noche anterior considerando sus opciones, y había llegado a la conclusión de que la vida no se le había terminado. Solo tenía que encauzarla de nuevo.

Mientras Vito revisaba los mensajes en la tableta, Gwyn decidió entrar en sus cuentas. Dios, había gente verdaderamente desagradable por ahí. Unos la insultaban, otros se ofrecían a hacerle cosas sucias...

–¿Qué lees? –le preguntó Vito.

Debía de haber estado haciendo ruidos extraños mientras leía.

–Quiero ponerme en contacto con una agencia especializada y empezar a buscar un puesto de trabajo para cuando todo esto termine –una foto acompañada de una invitación a ligar apareció en la pantalla, y rápidamente la borró–. Pero antes tengo que limpiar mis cuentas, no vaya a ser que alguien que pretenda darme trabajo las vea. Es un campo de minas.

–No lo hagas. Te he contratado una asistente personal. Esta tarde se reunirá contigo. Que se ocupe ella. Y ya me aseguraré yo de que tengas un puesto adecuado cuando llegue el momento, así que no empieces a buscar aún.

–¿Qué quieres decir con «adecuado»?

–Parecido o mejor que el que tenías antes para que tu carrera no experimente un retroceso. Lo he hablado con Paolo y te proporcionaremos recomendaciones, indemnización por despido y por tener que trabajar con Jensen a pesar de estar siendo investigado. Somos conscientes de que, si te hubiéramos apartado de ese puesto cuando empezamos a sospechar, las fotos no se habrían tomado, y estamos dispuestos a asumir nuestra responsabilidad. Trataremos los detalles cuando tengamos a Jensen contra las cuerdas.

Gwyn lo miró sorprendida. La luz se abría paso desde detrás de la montaña. El peso de la desconfianza se desvaneció, y algo como la esperanza floreció en su pecho por primera vez desde que entró en el despacho de Nadine y vio aquellas malditas fotos.

–¿Me crees? –preguntó, expectante.

–Sí –su expresión era grave, pero había un destello duro en su mirada, no hostil–. Lo que han hecho contra ti no quedará sin castigo.

Ella no le temía, pero se dio cuenta de que era un hombre al que había que temer. Menos mal que lo

tenía de su lado. Se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo que mirar hacia otro lado.

–Ahora, tu ocupación es la de amante.

–¿Lo dices para molestarme?

–Lo digo porque es cierto –respondió él, sin apartar la mirada de la tableta.

–Ah, ya. ¿Y te importaría hacerme una descripción del puesto? ¿Voy a cobrar incentivos?

Vito se tomó su tiempo para contestar, con el fin de que lamentase lo que había dicho.

–Entretenerme es tu ocupación principal –replicó con ironía, y se permitió el lujo de recorrer con la mirada su nuevo top. Era muy sencillo, de color salmón con un pequeño frunce a la altura del pecho. No resultaba particularmente sexy, pero el modo en que él la miró hizo que sintiera los pechos particularmente pesados y los pezones, duros. Cerró las piernas sin querer. Había sentido un pulso en el vértice mismo del punto donde él la había acariciado el día anterior–. Hemos cubierto los beneficios adicionales–añadió–, para que puedas aprovecharte de ellos cuando quieras.

–¿Y se supone que así voy a mantenerme ocupada de nueve a

cinco?

–No puedo hacerte el amor todo el día, *cara*. Tengo mis responsabilidades.

Intentó dirigirle una mirada de disgusto, pero a pesar de sí misma, sintió que se derretía por dentro. Sí, su voz baja y sexy la había excitado.

–¿Pensaste anoche en lo que pasó en el coche? Porque yo sí. Me habría gustado que vinieras a buscarme para poder deshacerte de nuevo. Pero esta vez, debajo de mí.

El estómago le dio un vuelco y se volvió a mirar por la ventanilla, intentando ocultar la verdad: que había jugado con la idea de ir en su busca. Ardía en deseo y había tenido que contenerse.

–Tengo que encontrar un modo más sano de enfrentarme a mi situación que buscar una simple satisfacción sexual de las baratas.

–No vuelvas a calificarlo de «barato» –le espetó él, airado.

¿Ahora quién estaba enfadado y quién se reía? Gwyn le miró. Le gustaba saber que había logrado sacarlo de sus casillas.

–Lo siento –dijo, burlona–. Esto empieza a ser muy caro para ti, ¿verdad? Porque, si no me permites tener un trabajo de verdad, vas a tener que pagar tú el alquiler de mi casa.

–Eso ya está contemplado.

A Gwyn se le congeló la sonrisa en los labios.

–Ya he tenido amantes antes –le espetó Vito–. Nunca han vivido conmigo hasta ahora, pero tenemos un mensaje que comunicar. Te he asignado una asistente, y ella te remitirá nuestra agenda.

¿Vivir juntos? ¿Su agenda?

–¡Pero yo creía que volvía a mi casa!

–Para recoger el pasaporte y las cosas personales que no quieras que trasladen los de la mudanza.

¿Qué pasa? –inquirió un segundo después–. ¿Por qué me miras así?

–¿Cuándo he dicho yo que vaya a irme a vivir contigo? ¿Voy a tener una habitación para mí sola?

–¿Quieres tenerla?

Gwyn no sabía cómo mostrarse sofisticada o indiferente al hecho de ser su amante, porque en el fondo sí que quería acostarse con él, lo cual era lo más patético de todo.

Menos mal que sonó su móvil. Acababan de enviarle la agenda. Tenía reunión con el abogado, citas con su asistente, estilista, compras...

–¿Un spa?

–Todas las mujeres de mi familia lo frecuentan, no te preocupes. Es seguro.

Comidas, cenas...

–¿Berlín?

–Tengo reuniones allí.

Londres, París, vuelta a Milán y tres paradas en Asia.

–¿Y yo qué voy a hacer en todos estos sitios mientras tú estés trabajando?

–Tendrás escolta permanente. Podrás hacer lo que quieras: ir de compras, visitar museos... no vas a tener tanto tiempo como crees, de todos modos. Voy a necesitar que estés conmigo con frecuencia.

Se pasó el resto del viaje respondiendo preguntas de su asistente: ¿Tenía alergias alimentarias o algún requerimiento especial en cuanto a la comida? ¿Había algún producto que quisiera tener a su disposición en casa de Vito o yendo de viaje? ¿Tenía alguna cita médica o en el dentista que hubiera que cuadrar en la agenda? ¿Necesitaba alguna receta? ¿Tomaba anticonceptivos?

Cuando llegaron a la ciudad, fueron directos a su casa. Unos cuantos fotógrafos les esperaban allí, sentados en sus motos o recostados perezosamente en las farolas. Los guardias de seguridad de Vito los mantuvieron a una respetuosa distancia, y los de la mudanza llegaron poco después.

Su casa estaba tal y como la había dejado: el plato con las migas de pan junto al fregadero, el vaso... su apartamento no había cambiado, pero su vida sí. Era una persona autosuficiente, pero agradecía tener a Vito al lado. Confiaba en él, aunque de un modo extraño. Pero verle hablar con el casero, o acompañándola a poner la denuncia ante la policía, le resultó beneficioso. No habrían hecho el menor caso de la denuncia interpuesta por una simple empleada de un banco.

El resto del día pasó en un abrir y cerrar de ojos. Hubo una cortísima rueda de prensa en la que se anunció el nacimiento del hijo de Paolo, que Vito se ocuparía de los asuntos de su primo en las próximas semanas y que se había iniciado una investigación interna formal.

–Por razones legales y de protección de la intimidad, no podemos dar más información a ese respecto.

La rueda de prensa se había celebrado en un hotel donde más tarde Vito iba a reunirse con varios directivos del banco; a continuación se celebraría una cena con esos mismos hombres, sus esposas y una lista exclusiva de los clientes más importantes.

–Lleva organizada desde hace casi un año, mucho antes de que ocurriera todo esto –le explicó.

Había reservado una suite, y en ella la aguardaba una comitiva que iba a ocuparse absolutamente de todo cuanto tuviera que hacer: desde

cómo dirigirse a la prensa: «La investigación sigue su curso. No puedo hacer comentarios», hasta cómo alargarse las pestañas.

Estaba física y emocionalmente agotada cuando por fin la dejaron sola, y estaba pensando que daría lo que fuera por poder irse a la cama cuando Vito se materializó en la puerta del otro dormitorio con el aspecto de una pantera que acabase de acicalarse: esmoquin negro que le sentaba como una segunda piel, camisa blanca, pajarita, el pelo un poco más largo de lo que lo solían llevar los directivos… en resumen: el equilibrio perfecto entre un playboy decadente y un ejecutivo poderoso.

Como colofón, el pañuelo que asomaba en el bolsillo del pecho de su chaqueta era exactamente del mismo color que su vestido azul lago.

Jamás había llevado algo ni tan elegante ni tan atrevido, con la espalda al aire y sin tirantes. La falda era suelta y se recogía sobre la cadera izquierda con un broche, lo que le hacía sentirse sexy y elegante al mismo tiempo. Por primera vez tuvo la sensación de estar a la altura del hombre al que acompañaba.

Vito pensó que parecía una diosa del mar. Aquel vestido, los zafiros que brillaban como burbujas en su cuello y en sus orejas, y con el pelo recogido en un moño bajo, componían el marco perfecto a su expresión introvertida y misteriosa.

Era un premio, un arma, una sustancia ilícita, algo que él deseaba. Y mucho. Después de pasar todo

el tiempo de aquellas últimas veinticuatro horas a su lado, se había quedado tenso, intranquilo, impulsado por el salvaje que había en él a olvidarse de todas las reglas y los comportamientos correctos y simplemente tomarla, hacerla suya. No era la primera vez que se encontraba contra las cuerdas que él mismo se había impuesto, pero siempre había logrado mantener una pátina civilizada sobre sí mismo por el bien de la familia que lo había mantenido vivo y seguro dentro de la ley.

Volvió a escuchar las palabras de Paolo: «Si es la víctima, no eches tú más leña al fuego». Recordó también cómo los había mirado ella mientras jugaban con los hijos de Paolo. Si supiera lo absurdo que era que se creyera inferior a él…

–Estás guapa –dijo entre dientes, intentando que su imagen no le descontrolara–. Vámonos ya.

Salieron al vestíbulo y llamó al ascensor.

–¿Por qué estás de mal humor? –le preguntó ella.

–No lo estoy.

Gwyn miró a su alrededor para asegurarse de que se hallaban solos.

–Tú y yo no tenemos mucho en común, pero creía que por lo menos éramos sinceros. Si quieres dime que no es asunto mío, pero no me mientas.

Su audacia era increíble… aunque en realidad, estaba haciendo cuanto le pedía, dejándose tratar como una marioneta después de lo que ya le habían hecho. ¿Qué más quería de ella?

El ascensor llegó, las puertas se abrieron y una pareja de edad bajó en su piso. Subieron.

–Si quieres que te diga la verdad, *cara*, hoy me han dicho ya en más de una ocasión que lo de nuestra relación no es buena idea –contestó mientras pulsaba el botón–. Sé que tienen razón, pero no me importa. De todos modos, quiero tenerte. No me habría importado que nos quedáramos en la habitación.

–¿En serio? Acabo de pedirte que no me mientas. ¡Pero si ni una sola vez has actuado como si quisieras algo de mí!

–¡Ja! –con un golpe, pulsó el botón de detención del ascensor–. El hecho mismo de que no seas capaz de percibir las señales revela que no tenemos nada que hacer. Pero como se trata de ser sinceros, te voy a decir que eso tampoco me importa, *cara*. Te deseo.

Gwyn no podía mirar hacia otro lado. Sus ojos oscuros lanzaban destellos de bronce.

Se acercó a ella y apoyó una mano en la pared del ascensor, junto a su cabeza.

–Te deseé cuando te vi sonreír desde el otro lado del vestíbulo y ya estabas bajo sospecha. Te he deseado al mirarte de arriba abajo –y lo hizo–, y sabía que cualquier otro hombre que te viese estaría pensando lo mismo que yo, y he querido estrangularlos a todos. Especialmente a Jensen.

Como por voluntad propia, la mano de Gwyn se sujetó el corazón para que no se le saliera del pecho.

–¿Asustada?

–La verdad es que no creía que tú…

La expresión de Vito se endureció.

–¿Cómo no ibas a saberlo? ¡Pero si me miras constantemente! ¿Cómo es posible que no seas consciente de que yo también te miro? –tomó su mano y se la llevó al pecho. Su corazón también latía con fuerza–. Lo sentiste en el coche, cuando bastó con que te tocara para que gimieras de placer.

¿Cómo no ibas a saber que para mí era lo mismo?

La emoción le cerró la garganta.

–Lo único que me retiene es tu indecisión, *mia bella*. ¿Ya te has decidido? ¿Quieres una simple satisfacción sexual de las baratas?

Había cierta amargura en su tono, y le hizo sentirse culpable. ¿Le habría hecho daño con esas

palabras?

–¿Qué otra cosa sería? –le preguntó en voz baja, e intentando encontrar en sus ojos las ventanas del alma.

Vio que él apretaba los dientes antes de hablar.

–No lo sé. Pero desde luego mucho más que eso.

Gwyn le puso la mano en la mejilla y lo besó en los labios a modo de disculpa. Fue un contacto perfecto, dulce y sanador.

Y un error.

Porque gimiendo los dos, se enlazaron empujados por una pasión instantánea, atraídos como imanes. Sus manos se le clavaban en la espalda, en las nalgas, apretándola contra él, y ella no podía pegarse lo suficiente a su cuerpo de acero, embelesada en su fuerza, en su olor, y en la erección que no era puro accidente, sino una reacción ante ella.

–Me deseas –le dijo él sin separarse de sus labios. Estaba exigiéndole una confirmación.

–Sí...

–¿Ahora?

–¿Qué?

Abrió los ojos y se encontró con una pasión fiera que resultaba casi incapaz de contener. Aquel hombre que parecía tener subyugado el mundo entero la miraba casi desesperado.

–¿Aquí? –preguntó. Desde luego ella estaba preparada, y pensar en esperar hasta volver arriba le parecía demasiado.

Aquello era una locura.

–¿No? –Vito se apretó aún más contra ella y deslizó la mano por la abertura de su falda–. Si no quieres que sea aquí, dilo ya.

Habría conseguido mantener aún el último vestigio de decoro de no haber encontrado él el borde de sus bragas mientras le besaba el cuello al mismo tiempo. La necesidad la saturó con esa mínima caricia.

–Bájame la cremallera –le dijo él.

–No podemos –contestó sin aliento, pero sus manos buscaron el botón y la cremallera. Su pene, caliente y suave, llenó por entero la palma de su mano.

Vito dobló las rodillas y apartó su ropa interior para trazar con la punta del pene su entrepierna.

–¿Necesitamos preservativo?

Un poco tarde para eso, ¿no?

–Tomo la píldora –consiguió articular ella, moviéndose a modo de

invitación. Cómo le deseaba…

Sus respiraciones se mezclaron y él empujó con más determinación.

–Ah…

Se le nubló la mirada y su respiración se volvió irregular. Aferrada a él, oleadas de placer la iban recorriendo.

Vito presionó más y su peso la empujó contra algo que se le clavó en la espalda.

–La barandilla…

Él la levantó como si fuera una pluma y la colocó sobre la barandilla, de modo que sus ojos quedaron a la misma altura en una posición increíblemente íntima. Hombre y mujer. Acero y seda.

Respiraciones húmedas.

–Agárrate a mí.

Puso las piernas alrededor de su cintura y él comenzó a moverse, observando su expresión, hundiéndose en ella, reteniéndose allí, retirándose despacio, excitándola con cada movimiento. El

ritmo fue acelerando, haciéndola ascender por las laderas de la necesidad.

Se aferró a él con todo su ser. Su cuerpo era firme y tenso. Quería que la besara, pero necesitaba aire. No podía apartar la mirada de sus ojos, de su mirada atenta, expectante, exigente. Era demasiado salvaje, demasiado erótica, demasiado abrasadora. Un segundo después fue el propio placer lo que la obligó a cerrar los ojos.

Un gemido animal emergió de su garganta con el último empujón, agarrándose a ella en el éxtasis.

Fue un momento glorioso, el cuerpo electrificado, poseyéndose el uno al otro, unidos en aquel momento de culminación.

Capítulo 8

NO PODÍA creérselo. No era posible que le hubiera permitido hacerlo. Aún le temblaban las piernas cuando entraron en el salón de baile del hotel tras un breve paso por el aseo de señoras.

– *Cara*, quiero presentarte a unos amigos –dijo Vito, rodeándole la cintura con un brazo.

Era diferente. Ella era diferente y ellos, también. Su mundo había vuelto a ponerse cabeza abajo. La tensión sexual seguía estando ahí, pero en lugar de ser una necesidad acuciante era una certeza honda y peligrosa. Sabía de lo que su cuerpo era capaz. Y él también. Los dos sabían lo que podía hacerle, cómo podía dejarla sin voluntad y cegarla de deseo. ¿Habría sentido él lo mismo? No parecía afectado. Sentía su brazo como con más peso, sí; más posesivo. Pero su mirada tenía la luz del recuerdo y de la satisfacción, pero no la desconfianza que ella sí sentía.

Estaba perdida.

Las miradas, las medias sonrisas, la displicencia con que la trataba la gente que le presentó fue aún más difícil de soportar.

No dijo nada, preguntándose cómo demonios iba a sobrevivirle, a él y a lo ocurrido.

Vittorio no era un hombre débil o necesitado. Adoraba a su familia y desde luego sería menos fuerte sin ella, pero se consideraba su paladín, y no al revés. Tomaba una copa de vino casi todos los días porque era un hábito cultural, no porque fuera adicto al vino.

Pero con Gwyn, era otra historia.

Mientas se hacía el nudo de la corbata, se volvió a mirarla: dormía de costado, con la melena castaña extendida sobre la almohada que había abrazado cuando él se había levantado.

Habían vuelto a disfrutar de un intenso orgasmo poco antes del amanecer, abrazados el uno al otro.

Habían pasado ya dos semanas, pero la química que había entre ellos era quizás aún más fuerte. Si estaban en la misma habitación, quería tocarla. Si la tocaba, quería tener sexo.

El deseo estaba empezando a ser el apetito en torno al que organizaba el resto de su vida. Si tenía otros pensamientos, se centraban en Jensen y en cómo vengar el daño que habían causado. Quería justicia para Gwyn, pero no necesariamente la legal.

–Tengo envidia –la oyó murmurar en ese tono adormilado de la mañana que le erizaba el vello.

–¿De quién?

Desde luego, no sería de otra mujer, porque no había vuelto a mirar a ninguna desde que estaban juntos. Todas palidecían ante ella,

y no solo físicamente: su risa no era como la de Gwyn, ni su conversación tan intuitiva, capaz de pasar de economía a la charla más relajada sin salto alguno...

vamos, que se habría preocupado por esa falta de interés por otras mujeres de no ser porque su libido estaba demostrando estar en plena forma.

–De ti. De que tú vas a trabajar.

No le sorprendía. Gwyn era una mujer brillante y con unas metas claras antes de que el asunto de Jensen la hubiera derribado, y una vida de no hacer nada no la complacía, otro aspecto más de su

personalidad que la hacía destacar de las demás.

Y otra razón por la que le gustaba cuidar de ella: sus protestas por la generosidad con que le regalaba joyas de todo tipo resultaban refrescantes.

Se sentó a su lado en la cama y puso la mano sobre su vientre.

–Creía que te había gustado la exposición de ayer.

–Y me gustó. Aunque a tus guardaespaldas creo que no tanto.

–Sitios tan seguros como las galerías de arte les facilitan el trabajo. Están encantados de seguirte por ahí. En lugar de volvernos a Milán cuando termine aquí, ¿por qué no pasamos unos días en el mar? Puedo alquilar un yate.

Ella lo miró a los ojos.

–Es como si hubiera vuelto a la niñez, yendo de un lado para otro, sin molestarme siquiera en hacer amigos porque no tenía sentido.

Vito frunció el ceño. No podía imaginarse a sí mismo viviendo en un desierto social como el que la rodeaba a ella. A pesar de que había reducido bastante sus salidas nocturnas por el trabajo, y también se veía menos de lo que tenía por costumbre con su familia para evitar preguntas incómodas sobre su relación, era italiano, y una activa vida social estaba en su acervo genético.

–¿Por qué cambiabais tanto de casa?

Ella se encogió de hombros.

–Pues por muchas cosas: porque mi madre se quedaba sin trabajo, o porque buscaba uno mejor; por un golpe de suerte, o de mala suerte. Porque le hacían la vida imposible. Porque quería buscar otra casa... qué sé yo. Creo que mi madre era un espíritu inquieto. Por eso se casó con mi padre: para trasladarse a Estados Unidos. Los dos tenían pensado viajar cuando yo terminase de estudiar –

acarició su mano y el puño de su camisa, y él sintió un estremecimiento–. Yo también quería ver mundo, pero trasladándome a una ciudad nueva e instalándome en ella para poder absorber su cultura y formar parte de la comunidad.

Las amistades que hubiera podido trabar en Milán se habrían ido al traste con las fotos y el despido. No era que le hubiera prohibido estar en contacto con los compañeros de trabajo o los vecinos, pero ella se había aislado voluntariamente y él se había dado por satisfecho. A lo mejor debería haberse esforzado más por introducirla en su círculo, pero ¿con qué fin? Lo suyo era una aventura con fecha de caducidad.

Y ya que su tiempo era limitado, no tenía ganas de compartirla.

–¿Has sabido algo de Paolo? ¿Cuánto va a durar la investigación?

–No –le espetó él con tanta brusquedad que vio un destello dolido en su mirada. No quería ser tan brusco, pero esa pregunta le había hecho pensar que estaba deseando poner punto final a todo aquello, y él no estaba preparado aún.

–Vivir en un limbo es difícil –contestó ella, intentando incorporarse.

Él la hizo sentarse en sus rodillas y la besó en la boca.

–Te estoy escuchando –le dijo, consciente de que de vez en cuando la melancolía se apoderaba de su expresión, y no era solo por lo de las fotos–, pero no hay nada que se pueda hacer por ahora.

–Y nada que yo pueda hacer tampoco.

–¿Doblarme los calcetines? –sugirió, y ella fingió que le mordía.

Aún pensaba en lo que le había dicho aquella mañana cuando terminó la reunión con el consorcio de Hong Kong y vio que Paolo le había enviado un mensaje: Fabrizio pedía clemencia a cambio de revelarlo todo. A comienzos de la semana siguiente, podrían presentar cargos contra Jensen.

La marea bajaba.

Y su relación pronto carecería de razón de ser.

Gwyn estaba casi como en estado de shock cuando volvieron al ático de Vito una semana después, aún en la bruma de todo lo que se había dicho en la conferencia de prensa y después. «Ten cuidado con lo que deseas», se recordó. Había estado ansiosa por embarcarse en su futuro y ya lo tenía delante.

–Quiero dar las gracias especialmente a la señorita Ellis por su paciencia e integridad durante todo este proceso –había dicho Paolo–. Debido a la delicada naturaleza de la investigación, le pedimos que no hiciese ningún comentario público al respecto, lo cual ha sido, sin duda, muy estresante para ella.

Las cámaras la habían enfocado, intentando captar su reacción, y había logrado mantener su expresión neutra, a pesar de que por dentro gritase su agonía. Y siguiera haciéndolo. Aquel era el final, y estaba destrozada. Su enamoramiento juvenil se había transformado en algo real, hondo, estremecedor.

Incluso había comenzado a considerar aquel hermoso apartamento como su casa.

Vittorio tenía gustos modernos y le gustaba tener el espacio despejado. Los pocos muebles que había eran piezas escogidas, la cocina era muy funcional y se podía estar cocinando con los invitados cerca, las fotografías de la familia, las plantas... todo el conjunto hacía de aquel lugar un nido cálido y acogedor.

–¿Tienes hambre? –le preguntó Vito, viéndola sentada en el salón, fingiendo estar revisando sus correos en la tableta–. Voy a hacer café.

No tenía, pero le encantaba cocinar con él, el juego de rozarse al pasar, de estimular los sentidos con el aroma de los ingredientes frescos, el chisporroteo de la sartén y las ricas texturas y sabores que creaban juntos.

La enormidad de lo que estaba perdiendo le apretó el corazón en un puño y miró sin ver el panorama que se colaba a través de las ventanas.

– *Cara*... –le dijo él, acercándose. Gwyn se sobresaltó–. ¿Qué ocurre?

–Nada.

«Todo».

–¿Te ha molestado algo? –preguntó, mirando la pantalla de la tableta–. No me digas que estás leyendo las reacciones a la conferencia de prensa. No te llenes la cabeza de basura de ese modo.

–Eh... no, no.

Miró la pantalla. Había un mensaje de Travis. Fue a dejarlo a un lado, pero rectificó. Mejor leerlo cuanto antes. Quitarse la cera de un tirón seco.

Acabo de ver la conferencia de prensa. ¿Significa que vas a volver a casa?

Sus miradas se encontraron. Era tan guapo... brutal, imposiblemente guapo, con aquella camisa tan blanca, corbata a rayas y pantalones de traje. A ningún otro hombre le quedaba tan bien el chaleco como a él.

Necesitaba poder tocar esos botones, desabrocharlos... necesitaba la conexión física que parecía haberse ido construyendo entre ellos con cada encuentro, aunque, en realidad, ¿qué tenían? Sexo.

Solo sexo. Eso era todo.

–No hemos hablado de lo que vamos a hacer ahora. Me imagino que yo me marcharé, ¿no? Ahora ya no tenemos necesidad de fingir.

No estaban fingiendo. Eso era lo que parecía decir su ceño fruncido.

Gwyn se humedeció los labios.

–Aunque, bien pensado, resultaría obvio que estábamos juntos solo para salir del apuro, ¿no? –

dejó la tableta sobre el sofá–. Podría decir que me voy a ver a la familia y luego dejar que se fueran olvidando de lo nuestro.

–Podría ser –contestó él en un tono tan neutro que ella sintió un intenso dolor detrás del esternón.

Casi no podía respirar, y mucho menos hablar o moverse, pero logró esbozar una sonrisa y ponerle las manos en las mejillas.

–No te preocupes. No te estoy pidiendo nada. Pero me gustaría dejarte algo para recordar.

Pocas veces le proponía que hicieran el amor fuera de la cama, por pura timidez y falta de confianza, pero aquel día había dejado las inhibiciones en la puerta y se apretó contra su cuerpo, sugerente.

Le desabrochó los botones del chaleco para tocar primero la seda de la camisa y después, la seda más suave de su piel. Fue besando el vello que descendía por su pecho hasta la línea de la cinturilla.

Sus pezones se endurecieron y le oyó contener el aliento.

Ella lo besó tomando la iniciativa. No quería sugerirle que deseaba hacer el amor, sino exigírselo.

Era tremendamente excitante sentirse tan decidida.

Vito dejó que le desnudara y, apoyado en el respaldo del sofá, abrió las piernas para colocarla entre ellas. A continuación, puso sus manos en las mejillas de Gwyn. No iba a tomar el control, pero tampoco iba a mostrarse pasivo. Pasivo, nunca.

La chaqueta de traje cayó al suelo, seguida por el pañuelo de lunares que llevaba al cuello y el vestido.

Vito había experimentado los avances de otras mujeres. A veces era una lucha de poder o un quid pro quo. Otras se relajaba y se dedicaba a disfrutar. En otras, era él quien imponía el ritmo.

Y Gwyn, la sensual e inocente Gwyn, rompía todas sus defensas. Resultaba fascinante con su exterior tan conservador y su abandono al hacer el amor, en particular en aquel momento, lamiéndole los labios con fruición, frotándose contra él con más pureza que práctica. Estaba intentando excitarle, pero el mayor afrodisíaco era ver cómo le brillaban los ojos y cómo el rubor le teñía las mejillas.

Cuando le quitó del todo los pantalones y los calzoncillos la dejó hacer, y fue genial verla agachada delante de él, sentir primero su mano y después su boca, succionándole, dándole calor...

estuvo a punto de dejar que siguiera hasta el final porque recordaría aquello toda su vida. Nunca la olvidaría. Eso lo había sabido desde el principio.

Pero, si era una despedida, quería hacer lo mismo por ella. Quería

que su encuentro durase, crear el mismo tipo de recuerdo que ambos pudieran guardar toda su vida.

Esa idea le hizo tirar de ella y ponerla mirando hacia el sofá.

–¡Espera! Quiero que...

–¿No vas a hacer lo que yo quiera, *mia bella*? ¿No quieres darme algo por lo que pueda recordarte?

–Sí –susurró, aferrándose al cuero blanco del sofá–. Pero quiero verte. Quiero besarte.

–Lo harás –le prometió, besándole un hombro, y retrocedió ligeramente para grabar el recuerdo de sus nalgas redondeadas y cubiertas de un delicado encaje de color amatista. Bajó las bragas y hundió su mano en la parte más húmeda y caliente de su cuerpo, haciéndola gemir, arquearse, estremecerse–. Siempre tendremos esto –le dijo, presionando–. Ahora, ven. Ríndete a mí. Es lo que más me gusta.

Y mordiéndole levemente la nuca se hundió en ella, perdiéndose en cada embestida, a duras penas

capaz de contenerse. Sus gemidos de satisfacción le sonaron a música celestial.

Con cuidado, salió de ella y apartó los pantalones para tomarla en brazos e ir hacia las escaleras.

–Tú no...

–Sé exactamente lo que he hecho, *mia bella* –el pulso que sentía entre las piernas eran latigazos urgentes–. Si crees que voy a dejar que nuestra última vez sea cosa de uno solo en el salón, es que no has aprendido nada de mí.

No era raro en ellos que hicieran el amor dos o tres veces en un mismo día, a veces en un intercambio rápido y de pasión desbocada; otras, una construcción lenta y voluptuosa.

Pero nunca había sido una inmersión tan completa. No hicieron caso del teléfono cuando sonó, ni de sus estómagos hambrientos; ni siquiera hablaron si no fue para gemir.

Cuando la oscuridad era ya densa al otro lado de la ventana, se quedaron quietos, saciados, agotados, enredados.

La unión entre ellos era tan intensa que Gwyn no era capaz de asimilar que hubiera terminado.

Aquellos minutos en los que sus corazones habían latido al unísono era pura compatibilidad física.

Nada más.

No quería que él viera lo duro que estaba siendo para ella, de modo que hizo ademán de levantarse para ir al baño.

–Quédate –le dijo él.

–Vito, yo… creo que no puedo. Ha sido… demasiado.

Él se rio y con un solo movimiento se colocó sobre ella.

–Es un cumplido que me deja muy orgulloso –respondió, sonriendo–, pero lo que quería decir es que te quedes en Milán. Esto no tiene por qué terminar aquí y ahora.

Gwyn no movió ni un músculo.

–¿Me estás pidiendo que me quede para ser tu amante?

–Sí.

La alcoba era toda sombras y sábanas arrugadas. Su mundo no iba más allá del calor de sus labios, y ella lo había aceptado porque era necesario. Pero ya había dejado de serlo.

–¿Porque quedaría mejor de cara a la prensa?

–Porque estamos bien juntos.

Eso le sorprendió. Era como si hubiera admitido tener sentimientos más profundos, aunque sabía que lo único que pretendía era que siguieran compartiendo la cama, dada la intensidad de placer físico que se daban el uno al otro.

Quedándose a lo mejor lograba que sus sentimientos se volvieran más hondos… era la trampa en la que solían caer muchas mujeres cuando estaban medio enamoradas de un hombre que no les devolvía el sentimiento. Lo sabía, pero la tentación de permitirlo era demasiado fuerte. La tentación de probar.

–¿Y si no quiero?

Fue él quien se quedó inmóvil entonces.

–No soy de los que ruegan, *cara*. Ten cuidado con los faroles.

Debería sentirse satisfecha con que hubiera llegado tan lejos como para pedirle que se quedara. Era toda una declaración proviniendo de un hombre tan independiente como él, y que además podía elegir a la mujer que quisiera.

–No es un ultimátum –le contestó intentando no parecer afectada–. Te dije cuando nos conocimos que yo no tengo aventuras. Confiar en ti ha puesto en jaque todo lo que había intentado hacer, y lo que ahora debería hacer es salvar mi vida, no dejarla en suspenso.

–Respeto tu independencia –dijo él un segundo después–. De verdad que la respeto, pero tu vida ya

está en suspenso. En parte yo soy el culpable, y por eso puedo ofrecerte mi apoyo mientras decides lo que vas a hacer. Déjame hacerlo, *cara*.

La respetaba. Oírle decir eso la había conmovido hondamente.

–No quiero que pierdas ese respeto –dijo, y él contuvo el aliento como si se preparase para algo desagradable–. Pero disfruto con el sexo.

Pensar que su suspiro había sido de alivio era engañarse. Se divertía a su lado, y ese era su objetivo: que él no se diera cuenta de lo mucho que dependía emocionalmente de él.

–Y yo voy a tener que insistir en comer más a menudo –Gwyn contuvo la risa–. Tengo que volver a la cocina.

–Cómeme a mí, *cara* –murmuró Vito.

Y la mordió en el hombro.

Capítulo 9

TE HAS buscado una buena abogada –comentó Paolo, abriendo la puerta de su casa e invitándolos a pasar, unas cuantas noches más tarde.

Ellos mismos le habían recomendado que se buscase a alguien que defendiera bien sus intereses, el mismo día de la rueda de prensa.

Gwyn estaba nerviosa. No terminaba de creerse que aquello fuera una cena social sin más, pero Vito le había asegurado que sí. Lo único que ella había hecho era preguntar a Vito cómo estaban Lauren y el bebé, Vito a su vez los había llamado a ellos y de ahí había salido la invitación.

–Es estupenda, ¿verdad? –contestó, casi sin prestar atención, deslumbrada como estaba por la belleza antigua de aquella casa que, según le había contado Vito, pertenecía a la familia desde hacía generaciones. Había sido erigida en una propiedad que debía de valer un buen montón de millones de euros por su tamaño y su localización, pero lo que más le había enternecido, más que los altos techos, la arquitectura renacentista y el mobiliario de estilo clásico era que dispersos por allí se vieran juguetes de los niños, una sillita de bebé y las finas líneas de un portátil sobre un escritorio de época.

–Sí, estupenda –repitió Paolo, y dirigiéndose a Vito, preguntó–: ¿Has tenido tú algo que ver en la elección?

–No. ¿Por qué? ¿Vamos a perder hasta la camisa?

–Mi hermano me la recomendó –se apresuró a explicar Gwyn–. ¿Por qué? ¿Es mala?

–Depende del lado de la mesa que ocupes –replicó Paolo–. Tú estás en el lado en el que resulta estupenda, pero a los de nuestro departamento legal los trae ya de cabeza. Les vendrá bien como experiencia.

Lauren bajó la escalera en ese momento, con el recién nacido en brazos.

Se besaron todos y salieron al jardín, donde los niños jugaban bajo la atenta mirada de la niñera.

–No te fijes mucho en las cajas –dijo Lauren, señalando un montón que había apilado junto a la pared–. Una de las tías se ha embarcado en preparar un libro de la familia en imágenes. Paolo y yo hemos estado revolviendo por desvanes y sótanos que no se habían abierto desde hacía años. ¡Es increíble la cantidad de fotos antiguas y diarios que hemos descubierto! Hasta cartas de amor hemos encontrado.

Gwyn acababa de tomar en brazos al bebé y quiso que Vito la viera, pero no la estaba mirando.

Paolo y él habían tenido un brevísimo intercambio que había

consistido en una significativa mirada y en un movimiento casi imperceptible de cabeza de Paolo diciendo que no.

Si Vito se había dado cuenta de que los había visto, no dio señales de ello. De hecho, su mirada fue tan intensa como siempre, como quien no tiene nada que ocultar.

Pero había visto algo y lo sabía.

–Eso es lo que me trajo a Italia –continuó Lauren–. Buscar a la familia. Mi abuela tuvo una aventura escandalosa con un hombre casado y volvió a casa embarazada.

–¡Y yo que pensaba que habías venido por mí! –dijo Paolo, acercándole un recipiente de plástico

rojo para que pudiera echar los cuentos y juguetes que había ido recogiendo.

–Tú eres la razón por la que me quedé, *mio bello* –respondió Lauren, y se besaron.

Pasaron el resto de la velada charlando, disfrutando de una excelente comida y leyendo cuentos a los niños antes de dormir. Fue muy agradable, pero al mismo tiempo doloroso para Gwyn, pensar que su vida nunca llegaría a ser así.

Más tarde, de vuelta en casa y mientras se preparaban para irse a dormir, Gwyn le preguntó:

–¿Tú también has vivido en esa casa?

–No de continuo, pero tanto su familia como la mía viajaban mucho y mis hermanas y yo éramos de la misma edad que ellos, así que pasábamos muchas vacaciones juntos.

–Qué envidia...

Se volvió para dejar las pulseras y los pendientes en la mesilla.

–No tener pasado también puede ser algo bueno. A veces hay secretos en las familias que es mejor dejar fuera de los libros.

–Pues, si con eso pretendías que sintiera menos curiosidad, vas en la dirección equivocada.

–Me dijiste que no querías que te mintiera, ¿recuerdas? –se acercó para bajarle la cremallera del vestido–. Fue el día del ascensor.

La cremallera bajó y toda ella se estremeció de nuevo. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo era capaz de dejarla sin aire en los pulmones con tan solo rozarle la piel?

–Lo recuerdo –contestó, muy quieta. Estaban tan cerca que pudo sentir su excitación.

–Me dijiste que, si no quería hablar de algo, bastaba con que lo dijera, *cara*. Y no quiero hablar de esto.

–De acuerdo –susurró ella, perdida en el contacto de sus manos al desabrocharle el sujetador.

–Quiero comerte los pezones. Quiero sentir que me clavas los talones en la espalda mientras te lamo de arriba abajo y te oigo gritar mi nombre.

Y ya no hubo más que decir.

Vito observaba a Gwyn mientas ella hablaba con el director de su departamento legal. Estaba alabando su país de origen tras una reciente visita a Zurich. Vito había podido robar un día de descanso y lo habían pasado juntos conociendo la zona en coche, haciendo una excursión a pie y un picnic, para rematar con una sesión de ópera y una cena de fondue.

Había sido un día como si… bueno, no le gustaba admitirlo, pero se había parecido a una luna de miel. Ella había florecido con su atención y él se había exaltado con la suya. Nunca antes había estado con una mujer que fuese tan compatible con él, ni en la cama ni fuera de ella, riendo o en silencio, desnuda o vestida… se sentía siempre orgulloso de tenerla a su lado, de que lo vieran con ella.

Gwyn no era una persona osada por naturaleza, y las fotos que le habían tomado habían dañado seriamente su confianza. Con él, la había recuperado, junto con una actitud de serenidad que resultaba más hipnótica aún que su exquisita envoltura. Adoraba ver brillar su personalidad.

–¿Se va a quedar después de todo esto? –preguntó Paolo, que estaba a su lado. Había colgado el teléfono y hablaba en voz baja.

–¿Te parece mal?

–Ya sabes que nunca juzgo la vida privada de la familia. Si viera que iba a ejercer una influencia negativa en el banco te lo diría, pero no sería necesario, ¿verdad?

No. No sería necesario. Pero tampoco estaba seguro de que le importase que su relación con ella tuviera algún impacto en el banco.

Su intención había sido poner punto final una vez se anunciaran los cargos contra Jensen. Ambos estaban de acuerdo. Pero luego ella le había tocado, le había besado, había encontrado el modo de colarse tras el escudo que tan impenetrable le resultaba al resto del mundo. En un principio estaba convencido de que, cuando su libido se cansara de ella, cuando se sintiera satisfecho, podría poner punto final, pero bastaba con que se separara de él en la cama para que su cuerpo entero padeciese una agonía.

Y, en el fondo, no lamentaba lo que estaba ocurriendo, aunque tuviera la sensación de que se estaba enamorando de él. Desde luego, todas las señales estaban ahí: quería conocer su infancia, compartir cosas… aparte de cenar con Paolo y Lauren, no habían hecho mucho más, pero el deseo de ella era palpable.

No podía ofrecerle la vida con la que ella soñaba cuando tomaba en brazos a su sobrino, o preparaba el desayuno, o lo recibía en la puerta con un beso cuando volvía.

Privarla de todo eso no estaba bien, y que Paolo no aprobase su relación se debía en parte a que sabía que no estaba siendo del todo honorable. Si ya era víctima a los ojos de los demás, no debía aprovecharse de ella todavía más. Estaba implicando ciertos compromisos que no iba a mantener.

Pero quería tenerla. Su instinto de poseerla era casi feroz. Era suya y se la iba a quedar. Nadie le iba a detener. Y, si Paolo lo intentaba, derramaría la sangre de su primo, si era necesario, por primera vez en veintitantos años.

Gwyn solo había visto a su hermanastro vestido de manera informal, con vaqueros y barba. Por eso le costó reconocerlo cuando lo vio detrás de la abogada, recién afeitado y con traje.

–Ya era hora –dijo una voz que sí reconoció.

–¡Dios mío! ¿Qué haces aquí?

Su presencia le sorprendió enormemente, y estuvo a punto de ir a abrazarlo, pero de pronto cayó en la cuenta de la única razón por la que podía haberse presentado de improviso.

–¿Henry está bien?

–Sí. Muy preocupado por ti, claro –dijo Travis, mirando con hostilidad a su alrededor–. ¿Por qué no lo has llamado?

–Yo... es que no sabía qué decir. Pero le habrás dicho que estoy bien, ¿no?

–¿Y lo estás? ¿Qué es todo esto? –preguntó Travis, señalando la sala de reuniones en la que se había dispuesto una carpeta roja delante de cada silla–. Ya te dije que no firmases nada sin hablar conmigo antes.

–Te he escrito.

–Cuando digo hablar, me refiero a hablar, no a escribirse, Gwyn.

Por el rabillo del ojo vio que Vito avanzaba hacia ella como si no le gustara la actitud de Travis, pero Paolo le detuvo y se acercó con la mano tendida.

–Soy Paolo Donatelli. ¿Y usted es?

–Travis Sanders. El hermano de Gwyn –respondió entre dientes–, y me gustaría tener unas palabras en privado con ella, si nos disculpan.

A Gwyn le sorprendió su aspereza, teniendo en cuenta que se trataba de los dueños del rascacielos en el que estaban.

Vito no movió ni un músculo.

–Yo me quedo.

Travis lo miró de arriba abajo y a Gwyn se le puso el vello de

punta.

–Bueno, yo… –miró a Paolo en busca de ayuda.

–Tomaos el tiempo que necesitéis –dijo él, mirando a su primo brevemente, pero solo hizo un gesto a los abogados para que abandonaran la sala.

Gwyn miró a Vito, pero vio que no tenía sentido pedirle que se marchara. La hostilidad le salía por todos los poros de la piel.

Se humedeció los labios y se volvió a Travis.

–Lo siento –se sinceró–. Es cierto que os he estado evitando, pero es que todo esto ha sido tan humillante que… me sentía fatal por lo que Henry y tú debíais de estar pasando.

–¿Por eso no has vuelto a casa? ¿Porque te daba vergüenza?

Ella se encogió de hombros. Le desconcertaba que implicase que su hogar era el mismo para ambos.

–¿Es esa la razón? –intervino Vito desde el otro lado de la mesa. Parecía aturdido. Incluso dolido.

Tenía que saber que se había quedado por él.

–Me he quedado aquí por muchas razones, pero sabía que debíais de estar furiosos…

–¡Estoy furioso porque estoy preocupado, Gwyn! –explotó Travis, enrojeciendo–. ¡Esto no es propio de ti! Excepto lo de no contestar a mis llamadas, o no pedirme ayuda. Y has preferido confiar en…

Vito se levantó de inmediato y fue a colocarse detrás de ella, enviándole un mensaje bien claro a su hermano.

–¿Se puede saber qué demonios está pasando aquí? –continuó Travis–. Está claro que cualquiera que tenga dos dedos de frente se puede dar cuenta de que Jensen había preparado lo de las fotos, pero lo que no entiendo es por qué sigues aquí ahora que ya se sabe todo. ¿Por qué no has vuelto a casa?

–Yo…

No sabía qué decir. Vito estaba detrás de ella, con una mano puesta en su cadera y la otra en su antebrazo.

–¿Y a ti qué te importa? –le espetó Vito en un tono peligroso.

Los ojos de su hermano lo miraron con tanta frialdad que Gwyn contuvo el aliento.

–Somos familia –dijo, sin apenas mover los labios–. Puede que no llevemos la misma sangre, pero somos familia, ¿me entiendes? No está sola en el mundo, así que lo que sea que estés haciendo con mi hermana, se acaba ahora mismo.

¿Familia? Su reacción la había dejado perpleja, y el momento estaba tan cargado de tensión que casi era incapaz de hablar, pero aquellos dos pitbulls parecían dispuestos a abalanzarse el uno sobre el

otro, de modo que puso su mano sobre la de Vito en un intento de calmarlo.

–Tranquilo –le dijo, y se volvió a Travis–. Te agradezco mucho tu preocupación, pero no es necesaria. He estado en buenas manos todo el tiempo.

–¿Ah, sí? ¿De verdad?

–Sí. Paolo y Vito me han estado respaldando todo este tiempo.

–Qué curioso –respondió Travis, y su tono rezumaba sarcasmo–. Porque lo que me parece a mí es que un hombre en una posición de poder se ha aprovechado de una mujer que tenía problemas, utilizándola para evitar la mala prensa a su banco, y que ha seguido con ella para condicionarla en las negociaciones de su indemnización –señaló las carpetas que había sobre la mesa–, pero en realidad te sigue teniendo aquí por razones mucho más básicas.

–¡Travis!

–Perdona. A lo mejor es que no me he dado cuenta de que os ibais a casar –miró a Vito–. Porque tus intenciones son totalmente honorables, ¿verdad?

Vito bajó las manos.

No. No iba a permitir que su hermano estropease lo que tenían, pero... ¿por qué no reaccionaba Vito? ¿Por qué no le explicaba que lo suyo iba mucho más allá de la simple gratificación física?

La humillación pública era una nadería comparada con lo que significaba perder la estima de las personas a las que quería. Se dio cuenta de eso al ver que uno de ellos la miraba con lástima y el otro no se atrevía a mirarla a los ojos.

–Siempre has pensado que andaba tras vuestro dinero, Travis. ¿Por qué ahora te molesta descubrir que es eso exactamente lo que soy? –le espetó.

–¡Gwyn! –protestó Vito.

–¿Cuándo te he dicho yo eso?

–El día de la boda. Dijiste que mi madre y yo éramos...

–¡Pero si no os conocía! –replicó él, pero sin disculparse–. Ahora sí, y sé que eres más idealista que ninguna otra persona que conozco. Se está aprovechando de ti, Gwyn.

Y parecía sentirse verdaderamente ultrajado. De no estar tan furiosa con él, se habría conmovido.

–Ya soy adulta y perfectamente capaz de decidir cuándo y con quién quiero tener una relación.

–Puedes decir lo que quieras, pero lo que tienes con este hombre no es una «relación». Es un acuerdo comercial de lo más rudimentario. Va kilómetros por delante de ti, y lo ha calculado todo para que

cuadre con sus intereses, no con los tuyos. Acabarás teniendo solamente algunas cosas materiales que a ti te importarán un comino porque lo que tú buscas es amor, y no lucro. Tú vales mucho más que todo esto, Gwyn. No dejes que te convierta en alguien que no eres.

–No tienes ni idea de lo que hay entre nosotros –respondió, medio volviéndose hacia Vito para mirarle a los ojos pidiéndole que se defendiera. Que los defendiera a ambos.

Le vio apretar los dientes y mirar a Travis sin dejar traslucir ira ni culpabilidad. Sin dejar traslucir nada en absoluto.

Le dolió. Su silencio la traspasó de parte a parte.

–Si supieras lo que es la decencia, dejarías que se volviera a casa conmigo –dijo su hermano–. No se merece nada de todo esto.

«No voy a volver», pensó Gwyn. Quería quedarse.

–Ese ultimátum es una estupidez. Él no tiene que demostrarte nada a ti. Soy yo quien decide si se va o se queda.

–Firma los documentos cuando estés satisfecha con ellos, no antes –dijo Vito, más para beneficio de Travis que para el de ella, y cuadró una de las carpetas con el borde de la mesa–. Pero te equivocas en cuanto a mi papel en todo esto –añadió, mirándole a él–. No he intervenido en la negociación, pero de todos modos me marcho para no ser una distracción mientras se revisan los detalles.

–¡Vito! –el miedo se apoderó de su voz al ver que se dirigía a una puerta interior–. ¡No tienes que...

no hemos...!

«No hemos terminado, ¿verdad?». Eso era lo que habría querido preguntarle.

Recordó el día en que quería marcharse y lo había comparado con arrancarse una tira de cera.

Pero enfrentarse al verdadero final estaba siendo un dolor de tal magnitud que no lo podía describir.

Como si le estuvieran arrancando el alma del cuerpo. O el corazón.

Vito se detuvo, pero no se volvió.

–Esto tenía que ocurrir, *cara*. Tú lo sabías.

Gwyn hizo lo único que podía hacer: volverse contra Travis, el hombre que había llegado allí

fingiendo preocuparse por ella y que le estaba destrozando la vida.

–¿Por qué me haces esto? ¿Tanto me odias por robarte un poco de la atención de tu padre que...?

–Gwyn –la cortó Vito, aferrándose al respaldo de la silla–. Esto tenía que ocurrir. Vuélvete a casa con tu hermano. Deja que se ocupe de ti. Quiero saber que estarás bien allí, y no a merced de la prensa o de alguien más.

–¿Ah, sí? ¿Qué soy ahora? ¿No solo un peón, sino un jarrón que se mete en una maleta y se lleva donde uno quiere? ¡La dueña de mi destino soy yo!

–Haz lo que quieras, pero conmigo no puedes volver.

Sus palabras le llegaron como piedras, y el corazón se le rompió en mil pedazos cuando le vio abrir la puerta y desaparecer.

–Gwyn, lo siento –dijo Travis, rozándole el brazo.

Pero ella se soltó.

Cuando aparecieron sus fotos desnuda se sintió destrozada. Vito la había interrogado como si fuera una delincuente, y ella había creído entonces que su vida no podía empeorar. Luego precisamente él había conseguido que todo mejorase. La había encandilado, calmado, despertado. Había logrado que se enamorase. Había confiado en él como no lo había hecho con nadie, y menos con un hombre.

Le había ofrecido el corazón en una bandeja, y resultaba que no había significado nada para él.

Capítulo 10

A GWYN jamás se le habría ocurrido pensar que le importaba lo más mínimo a Travis, pero, al parecer, así era.

Había destrozado cualquier posibilidad de futuro con Vito, pero no lo lamentaba. La estaba tratando como si fuera una mariposa o una pompa de jabón: no se atrevía a tocarla. La movía con la suave cadencia de su voz. Le dijo que no debería haber esperado a que le pidiera ayuda, pero que era consciente de lo mucho que valoraba su independencia. Aun así, no había podido quedarse impasible contemplando cómo le hacían daño.

–Creía que sentía algo por mí –dijo por fin, ya en el vuelo de vuelta a Charleston.

–Lo sé –respondió él tras una pausa. Gwyn no había hablado desde que Vito abandonó la sala de reuniones. Temía derrumbarse–. A veces, una relación como esa no resulta dañina, pero tú no entraste en ella en igualdad de condiciones. Me refiero a tu posición en experiencia, en dinero, en influencia.

Tú eres mejor persona que él –añadió.

–No lo conoces.

–Lo conozco. Es como mirarme en un espejo.

Ese comentario le hizo reír. Travis era un hombre poderoso e impresionante, pero Vito lo era todavía más.

–¿Qué tiene de gracioso? Deja de reírte.

Lo cual le hizo reírse todavía más, porque la alternativa era echarse a llorar, y para eso quería estar sola.

Travis la llevó a casa de Henry. Solo pretendía quedarse unos días mientras ponía en orden su vida y su trabajo, pero Henry prácticamente le rogó que se quedase. Luego Travis la acompañó a una oficina que quedaba apenas a unas manzanas de distancia de allí y le dijo que la habían contratado como programadora informática de la cadena de restaurantes de un amigo suyo.

–¿Nepotismo?

–No seas así, Gwyn. Estás demasiado cualificada para el puesto, pero te queda cerca, pagan bien y nadie te molestará. Es un buen peldaño en la escalera. Vuelves a entrar en tu campo, que es algo imprescindible. Y él necesita de verdad a alguien que le actualice el sistema y que luego pueda enseñar a su gente a utilizarlo. Le vas a hacer un favor.

–Ya –murmuró ella, y aceptó el trabajo.

Al principio fue raro. No tanto en el trabajo. Allí todo el mundo era amable, pero, cuando empezó a moverse en público, la gente tenía la audacia de quedársela mirando. Incluso de preguntar si era la de las

fotos.

Pero un día en que se encontraba particularmente sensible, se desató en ella la furia sobre la que Vito le había advertido.

Además, era el día del cumpleaños de su madre. Aquella mañana había empezado a tener el periodo, lo que había acabado con la remota ilusión de tener un vínculo de por vida con Vito.

Llamaron a la puerta, anunciando que le llegaban sus cosas de Italia. Pero no eran solo las cajas que

contenían las cosas del apartamento, sino todas sus cosas: vestidos que Vito le había comprado, pañuelos, perfumes, sandalias...

Pidió que le dejaran las cajas en el trastero, cerró la puerta, preparó un copioso desayuno para Henry del que ella no probó un solo bocado y se metió a llorar a la ducha, con lo que llegó al trabajo media hora tarde.

Así que cuando aparcó delante de la oficina y vio que las cámaras la identificaban como guiadas por láser en una película de ciencia ficción, ya estaba al límite de su paciencia. Las preguntas le llovieron de todas partes, suscitadas por un nuevo capítulo del caso Jensen, que ella ya no seguía.

Pero cuando una de las voces dijo:

–¡Tenemos derecho a saber lo que pasó entre usted y Vittorio Donatelli!

Gwyn acabó de perder los estribos:

–¿Derecho a saber? ¿Pretenden que traicione su confianza y mi derecho a la intimidad para contarles a unos desconocidos lo que fue nuestra relación personal? Pero ¿qué demonios les pasa?

¿Es que no entienden qué es una relación? Se trata de confiar en que la otra persona no va a hablar de ti. Esa es la razón por la que las personas entablamos relaciones: para tener un lugar seguro en el que poder ser nosotros mismos. Eso fue lo que me dio Vito Donatelli. Confianza. Un concepto extraño y anticuado para ustedes, ¿verdad?

Y para pasar entre ellos se empleó a fondo con los codos, satisfecha al oírles temer por sus preciados equipos.

Vito volvió a poner en la pantalla el momento en que Gwyn tenía unas palabras con la prensa, pero oyó un llanto al otro lado de la puerta que conectaba con el despacho de Paolo.

De todos modos, no estaba logrando centrarse en el trabajo, así que se levantó y abrió. Lauren paseaba de un lado al otro, dándole palmaditas a su hijo en la espalda.

–Hola –lo saludó, acercándose a darle un beso–. He quedado aquí con Paolo, que viene con los otros dos, pero me he adelantado un poco. No queríamos molestarte, pero este monigote no quiere

dormirse, y está cansado y de un humor de perros.

Vito tomó a su sobrino en brazos y lo colocó como había visto hacer montones de veces en su numerosa familia: la tripita apoyada en el antebrazo, la cabecita apoyada también y las piernas colgando.

Arturo insistió un poco más en la protesta, pero acabó cediendo tras una patadita de descontento y un suspiro, mientras Vito le acariciaba la espalda y se paseaba entre la ventana y la pared. Un momento después, el bebé dormía.

–Qué bien se te dan los niños –dijo Lauren, poniendo la mano en la cabecita de su hijo y evitando hacer la pregunta que tantas veces había oído que le hacían sobre si quería o no tener hijos propios.

–Paolo iba hoy a la sede antigua –comentó–. ¿Se ha llevado a los niños con él?

–Sí. Había quedado allí con tu tía para hacer unas fotos.

Las ventajas de aquel edificio nuevo en el que estaban eran indudables, pero había algo especial en el antiguo distrito financiero, en sus calles de adoquines y los demás banqueros trabajando allí en estrecha relación.

–He leído que hay pasadizos ocultos bajo esos edificios donde se sellaban pactos secretos en el pasado. Paolo no quiere decirme si es verdad o no.

–Es que, si lo hiciera, tendría que matarte –respondió, dando pábulo a aquel viejo mito que seguían manteniendo vivo.

–Banqueros… –se burló Lauren con una sonrisa–. Queréis hacernos creer que sois muy aburridos, pero lleváis los bolsillos llenos de secretos, ¿a que sí?

Vito bajó la mirada para disimular su reacción.

–No creas. Lo que ves es lo que hay, *cara*.

–Entonces, no estás dispuesto a hablar del tuyo –añadió Lauren tras una breve y significativa pausa.

–¿Del mío? No tengo nada que contar.

–Siempre había creído que te habías enamorado de alguien a quien no podías tener y que por eso no te casabas ni tenías hijos, cuando está bien claro que serías un padre y un marido magnífico…

–Lauren, sabes que te quiero mucho, pero dejémoslo ahí. Por favor.

–Pero luego te he visto con Gwyn.

La mujer que por su fuerza podía ser la pareja de Paolo acababa de salir a la luz. Pocas veces tenía que mostrar esa vena de acero, porque su dulzura natural le abría todas las puertas, pero Paolo no estaba tan domesticado como parecía, y una mujer débil no habría podido ser su esposa.

–Toma al niño –dijo, poniéndoselo en las manos–. No quiero seguir

con esta conversación.

–Me he pasado cinco años casada con un hombre que no me quería porque tenía miedo de lo que sentía por Paolo. Cinco años acostándome con el hombre equivocado. Encontrará a otro y lo sabes.

Vito se quedó quieto, con el pomo de la puerta quemándole en la mano y un dolor en el pecho como si llevara clavada una espada.

–Incluso querrá tener hijos con él –continuó Lauren, implacable–. Yo lo hice. Pensará que es mejor tener hijos con otro a no tenerlos.

Estaba a punto de cerrar la puerta, a pesar de que seguía hablando. Una grosería, pero necesaria.

–Si no me lo quieres decir a mí, por lo menos dile a ella por qué le has destrozado el corazón.

Capítulo 11

GWYN creía que le iba bastante bien. Habían pasado ya dos meses y la mayor parte de los buitres que la seguían se habían dado cuenta de que llevaba una vida muy aburrida, de casa de Henry al trabajo, a la compra o al dentista. Incluso a ella le aburría su vida.

Por eso accedió a salir con un amigo de su hermano. Además, no estaría mal cambiar de restaurante para variar e incluso ponerse uno de esos vestidos de los que no era capaz de deshacerse.

Y también era una prueba, para ver si podía dejar que un hombre que no fuera Vito la besara.

Travis estaba sentado a la mesa desayunando cuando Gwyn bajó a la cocina a la mañana siguiente.

–No enciendas la tele –le advirtió nada más verla.

Sabía que los paparazzi se habían vuelto locos. Las cámaras les habían perseguido toda la noche.

–Tu amigo me dijo que podíamos volver a salir cuando vuelva a la ciudad –le contó mientras se servía un café–, pero creo que no sabía hasta qué punto la notoriedad me persigue.

Travis le contestó que a su amigo, seguramente, no le importaría, y no preguntó nada más.

A medida que la semana fue transcurriendo, Gwyn se preguntó si a alguien le importaría el circo en que se había convertido su vida. Desde luego, a Vito parecía darle exactamente igual que saliera con otros hombres.

Porque, en el fondo de su alma, esa había sido la razón por la que había salido a cenar con el amigo de Travis: por ver si alguna de las imágenes en las que aparecían cenando o bailando le hacían reaccionar. Pero nada.

Absolutamente nada.

Y eso era tan doloroso como el hecho de no haber sentido nada por un hombre encantador que había actuado como si ella le gustase, y no solo su cuerpo o su rostro, sino su personalidad.

Con un suspiro, continuó firmando documentos, y, cuando su jornada laboral concluyó y salió a la calle, apenas reparó en que el verano se abría camino ya.

Sacó las llaves del bolso, sin prestar atención al ruido de la puerta de un coche al abrirse, porque seguramente sería otro de aquellos insoportables paparazzi que...

– *Cara.*

Otra de las flechas de Cupido le atravesó el corazón de parte a parte. Dulcemente doloroso, dolorosamente dulce.

Se volvió a mirarle y deseó haber sido capaz de componer una

expresión de aburrimiento, pero no. Seguro que había sido capaz de leer en ella la mezcla de alegría, dolor, añoranza y traición. ¿Por qué tenía que aparecer precisamente en aquel momento, cuando comenzaba a aprender a vivir sin él?

¿Y por qué así, con uno de sus trajes perfectos de banquero, con la sombra de la barba esculpiéndole las mejillas, y los ojos del color de la luz en los glaciares de las montañas?

Vito se hizo a un lado y señaló el interior de la limusina.

–Te invito a cenar –dijo.

Unos pasos señalaron la presencia de alguien que se había acercado corriendo. Un paparazzi escondido se había dado cuenta de con quién estaba hablando y disparaba la cámara a toda velocidad.

–Son las cuatro y media, y tengo aquí mi coche.

Vito dijo unas palabras a su chófer y se acercó a ella con la mano tendida y la palma hacia arriba.

–¿En serio? –preguntó ella, dejando que la incredulidad impregnase sus palabras–. ¿Quieres que sigamos sin más donde lo dejamos?

–Quiero hablar contigo.

–¿Y se te ha ocurrido pensar que a lo mejor yo no quiero hablar contigo?

–Tonterías –replicó él, y Gwyn vio muchas emociones brillar detrás de aquel rostro brutalmente hermoso–. He dicho que quiero hablar contigo –insistió, quitándole suavemente las llaves de la mano–. Tú solo tienes que escuchar –dijo, y la tomó delicadamente por el codo.

Le dio un vuelco el corazón, y el calor lo volvió a poner en marcha.

Vito pulsó el botón para abrir el utilitario de Gwyn y la invitó a subir al asiento del copiloto. A continuación cerró la puerta y arrancó.

Mientras tanto, ella le mandó un mensaje a Henry para decirle que llegaría tarde a casa porque Vito la había invitado a cenar.

Él la vio meter el móvil en el bolso y preguntó:

–¿Te va bien con tu familia? Vives con tu padrastro. ¿Es por el exceso de atención?

¿Sabía que no estaba en su propia casa?

–Quiere que me quede con él –respondió, encogiéndose de hombros–. Si hay algo bueno de lo de aquellas fotos es que he descubierto que de verdad tengo una familia. Ahora entiendo bien lo que dicen otras mujeres sobre que los hermanos mayores son una pesadez. Tus hermanas deben de decirlo muy a menudo.

Él se limitó a alzar las cejas.

–Me sorprendió mucho su afán de protección.

–Bienvenido al club –murmuró ella.

–¿Sabe que has salido con un hombre la otra noche?

–Supongo que lo sabe todo el mundo, si hasta tú te has enterado. Es amigo suyo, de modo que sí, lo sabe. Fue él quien nos preparó la cita.

«Encaja eso».

–¿Lo pasaste bien?

Iba haciendo las preguntas con un tono despreocupado, pero se le habían puesto blancos los nudillos de tanto apretar el volante.

–No hablo de los hombres con los que salgo –le espetó.

Siguió un minuto entero de absoluto silencio, hasta que se detuvieron en un semáforo en rojo.

–No, ya lo sé. Y te lo agradezco –dijo, y por una vez su voz sonó sincera y grave–. Sé que te han invitado a programas de televisión, y me imagino que sus ofertas han debido de ser generosas. Estoy seguro de que ni siquiera habrías tenido que volver a trabajar.

Ella se volvió a mirar por la ventanilla. Si había llegado a pensar que sentía la tentación de sacar partido a lo que habían compartido, era que no la conocía.

–¿Te gusta tu trabajo?

–Es un trabajo, Vito. Nada que ver con lo de Kevin Jensen, ni con ser la amante de un banquero playboy, pero pago mis facturas.

–Estás enfadada porque me desprendí de ti.

–Estoy enfadada porque estás aquí –le recriminó–. Mi vida empezaba a volver a la normalidad.

¿Por qué quieres removerlo todo?

¿Por qué? Era una pregunta justa. Una pregunta que él no podía responder. Al menos no sin admitir, aunque solo fuera ante sí mismo, que era un hombre débil.

–Quiero explicarte por qué dejé que te fueras.

Aquel día le dio la espalda a su cuñada, diciéndose que se equivocaba. Mejor romper limpiamente.

Mejor dejar que Gwyn siguiera adelante con su vida sin saber en qué lío había estado a punto de meterse.

¿Por qué entonces había decidido, después de verla con otro hombre, que debía hacerle saber por qué no podía estar con él? Pues para eso no tenía respuesta.

En realidad, simplemente quería volver a verla. Podía decirse que tenía que hablar con ella, pero era mentira. En realidad lo que quería era que ella le hablase a él, que le contara lo que había hecho en cada minuto de los que llevaban separados, que le contase lo que más le había gustado de un museo, o un retazo de conversación escuchada en la calle, o que le diera sus opiniones, siempre más liberales que las

suyas, pero perfectamente argumentadas.

–Creía que íbamos a cenar –dijo Gwyn al ver que entraban en el aparcamiento del Edificio Donatelli.

–Has dicho que era demasiado pronto –le recordó Vito, aparcando en su plaza reservada, pero ella lo miró con tanta desconfianza que no le quedó más remedio que reírse–. No voy a hacerte trocitos con una sierra eléctrica.

Aunque lamerla y morderla...

Le costó un verdadero esfuerzo no abalanzarse sobre ella en el tiempo que tardó el ascensor en subirlos a la planta deseada. Y eso que vestía una sencilla falda de tubo y un top verdemar, pero que, sujeto con un estrecho cinturón, realzaba las curvas de su figura. Y aquellas sandalias de apenas una tira resultaban tremendamente eróticas.

Ojalá fueran de las que le había regalado él. Quería saber que aún tenía sitio en su vida.

–Sé por qué me alejaste de ti. Lo nuestro fue solo una aventura, nada más. Como bien dijiste, tenía que ocurrir.

–Sí –respondió él, pero la palabra le supo como una piedra–. Pero no por las razones que tú te imaginas.

El ascensor se abrió en el piso residencial, donde Paolo y él tenían sus habitaciones, además de otras para los invitados. Había un gimnasio privado, una piscina y un comedor con vistas al mar.

Pero antes de entrar en la zona que se tenía reservada, le mostró un cuadro que colgaba de una de las paredes del vestíbulo.

–Mi bisabuelo –le dijo, contemplando al hombre retratado. Era de mediana edad, y llevaba un traje de chaqueta marrón y un sombrero hongo–. Tuvo dos hijos varones y cinco hembras, pero solo los varones le heredaron –señaló a los dos hermanos que pusieron las bases de lo que el Banco Donatelli sería después–. Este es mi abuelo. Su hermano solo tuvo hijas. Hemos avanzado mucho y ahora hombres y mujeres compartimos los dividendos, pero mi tío, el padre de Paolo, fue nombrado su sucesor.

Pasó a una foto de su abuelo con su esposa y cinco hijos. Era una fotografía de estudio, formal, en la que la familia posaba para pasar a la posteridad.

–Los hombres de la familia salís del mismo molde, generación tras generación, ¿no? –miró a su bisabuelo, a su abuelo, a su tío y a él–. Las chicas se parecen a tu abuela... esta un poco menos –señaló

a Antoinietta, que debía de tener unos doce años entonces.

–Sí –corroboró él, y tardó un instante en continuar–. Por eso me parezco tanto a los Donatelli. Ella es mi madre.

Gwyn no supo qué decir, y el rostro de Vito no expresó nada mientras abría la puerta.

Entró en una suite que era bastante más pequeña que la de Milán, pero que tenía un decorado similar, inconfundiblemente suyo.

–No entiendo –dijo. ¿Por qué le había contado aquello? ¿Por qué era importante?

Se acercó a una foto que había en un rincón. Un hombre corpulento vestido con traje oscuro y corbata estrecha que hacía más pronunciada la curvatura de su pecho. Su mujer llevaba un vestido negro con escote de herradura. El joven Vito llevaba tirantes rojos encima de una camisa blanca, pero el peinado de sus hermanas, imitando al de las estrellas televisivas del momento, no tenía precio.

Pero mirando más a fondo su imagen, reparó en que no parecía... no parecía uno de ellos. A lo mejor no se habría dado cuenta si él no le hubiera dicho que no era su familia biológica, pero ciertamente resultaba más alto, más delgado, más intenso mirando a la cámara. Parecían relajados, como era propio de una familia que se reunía, pero tenía esa personalidad tan intensa que parecía emanar peligro.

– *Mia famiglia*. Los adoro. Mis padres me enseñaron generosidad y aceptación, y me quieren tanto como a cualquiera de sus hijos. Daría mi vida por cualquiera de ellos, aunque mis hermanas no lo saben. Paolo sí, pero es el único. Ni siquiera se lo ha contado a Lauren. Sé que alguna tía abuela sospecha algo, pero nadie ha dicho una palabra... –se encogió de hombros–. Es un hecho que se guardó en un baúl y que no ha vuelto a salir de ahí.

–¿Porque tu madre era joven, quizás? ¿Porque no se casó?

Su abuelo había avanzado hasta incluir a las mujeres en su testamento, pero no tanto como para asumir que un hijo ilegítimo fuera un escándalo para un hombre de su posición. Aunque ya no tenía gran importancia. ¿Por qué seguir ocultándolo?

–Mi madre tenía dieciocho años. Sí, soy un bastardo. Y no voy a revelarte el nombre de mi padre, pero eso es tanto por tu protección como por la mía. Pertenecía a la mafia, *cara*. Un hombre peligroso y reprobable.

Ella parpadeó varias veces y se sentó en el borde del sofá.

–¿Cómo...?

–¿Que cómo se mezcló la hija de un banquero con un mafioso? Fue él quien la buscó. Estoy seguro de que tenía cierto encanto, y por las fotos que he visto sé que las mujeres lo encontrarían atractivo.

Según mi tío, mi madre podría haber sido la hija más joven de un ministro de la iglesia, intentando rebelarse contra su padre por tenerla enclaustrada. Mi abuelo estaba dispuesto a desheredarla, pero mi tío

luchó para que volviera a casa. Y lo digo en sentido literal, porque la pelea le dejó cicatrices.

Pero ella volvía a escaparse, una y otra vez.

–Y se quedó embarazada.

–Sí –Vito hundió las manos en los bolsillos y frunció el ceño–. Aunque ella también recibió alguna que otra caricia. Nunca entenderé... estaba ya muy adelantado el embarazo cuando él volvió a pegarle, y ella decidió que sería la última vez. Llamó a mi tío para que la llevase al hospital, pero, cuando llegó, el parto ya se había iniciado. Le rogó que no me dejara en manos de mi padre. Si hubieras visto su cara cuando me lo contó...

–Oh, Vito...

Se levantó y le puso una mano en el antebrazo, pero él permaneció inmóvil, tanto que parecía que no respiraba.

–Esto es lo que soy, *cara*. Una mezcla de ímpetu y rebeldía. Ya conoces a Paolo. Yo tengo esa misma necesidad de dominar, y es una tarea monumental contenerlo todo, además de la vena de brutalidad. Mi padre era un asesino, y los muertos son las víctimas que menos sufrieron a sus manos.

Su otro hijo resultó ser como él. Se dedicaba al tráfico de drogas y de mujeres, y acabó asesinado delante de su propia casa, como una rata. Incluso tengo un sobrino, que ya ha sido detenido por robo.

Menos mal que la sangre Donatelli ha prevalecido en mí.

–¡Vito!

No se creería capaz de hacer él también esas cosas, ¿no? Le miró y comprendió hasta qué punto le torturaba aquella sangre que no quería pero de la que no podía escapar.

Se pasó la mano por la cara.

–No puedo perpetuar esos genes en otra generación, y menos aún imponérselos a la familia que me acogió, que me ha mantenido a salvo, lejos de las manos de un hombre que me habría transformado en lo que era él. No voy a permitirlo, ¿comprendes? ¿Ves ahora por lo que no puedo casarme y darte el sueño que veo en tus ojos cada vez que tienes a un niño en los brazos o le das la mano?

Ella bajó la mirada. Vito era capaz de leerle el pensamiento.

–Cuando tu hermano fue a Milán aquel día, pensé que lo único que podía hacer era dejar que nuestra separación se materializara, antes de que pudieras llegar a quedarte embarazada de una abominación como...

–¡No te atrevas a decir eso!

Vito levantó una mano.

–Pero me torturaba, *cara*, oírle decir que tú habías sido solo una

herramienta, un objeto para mí.

Nuestra relación sirvió para muchas cosas, sí, y no todas románticas. Eso es cierto. Pero dejar que pensaras que todo había sido una mentira... al menos, siempre hemos sido sinceros el uno con el otro,

¿no?

–¿Lo estamos siendo?

¿Por qué le contaba todo aquello? ¿Por qué tenía aquel gesto torturado en la cara, si no era porque sentía algo por ella, porque confiaba en ella?

–¿Acaso te parece que me he inventado todo esto? –preguntó en tono glacial.

–Es una historia terrible, pero no, te creo. Lo que me pregunto es por qué me la has contado.

–Pues porque quería darte mis razones. No quería que sufrieras innecesariamente.

–Entonces, se supone que no debo sufrir cuando vuelvas a marcharte, ¿no? Tengo que quedarme tan tranquila porque ahora sé que tu rechazo es por mi bien, ¿verdad? –tomó aire–. Tú sabes que te quiero. Lo sabes.

Lo había dicho. Había abierto su baúl y lo había estrellado contra la pared.

Él se encogió y contuvo el aliento.

–Esperaba que no fuera así.

–¡Ah, ya! ¡Otra mentira! –le espetó, señalándole con un dedo.

Él le agarró la mano.

–¡Yo no miento!

–Sabías que estaba enamorada de ti y me alejaste de tu lado para que me olvidase de ello, pero en cuanto has temido que fuera así, has vuelto a toda prisa para ver exactamente qué hondura tienen mis sentimientos. Esto... –se soltó de su mano para señalar las fotos que colgaban de las paredes–, esto es una prueba.

–Eso no es cierto. Te estoy explicando por qué no puedo casarme contigo y darte la familia que

siempre has deseado.

–Está bien. Acepto –respondió Gwyn, cruzándose de brazos.

–¿Qué aceptas?

–Que no nos casemos y que no tengamos hijos. A lo mejor podemos adoptar, pero no lo pongo como condición. Acepto que vivamos juntos sin todo lo demás.

–¡No! ¡Eso no es lo que yo quería decir! Tú te mereces todo eso, Gwyn. Tu hermano tiene razón.

Por eso tú…

Hizo un gesto de impaciencia y se pasó la mano por la cara.

–¿Por eso yo debo casarme con otro y tener sus hijos?

–¡No! ¡Claro que no! Verte con ese hombre me puso enfermo. No. Y tampoco me ha gustado que me hayas hecho admitirlo –dio unos pasos–. Intento pensar en ti, pero sigo actuando tal y como soy.

Con avaricia. Con egoísmo –se volvió a mirarla–. ¿No comprendes que estoy intentando protegerte?

Por mí, aceptaría lo que me ofreces sin dudar. Te llevaría conmigo a mi casa y serías mi amante, con lo que todo lo que deseas y a lo que tienes derecho quedaría vetado para ti. ¿En qué me convertiría yo si lo hago? ¿Cómo podrías querer a alguien así?

–¿Qué clase de hombre eres? ¿Cómo puedes culparte por la muerte de tu madre?

Él la miró sorprendido.

–No –contestó, pero sin convicción. A continuación, se encogió de hombros–. Bueno, es posible.

Un poco. Es que… los tíos que sabían lo que… siempre me miraban como si… Paolo y yo nos peleábamos mucho, hasta que mi tío me contó todo esto y yo comprendí que tenía que refrenar esa parte de mi carácter. Sofocarlo cuanto me fuera posible.

–Y lo has logrado. ¿Debo temer que llegues a agredirme, Vito?

–No –respondió él, con evidente desprecio en la voz hacia quienes lo hacían.

–¿Y si yo te provocase? ¿Y si te empujara así? –le incitó, empujándole por el pecho.

Él la agarró por las muñecas y se las sujetó a la espalda con suma facilidad, de manera que sus cuerpos colisionaron el uno contra el otro.

–¿Y ahora qué piensas hacer? –siguió Gwyn, pero con suavidad. Una suavidad que no obedecía al miedo, sino al deseo.

–Besarte. Hacerte el amor.

–¿Amarme? –sugirió Gwyn.

Con un gemido, se inclinó sobre ella y la besó en la boca poseyéndola, pero dando al mismo tiempo. Adorándola. Venerándola. Fue un beso casi casto por su carga de dulzura, pero tan carnal que no tardaron en perder el aliento.

Hasta que él la soltó para abrazarla, colocando suavemente su cabeza sobre su pecho.

–Nunca podría hacerte daño, Gwyn. Quise arrancarte de mi corazón el día que te marchaste de Milán. No podía soportar ver cómo te marchabas, convencida de que no eras una mujer digna de ser

amada. Te quiero, Gwyn. Te quiero como ni siquiera sospechaba que fuese posible amar. Te quiero con mi cuerpo, con mi aliento... no ha pasado una sola noche, o un solo día, en que tu ausencia me haya sido soportable.

Gwyn cerró los ojos, saboreando el escozor de las lágrimas, abrazada a él. La fuerza que la había sostenido y protegido iba a ser suya, porque estaba dispuesta a luchar por ello.

Por él.

–Te quiero –le dijo, mirándole a los ojos.

Vio cómo tragaba saliva.

–Ella también lo quería, pero él no cambió.

–Es cierto, pero fíjate lo que logró tu madre. ¿Qué te hace pensar que un hijo tuyo no podría ser moldeado como lo has sido tú, sobre todo si empezase su vida rodeado de amor, como te ha pasado a ti?

– *Cara*...

–Esto no es una condición que yo pretendo imponerte. Solo te estoy diciendo que no tienes por qué pensar que tus genes son malos. De todos modos, yo soy tuya. Vas a tener que cargar conmigo,

¿entiendes?

–Pero tu hermano no.... –sin terminar la frase, se agachó y la tomó en brazos–. Nos vamos a casar.

Adoptaremos o no, eso ya lo veremos, pero por ahora quiero que lleves mi anillo en la mano, que todo el mundo se refiera a ti como mi esposa.

–¡Pues vaya una proposición! Que yo sepa, no me has preguntado si quiero.

Pero era tan difícil parecer molesta cuando sonreía de oreja a oreja, y su cuello olía tan bien...

–Te he echado de menos.

–Y yo soy solo medio hombre sin ti. Lo peor de mí mismo. Colérico, celoso, triste... ¿Eres consciente de lo posesivo que soy?

–Me gustaría decir que te he elegido, pero no es así. Eras tú, o ninguno –tardó un segundo en volver a hablar–. ¿Te molesta que tanta gente me haya visto desnuda?

–Eso siempre me va a molestar, pero no porque sea un neanderthal celoso, sino por el daño que te hizo. Haría lo que fuese para que ese episodio desapareciera.

–Pero no nos habríamos encontrado de no haber sido por ello – respondió Gwyn, trazando el contorno de su cara–. Y tú no estarías aquí ahora si tu padre y tu madre no se hubieran conocido. La vida nunca es perfecta y ordenada, ya lo sabes. Pueden pasar cosas malas, y hacemos cuanto podemos con lo que se nos da.

–¿Te entregas a mí?

–Me entrego –respondió Gwyn.

La excitación iluminó sus ojos, pero el beso fue tierno.

–Prometo esforzarme al máximo contigo, *mia bella. Ti amo tanto…*

Más tarde, cuando debatían si levantarse de la cama y salir a comer algo, estando como estaban los dos completamente agotados y sin ganas de moverse si no era para acariciarse mutuamente, sonó el teléfono.

Vito sacó de sus pantalones el móvil y marcó un número.

–Esta noche no irá a casa –dijo poco después–. Pasaremos por casa de tu padre mañana por la mañana antes de ir a la joyería. Quiero pedirle su mano como es debido. ¿Te parece bien?

No entendió la respuesta, pero era la voz de Travis.

–Ya te dije que era un hueso duro de roer –le recordó Gwyn.

Vito dejó el teléfono y la abrazó, colocándose sobre ella, contemplándola a la suave luz que entraba por la ventana.

–Y eso me gusta. Soy muy competitivo. Voy a disfrutar tratándote tan bien que tenga que tragarse sus palabras.

Gwyn se echó a reír. ¿De dónde habría sacado semejante complejo de superioridad? Menos mal que lo usaba para algo bueno.

–Te quiero –le dijo, mirándolo a los ojos–. Te quiero por lo que me has contado de ti mismo. Por haber confiado en mí. Significa mucho.

–La verdad es que no me había imaginado que acabaría contándoselo a alguien –frunció el ceño–.

No es por protegerme a mí, sino por proteger al banco. Podría generar un problema muy grave a mi familia.

–Jamás lo revelaré. Tienes mi palabra.

–Lo sé. Sabía ya viniendo hacia aquí que, aunque lo que iba a decirte te alejase de mí, mi secreto estaba a salvo contigo.

Gwyn le acarició la mejilla.

–Pienso aprovechar cada ocasión que se me presente para recordarte que tienes un sentido de la lealtad a prueba de bomba. Si nuestro hijo o hija lo tiene igual, no tendremos nada de lo que preocuparnos.

Vito sonrió.

–Una de las cosas que antes admiré de ti fue tu espíritu de lucha.

–¿En serio? –Gwyn cambió de postura y se sentó a horcajadas sobre él, sujetándole las muñecas.

Vito no se resistió–. Tú has cambiado mi mundo, y yo voy a cambiar el tuyo.

–Una promesa que te haré cumplir mientras viva, *mia bella*.

Epílogo

NI SE te ocurra! –advirtió Gwyn, pero la niña ya se había imaginado que su madre no se iba a mover con la rapidez necesaria, teniendo en cuenta que su tripa era ya del tamaño de Nebraska, de modo que se escabulló sin mucha dificultad y dejó a Gwyn de rodillas, con una toalla en una mano y un pañal en la otra–. ¡Vito! –llamó, y se levantó con torpeza para salir tras aquel torbellino de apenas dos años.

Antoinietta comenzó a bajar la escalera, agarrada a los barrotes, siempre tenaz en perseguir lo que quería, pero dispuesta a seguir las normas.

Vito no subió a por ella, sino que se plantó al final de la escalera con los brazos en jarras.

–Cómo te pareces a tu madre, hija.

–¡Qué gracioso! –protestó Gwyn–. Le he dicho quién venía a cenar, a ver si así era más fácil convencerla de que había que vestirse, pero...

– *Bica* –exclamó la niña, intentando zafarse de su padre–. *¡Papá no!* –protestó, cuando Vito la tomó en brazos para subir al primer piso. Cuanto más subían, más se resistía la niña–. *¡No! ¡No quero!*

–Sí, igualita que yo –dijo Gwyn, dándole el pañal.

–Tiene dos años. Dale tiempo.

–¡Es a ti a quien se parece!

–Pues sí –respondió él, abrazándola orgulloso, antes de explicarle que los primos iban a ir a cenar, pero que antes tenía que ponerse el vestido.

– *¡Yo sola!* –siguió protestando.

El timbre sonó unos minutos después, cuando Vito bajaba con ella en brazos, y el entusiasmo de la niña se disparó cuando Bianca y los chicos entraron. La niña besó brevemente a los adultos, pero su verdadera adoración era para su héroe, Roberto, su compañero de trastadas, Arturo, y su muy querida Bianca.

Gwyn se excitaba casi tanto como su hija cuando la familia iba a su casa. Henry había descubierto las bondades de la tableta y se conectaba con ellos, si es que no estaba allí en persona. Se había comprado un apartamento al lado para poder ver crecer a su nieta. De hecho, en unos días estaría allí para conocer a su nieto. Incluso Travis viajaría hasta allí, dado que su hermana estaba ya demasiado avanzada en la gestación para poder viajar.

Por eso también había querido invitarlos a cenar: porque tenía ya un dolor en el bajo vientre que predecía que faltaba poco, y quería disfrutar de ellos antes de tener que centrarse en el recién nacido.

Paolo había vuelto a ser su jefe en un proyecto especial para el que la había contratado y Lauren...

Lauren era como su hermana. Y además, estaba embarazada también.

Tal y como se esperaba, unas horas más tarde, mientras Lauren y ella recogían, llegó el primer dolor, fuerte y claro, dejándola sin respiración.

–¡Vito! –llamó Lauren, quitándole el plato de la mano–. Nos llevamos a Toni a casa. A tu mujer y a ti os espera la comadrona.

Llegaron a la cita sin tiempo de sobra, y Vito casi tuvo que tragarse lo que le había dicho a Paolo sobre que había hombres que llevaban a sus esposas a tiempo al hospital, antes de que nacieran sus hijos.

–¿Te importa que haya sido un niño? –le preguntó Gwyn, una vez estuvieron instalados en el área de maternidad, y con su hijo en la habitación.

–¿Por qué iba a importarme?

–Porque querías una niña cuando nació Toni.

Y creía que así, habría menos posibilidades de que desarrollara comportamientos no deseables.

–Porque quería que se llamara Antoinietta. Sé que a mi madre le gustaría que recordase a su hermana.

–No será que te preocupa que al ser chico se parezca...

–¿A mí? –Vito sonrió–. Cuento con ello.

Riendo, Gwyn lo besó en los labios.

–Yo también.